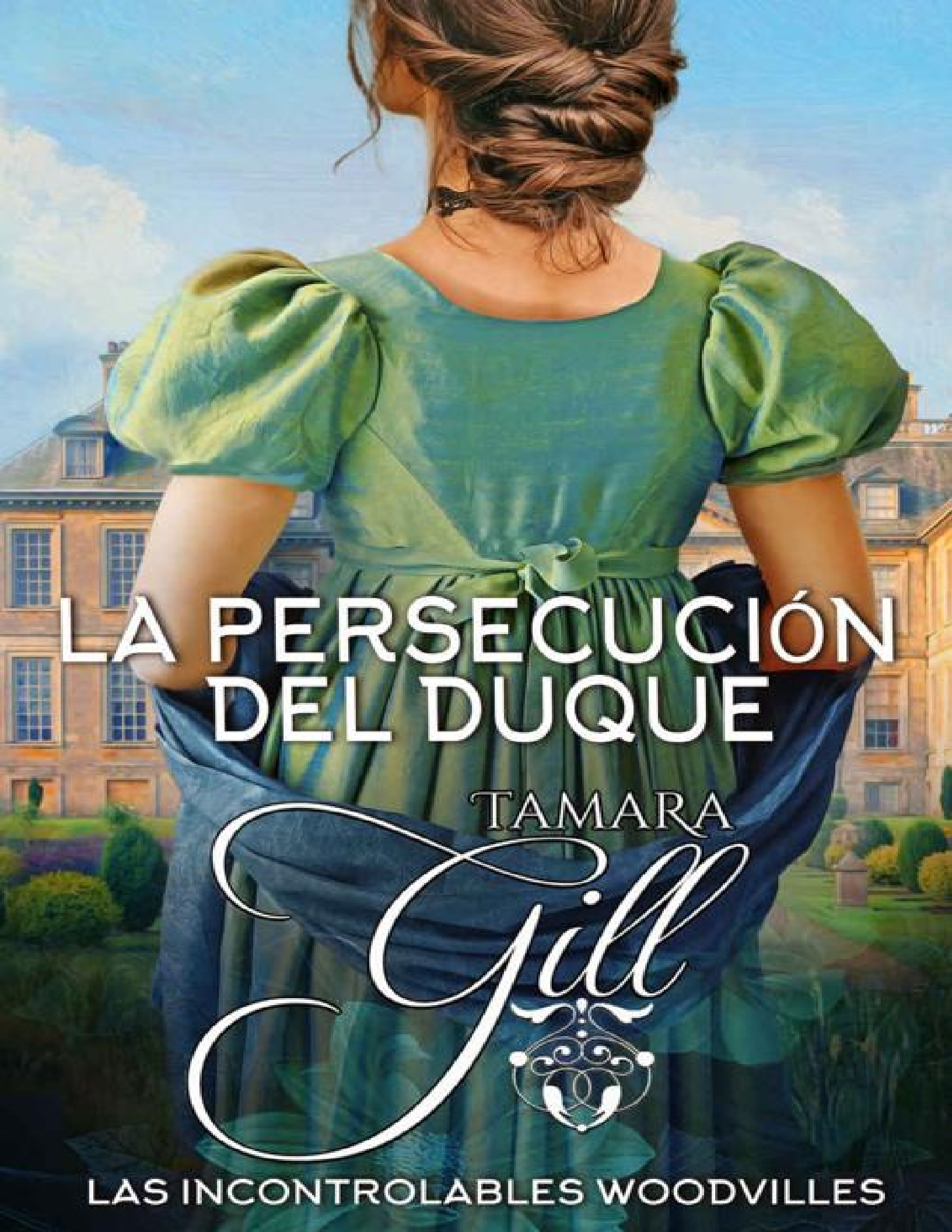




LA PERSECUCIÓN DEL DUQUE

TAMARA

Gill



LAS INCONTROLABLES WOODVILLES

LA PERSECUCIÓN DEL DUQUE

LAS INCONTROLABLES WOODVILLES

TAMARA GILL

TRADUCIDO POR
JORGE RICARDO FELSEN



ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[Querida lectora](#)

[Otras Obras de Tamara Gill](#)

[Acerca de la autora](#)

CRÉDITOS

La Persecución del Duque
Las Incontrolables Woodvilles
Copyright © 2023 de Tamara Gill
Editora Grace Bradley Editing, LLC
Arte de portada del de Wicked Smart Designs
Traductor Jorge Ricardo Felsen
Todos los derechos reservados.

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la escritora o se han utilizado de manera ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es mera coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse o introducirse en una base de datos y sistema de recuperación, ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación u otros) sin el consentimiento previo por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

El juego está en marcha y ella tiene la intención de luchar tenazmente. Pero, bueno, él también...

El Duque Dillon, Vizconde de Leigh, tiene secretos. El hecho de que su patrimonio esté casi arruinado es solo uno de ellos. Por lo tanto, necesita casarse con una heredera y *rápido*. La fiesta anfitriona *habría* sido el lugar perfecto para encontrar una, si tan solo cierta señorita ruidosa, obstinada y demasiado hermosa no se hubiera propuesto frustrarlo.

A Isla Woodville le gustó Lord Leigh cuando lo conoció. Pero eso cambió en el momento en que escuchó sus requisitos para tener una novia. Bueno, si cree que se va a casar con una heredera por nada más que sus profundos bolsillos, le espera un duro despertar, porque Isla *no* dejará que se salga con la suya tan fácilmente. Y disfrutará cada minuto que pase arruinando sus intenciones no tan nobles.

Pero cuando un beso tan apasionado como intempestivo lleva su juego del gato y el ratón a un punto de inflexión ardiente, Duke se ve obligado a ofrecer matrimonio a la última mujer que esperaba: Isla. ¿Es el felices para siempre una opción para dos enemigos jurados? Duke e Isla están a punto de descubrirlo...

CAPÍTULO ÚNO

Casa Woodville, 1805

Isla Woodville arrojó pétalos de rosa a su hermana Hailey, ahora Duquesa de Derby, mientras corría por la fila de familiares y amigos con su nuevo esposo, ambos riendo y sonriendo de alegría. El Duque y la Duquesa no iban a salir de Northumberland hacia el continente y la maravillosa luna de miel que inducía a los celos hasta después del desayuno nupcial.

Isla se frotó las mejillas, incapaz de imaginar que su hermana mayor ya no viviría con ellas. Que ya no compartirían habitación, pasearían por la finca, nadarían y jugarían en el río como lo habían hecho tantas veces mientras crecían.

Ahora era una Duquesa, una esposa, y por muy feliz que se sintiera Isla por ella, el nudo en la garganta no se disipaba.

Su hermana menor, en opinión de Isla, más alta y mucho más guapa que cualquiera de las otras hermanas Woodville, la abrazó. Miraron con nostalgia el carruaje ducal mientras se alejaba de la iglesia y emprendía el regreso a su casa. “¿Puedes creerlo, Isla? Nuestra hermana es Duquesa. El horror de todo esto”.

Isla miró a Julia con el ceño fruncido, preguntándose de qué demonios estaba hablando. “No puedes decir eso. Hailey es la más feliz, y me atrevería a decir que una de las mujeres más afortunadas de Inglaterra en este momento. Se enamoró de un granjero, de alguna manera lo besó, y él se convirtió en Duque. No muchos tendrían tanta suerte”.

“Sí” aceptó Julia, con tono burlón. “¿Pero no lo ves? Aumenta nuestras posibilidades de hacer grandes partidos como lo hizo ella. Y no sé tú, pero ¿has visto a los caballeros aquí esta mañana? Un montón de pedantes, si me preguntas”.

Isla miró a su alrededor y frunció los labios. Los asistentes estaban todos muy bien vestidos y mucho más elegantes que todos, incluso los que a su familia les faltaba dinero. Pero tal vez, en Londres la próxima temporada, deberían quedarse en Cheapside y no en Mayfair solo para asegurarse de que nadie se diera cuenta de lo bien situadas que estaban cada una de las hermanas Woodville.

“Muy bien, estoy de acuerdo. Todos parecen terriblemente aburridos, pero como son amigos

de su Señoría, le debemos el honor de ser amables y hablar con cada uno de ellos. No estaría de más, supongo, no ser enemigos de ninguno de ellos, sobre todo porque voy a tener una temporada el año que viene, y tú me seguirás poco después”.

Julia se encorvó. “Nooo, no me lo recuerdes. Mamá ya ha expresado formas de hacerme parecer más bajita. Salvo cortarme las piernas, no veo que ninguna de sus ideas tenga éxito”.

Isla se echó a reír y llevó a su hermana hasta donde le esperaba el carruaje familiar. Se levantó de un salto sin la ayuda de Thomas, quien le tendió la mano. “No es necesario, Thomas. Soy muy capaz de bajar sola, te lo aseguro”.

Su antiguo criado, que había estado a su servicio durante muchos años, le sonrió a Isla antes de ayudar a Julia a levantarse. “Espero que mamá y papá no tarden mucho. Parece que mamá está aprovechando al máximo que todo Londres está aquí hoy”.

“Bueno, es muy poco probable que vuelvan a poder hacerlo”. Su hermana Hailey, por supuesto, organizaría fiestas anfitrionas y tendría que entretener a los amigos del Duque, sus amigos ahora también, suponía, pero no lo harían. Volverían a su tranquila vida en el campo y esperarían la próxima temporada de Londres. Eso era suficiente cambio por venir. Ahora que su hermana era Duquesa, sus chances habían aumentado, y serían vistas más favorablemente ante el mundo.

Por no hablar de que, gracias a su madre, una vez conocida como Lady Anne, hija del Conde de Smithfield y que recién regresa para ocupar su lugar en la sociedad, no escaparía a ser arrojada a los caminos de caballeros como los que estaban aquí hoy.

Finalmente, después de un rato, sus padres se dirigieron hacia el carruaje, sus sonrisas hicieron sonreír a Isla. Estaban muy felices por Hailey y amaban al Duque. Se había ganado el corazón de todos con su amor por su hermana. Uno no podía estar más que contento por su matrimonio.

“Ayúdame, Thomas” pidió su madre mientras se acercaban al carruaje. Se sentaron frente a ellos, con sonrisas de satisfacción en sus rostros. “Tus hermanas menores han decidido caminar a casa, a lo que he accedido ya que el servicio fue muy largo. Llegarán a casa a tiempo para despedir a Hailey y al Duque”.

“Te refieres al Duque y la Duquesa de Derby, mamá” dijo Isla mientras el carruaje avanzaba tambaleándose.

“Oh, qué bien suena eso. Mis queridas hijas, ustedes dos son las siguientes, y creo que como eres una chica tan alta, Julia, debutarás con Isla. Al fin y al cabo, tú cumplirás veinte años el año que viene, e Isla cumplirá veintiún años. Un debut juntas ahorrará dinero, y debemos aprovechar al máximo la nueva popularidad de tu hermana en la ciudad. Posiblemente significará que ambas conseguirán un buen partido”.

Julia refunfuñó a un lado, mirando por la ventanilla del carruaje.

Isla sabía que no tenía mucho sentido discutir con su mamá. Cuando ella ya ha tomado una decisión, habría poco que decir o hacer que la influyera. Sin duda, era tan testaruda como su

padre lo había sido, el Conde.

“Esperemos que encontremos una pareja que sea tan amorosa como la que ha encontrado Hailey. Un hombre honorable que se preocupe por su esposa más que por cualquier otra cosa. Eso sería bienvenido para mí”, agregó Isla.

“Por supuesto” asintió su padre, guiñándole un ojo.

Isla dejó que el carruaje se balanceara un momento, disfrutando un poco de la tranquilidad antes de que comenzara el desayuno nupcial.

“Escuché que el Vizconde Billington va a celebrar una fiesta anfitriona la próxima semana y ha estado repartiendo invitaciones a quienes asistirán a la boda. Una fiesta anfitriona para celebrar el final de la temporada, aparentemente”.

Isla había conocido al Vizconde Billington, y era un caballero bastante agradable. Sin embargo, la idea de una fiesta anfitriona con la mayoría de las personas que asistirán a la boda hizo que Isla se estremeciera de repulsión. No quería ir a ningún lado hasta que se viera obligada a hacerlo el año siguiente.

“Tal vez, te inviten, Isla”.

“¿A mí?” dijo ella, más fuerte de lo que debía. “¿Por qué demonios me invitaría? Ni siquiera lo conozco muy bien, aparte del hecho de que es amigo de Derby”.

“Es exactamente por eso que creo que recibirás una invitación”. Su madre le dirigió una mirada penetrante. “Te vendría bien ir, y puedes llevarte a Molly contigo. Ahora que tu hermana es Duquesa, debemos hacer mejoras donde podamos, y he contratado más personal para ayudar”.

“No conoceré a nadie, mamá. Hailey no asistirá, ya que pronto viajarán a París. Por favor, no me obligues a ir. Quería pasar lo último del clima cálido en casa con mi familia”. Leería y se mantendría alejada de todos, como ella prefería. No deambularía por Inglaterra en busca de una fiesta anfitriona, donde no conocía a nadie y dudaba que alguien le prestara atención sin que Hailey y el Duque estuvieran a su lado.

“Serás recibida con los brazos abiertos, y me aseguraré de que no seas ignorada si recibes una invitación. No te preocupes, querida. Todo saldrá bien”.

El carruaje giró hacia el camino de la casa Woodville y, viendo por la ventana, pudo ver el carruaje del Duque, muy pulido, aparcado frente a la casa. “¿Cuánto tiempo crees que durará el desayuno de bodas?”, preguntó, no queriendo sonar demasiado ansiosa por desaparecer. Aun así, la semana había sido caótica con los preparativos para el matrimonio de su hermana. Lo único que quería era acurrucarse en la cama, leer la última novela que había comprado y que había enviado desde Londres, *El italiano* de la señora Radcliffe, y echarse una siesta cada vez que le apeteciera.

“Varias horas, aunque no creo que Hailey y Derby estén aquí tanto tiempo. Viajarán a Kent para que él pueda presentarle a su personal y su nuevo hogar”.

Por lo que Hailey le había contado, era realmente impresionante y solo una de muchas. Sin embargo, ¿administraría su hermana tantas propiedades y la casa de Londres? La sola idea de tal

posición le hacía doler la cabeza. ¿Cuándo tendría tiempo su hermana para leer libros si tuviera que preparar la orden para las cenas, las fiestas, tener sirvientas a la mano, y tener bebés? Era un aburrimiento espantoso si alguien se molestaba en preguntarle a Isla. No es que nadie lo hiciera.

Puede que le gustaran las novelas románticas, y los cuentos góticos de espías y bandidos, pero no quería vivir una vida tan excitante. Un caballero tranquilo y campesino le vendría muy bien. Tal vez el señor Bagshaw tenía un hermano que podía dirigir su atención hacia ella ahora que su hermano estaba casado.

O tal vez podría seguir siendo una solterona y no casarse en absoluto y tener aventuras y emociones solo en su mente.

CAPÍTULO DOS

Dos semanas más tarde, Isla y su doncella fueron conducidas a una gran habitación de la gran finca del Vizconde Billington en las afueras de York, y los planes de su madre de que asistieran a la fiesta anfitriona se hicieron realidad.

Afortunadamente, Isla había podido conseguir una invitación para su mejor amiga Harlow York, que ahora se estaba instalando en su propia habitación al otro lado del pasillo.

“Si necesita algo más o necesita ayuda con el vestido o el cabello que su sirvienta no pueda complacer, háganoslo saber. Tenemos varias sirvientas que son más que competentes”.

“Gracias, señora Smithers” le dijo al ama de llaves, ignorando el rostro ofendido de Molly a espaldas de la anciana. “Lo tendré en cuenta”.

Una mujer alta de mediana edad, el ama de llaves asintió y salió silenciosamente de la habitación, cerrando la puerta detrás de ella.

“No la voy a defraudar, señorita Isla. Será la dama más guapa y mejor vestida aquí estas próximas dos semanas”.

Isla hizo a un lado las preocupaciones de su sirvienta. “No te preocupes por lo que dijo el ama de llaves. Sabes que estas casas siempre traen consigo una cierta cantidad de esnobismo. Estoy segura de que nos las arreglaremos perfectamente”.

“Y no olvidemos que tu hermana es ahora Duquesa. Serían pocos los que la tratarían con crueldad”.

Isla sonrió y se acercó a su cama. Su baúl estaba junto a la cama, y lo abrió, desempacando los muchos libros que traía y colocándolos en la mesita de noche.

“Oh, puedo hacer eso por usted, señorita” dijo Molly, acercándose rápidamente a ella.

Isla le hizo señas para que se fuera.

“Soy más que capaz de desempacar mis libros, Molly. Si cuelgas mis vestidos y compruebas que no necesitan planchado antes de los eventos de la noche, creo que sería un tiempo mejor empleado”.

“Por supuesto”.

Isla deambuló por la habitación, mirando por la ventana hacia los jardines, tan diferentes de los de Grafton. Tenían césped, por supuesto, y una terraza e incluso un río que atravesaba la

propiedad, pero esta finca era algo completamente diferente. Grande le vino a la mente cuando echó un vistazo a la vasta propiedad.

El sol brillaba intensamente sobre el césped virgen. Muchos jardineros trabajaban en los lechos que florecían de color. La terraza debajo de la ventana de su habitación albergaba a varios invitados. Hombres y mujeres estaban sentados en mesas disfrutando de bebidas de algún tipo y hablando entre ellos.

Isla sonrió ante la serena vista, pero se le hizo un nudo en el estómago de pavor. Sin embargo, ¿socializaría con estas personas que estaban muy por encima de ella en estatus? La mayoría de ellos eran titulados o hijos de la nobleza titulada. Era la hija de un caballero, de la alta burguesía en el mejor de los casos.

Tu hermana es una Duquesa. Eso lo cambia todo.

Suspiró, deseando que Hailey estuviera aquí con ella ahora. Podía manejarse sola sin importar la situación en la que se encontrara.

La puerta de su habitación se abrió de golpe y ella saltó ante la inesperada intrusión. “Isla, ¿no son estas habitaciones las cosas más queridas que has visto en tu vida? Vamos a pasar un rato tan relajante y maravilloso estas próximas dos semanas”.

Isla tomó la mano de Harlow, sonriendo a su amiga, que casi saltaba de emoción. “Me alegro de que estés aquí conmigo. ¿Te gustaría bajar y conocer a nuestro anfitrión?”

“¿Lord Billington?” Sí, supongo que deberíamos. Isla la sacó de la habitación, entrelazando su brazo con el de Harlow. “Conoces a su Señoría, ¿verdad? ¿Se acordará de que estamos invitadas?”

Isla sonrió, asumiendo que lo haría. “Lo recordará. Es uno de los amigos más cercanos de Derby, y antes de que Hailey y Derby se fueran de luna de miel, le hizo prometer a Lord Billington que cuidaría bien de nosotras. Él se atendrá a tal promesa. No te preocupes”.

Harlow suspiró. “Eso es muy bueno entonces. Me siento un poco fuera de lugar dado que la invitación me fue extendida a través de ti”.

“No te sientas así. Me alegro de que estés aquí, y su Señoría no te habría extendido la invitación si no hubiera querido que asistieras.”

“Eso es absolutamente correcto, señorita Isla”.

Isla alzó la vista y vio a Lord Billington esperándolos al pie de la escalera. Ella sonrió, pero sus ojos pasaron de su Señoría al hombre que estaba de pie a sus espaldas. El aliento en sus pulmones se detuvo, y su zapatilla se enganchó en el último escalón. Tropezó. Ni siquiera Harlow, que la agarró para detener su caída, pudo cambiar la trayectoria del tropiezo.

“Señorita Woodville, ¿está usted ilesa?” preguntó Lord Billington, y el hombre que estaba detrás de él acudió en su ayuda y la ayudó a enderezarse. Sus dedos se apretaron en su brazo, levantándola, y el fuego corrió por su sangre.

Sacudió la ayuda de todos, su rostro ardía y su cuerpo zumbaba con una sensación nueva y extraña al tocarlo. ¿Cómo pudo haber caído por las escaleras como una heroína desmayada en

uno de sus libros?

Echó un vistazo a la habitación, notando por primera vez a algunos de los otros invitados, damas que sonreían ante su desgracia. Isla alzó la barbilla y sonrió a Lord Billington. “Estoy perfectamente bien, gracias, Lord Billington” dijo. “Es la señorita Harlow York, si la recuerda, de la boda de mi hermana”. Isla se dio la vuelta y empujó a su amiga hacia delante, que se quedó mirando a todos los señores y damas de clase alta como si hubiera visto un fantasma. Harlow hizo una reverencia, lo suficientemente profunda como para hacer una reverencia a la reina.

“Lord Billington, gracias por invitarme”.

“Fue un placer, por supuesto. Isla es prácticamente familia ahora que está emparentada con Derby. Somos amigos desde hace muchos años, ¿sabe?”

“Preséntanos”. El caballero que había ayudado a Isla después de su tropiezo se adelantó, con sus ojos captando cada uno de sus rasgos. Isla se tragó los nervios que se desataron en su inspección. No se parecía en nada a nadie que hubiera conocido antes, sin duda el hombre más guapo que había visto en su vida.

Era alto, más alto incluso que Lord Billington. Tenía una sonrisa agradable, como si se riera a menudo y encontrara la mayoría de las cosas divertidas. Sin mencionar que sus ojos eran del tono azul más oscuro que jamás había visto. La acogían y ella se preguntó qué había visto él cuando la examinaba. ¿Le gustaba lo que veía, o ella no era de su agrado?

Por favor, déjame ser de su agrado.

Isla dejó a un lado ese pensamiento inútil y sonrió hacia el desconocido, esperando ser presentado.

“Este es el Vizconde Leigh. Lord Leigh, esta es la señorita Isla Woodville, que se unirá a nosotros durante los quince días”.

Su Señoría hizo una reverencia. “Señorita Woodville, es un placer conocerla”.

Isla hizo una reverencia, aprovechando la oportunidad para inspeccionarlo más a fondo mientras le presentaban a Harlow. Sus piernas parecían musculosas bajo sus calzones de seda. Suponía que, como la mayoría de los caballeros, montaba a menudo a caballo y hacía otros ejercicios para mantenerse sano. “Un placer, Lord Leigh, y gracias por ayudarme cuando caí a los pies de todos”.

Se echó a reír. El sonido era profundo y seductor e hizo que su estómago revoloteara. Tal vez esta fiesta anfitriona en una casa de campo no era tan mala idea después de todo. No si caballeros como Lord Leigh estaban presentes. Era más que guapo, y ella podría pasar el día muy feliz si los hombres fueran tan guapos como él.

“Nos dirigíamos al salón. Hay una cena ligera preparada para todos nosotros, y puede pasear por los jardines si lo prefiere. La terraza está un poco más allá de la habitación. No vamos a hacer demasiados eventos hoy, ya que todavía quedan más invitados por llegar”, explicó Lord Billington mientras se dirigían al salón.

Isla miró la casa, mucho más grande y grandiosa que cualquiera en la que hubiera estado

antes en su vida. Estaba segura de que en el vestíbulo de entrada cabía su salón y su entrada. Aunque todavía no había visto la nueva casa de su hermana en Kent con Derby, sabía que sería de la misma categoría y opulencia que esta casa.

Los pisos brillaban con el pulido. Los muebles, con el mejor diseño y las pinturas que adornaban las paredes hablaban del pasado de una gran familia mientras su futuro caminaba por los pasillos. Era intimidante, y sentía que estaba fuera de lugar estando cerca de la nobleza. Su hermana Hailey debería estar aquí. Este era su mundo ahora, no tanto el de Isla.

Entraron en el salón, una gran habitación que ocupaba buena parte de la parte baja de la casa. En un extremo había un piano y otros instrumentos. Las chimeneas estaban adornadas con flores de invernadero y las puertas de la terraza estaban abiertas, dejando entrar una brisa refrescante y una abundante luz.

Ya había muchas personas en la sala, apiñadas en pequeños grupos y hablando jovialmente entre sí.

Harlow se acercó a ella, su rostro expresaba lo que Isla estaba sintiendo por dentro. “Hay mucha gente aquí. ¿Estas fiestas anfitrionas suelen invitar a lo que parece ser toda la sociedad?”

Isla se encogió de hombros, insegura de sí misma, ya que nunca antes había estado en un evento así. “Si nos incluimos en las conversaciones y somos agradables, estoy seguro de que nos darán la bienvenida. Creo que el hecho de que mi hermana sea ahora la Duquesa de Derby nos ayudará en estos días”.

“Eso espero” dijo Harlow, entrando delante de ella en la habitación.

Isla sintió una presencia a su lado y se giró para encontrar a Lord Leigh sonriéndole. “Parece usted un poco sorprendida por todo esto, señorita Woodville. ¿Nunca ha estado en una fiesta anfitriona?”, le preguntó, manteniéndose a su lado mientras ella se dirigía a un sofá desocupado.

“No, no lo he hecho, y debo confesar que estoy un poco nerviosa por todo esto. ¿Sabe lo que pasa en estos eventos? ¿Hay algo específico que crea que debería saber?”

Esperó a que ella se sentara y luego se unió a ella, recostándose en el sofá como si fuera su propia casa. Cruzó las piernas y sus muslos musculosos atrajeron su mirada una vez más, antes de que ella dejara de mirarlos, y mirara a los otros invitados. Varias damas parecían ya muy interesadas en su conversación con Lord Leigh. ¿Era el hombre un buen partido y muy buscado?

“Lo de siempre. Juegos en el césped, cartas y cenas por la noche. Una velada musical, creo, y varios picnics. Creo que cazaremos, aunque más por el paseo por la finca que por intentar cazar un zorro realmente. No es la temporada para esas cosas. Creo que disfrutará de su tiempo aquí” dijo él, con los ojos clavados en sus labios.

Tragó saliva, luchando contra el impulso de lamerlos por si acaso había algún trozo de comida o mancha de algún tipo que él estuviera mirando y de la que ella no se hubiera dado cuenta.

En lugar de eso, se limpió la boca con los dedos, con la esperanza de no parecer una tonta.

“Lamento no haber asistido a la boda de su hermana y el Duque. Tenía negocios en Londres

de los que no podía escapar, lo que me impedía asistir. Sin embargo, escuché que estuvo encantadora”.

“Fue una boda preciosa y estoy muy feliz por los dos. Antes de viajar a París, ahora se dirigen a Kent, a la casa ancestral del Duque. Volverán para la temporada del año que viene”.

“Me alegro por ellos” dijo Lord Leigh, con una sonrisa melancólica en los labios.

Isla lo estudió y le dio las gracias a un sirviente que pasaba por allí y le entregó una copa de vino. “Bueno, ¿no es un poco temprano para el vino?” Ella sonrió, tomando un sorbo de la bebida de todas formas. Echó un vistazo a la habitación y vio a Harlow conversando con dos jóvenes de edad similar. Parecía cómoda, lo que complació a Isla. Ninguna de las dos estaba acostumbrada a semejante compañía. Ahora estaban muy lejos de Grafton.

“Nunca es demasiado pronto para esas bebidas, señorita Woodville” bromeó su Señoría, bebiendo un sorbo de vino, sus ojos llenos de picardía se encontraron con los de ella por encima del borde de su copa. Isla respiró hondo y trató de relajarse. Si bien es posible que estas personas no sean con las que estaba acostumbrada a conversar o socializar, no decepcionaría a su familia ni avergonzaría a Hailey, quien ahora estaba en la cima de esa posición social en Londres. Se comportaría, haría lo que hacían los demás y luego volvería a casa.

“Lord Billington dijo que hoy podemos hacer lo que queramos. ¿Podemos explorar los jardines y la casa? ¿Está permitido?”

“Por supuesto. De hecho, en el piso de arriba hay una galería de retratos muy apreciada. Su perspectiva también se asoma a parte de los rostros más bonitos del recinto. Si quiere verla, puedo acompañarla. Con su doncella, por supuesto”.

Isla asintió, siempre le había gustado explorar y descubrir información relacionada con un lugar o una familia. Suponía que provenía de su amor por leer misterios y cuentos góticos donde siempre había algo emocionante que descubrir o suceder.

“Lo disfrutaría, mi Señor. Gracias por ser tan atento conmigo”.

“Por supuesto”. Él le dirigió una mirada extraña antes de sonreír. “Somos amigos, ¿verdad?”

La calidez se extendió a través de ella ante sus consideradas palabras. Nunca había tenido a un caballero sentado a su lado y tan amable. Que hablara con ella se interesara en hacerle compañía y entretenerla. Era algo novedoso a lo que tenía que admitir que podía acostumbrarse. A pesar de que no había querido venir a esta fiesta anfitriona, tal vez no sería tan malo. No si tenía amigos como Lord Leigh que la acompañaran a ella y a Harlow.

Varios sirvientes entraron en el salón con bandejas llenas de sándwiches, carne, pan, pasteles de frutas y galletas. Isla nunca había visto tanta comida en su vida, y estaba segura de que incluso con todos los invitados que ya estaban aquí en la finca de Lord Billington, e incluso si cada uno de ellos comiera algo, sobraría una cantidad terrible de comida.

“Venga, desayune y luego podemos explorar la casa y contemplar la galería de retratos del piso de arriba. Me temo que, si no come, morirá al caminar por la galería, porque es terriblemente larga”.

Isla se echó a reír y se puso de pie. “Bueno, odiaría que eso ocurriera”. Se acercó a la comida y supo que Lord Leigh la seguía de cerca. Un escalofrío de conciencia recorrió su espalda, y se deleitó con la sensación. Por primera vez en su vida, se sintió viva, vibrante y el punto de interés de alguien.

No, decidió. Esta fiesta anfitriona no era tan mala después de todo. En cualquier caso, no con Lord Leigh persiguiendo sus faldas.

CAPÍTULO TRES

Duke caminó por el salón después de servirse un plato de comida para el almuerzo. Se quedó a un lado de la habitación, permitiendo que la señorita Woodville y su amiga conversaran a solas. Podía entender su nerviosismo por asistir a una fiesta anfitriona. La joven había sido introducida en el mundo de la alta sociedad a través del matrimonio de su hermana, y habría mucho por asimilar y acostumbrarse.

Arrojada ante hombres como él. Hombres que necesitaban una esposa rica para mantener encendidos los fuegos del hogar. Ojalá su vida fuera tan sencilla como esa.

Eres un bastardo por engañar a estas inocentes damas para que se casen sin amor.

Aprovechó la oportunidad para ver quiénes asistirían en estos días. Lady Francesca Lincoln estaba aquí. La pobre y desdichada mujer se parecía más a su caballo que a una futura esposa. Su mirada se desplazó hacia Lady Susan Craig y Lady Martha Daniels, que estaban acurrucadas riendo de algo que estaban discutiendo. Las tres damas pertenecían a familias extremadamente ricas, y todas poseían dotes que representaban esa riqueza.

Las dotes que necesitaba. Pero lo que necesitaba era saber quién tenía más, y entonces podría hacerse el tonto enamorado y cortejador, y casarse con una de ellas.

Se estremeció, se echó una fresa a la boca y la masticó hasta que se licuó. Sabía que era un bastardo por casarse por dinero, y si su padre no lo hubiera perdido todo jugando a las cartas, sabía que no estaría en esa posición. Pero lo estaba, y poco podía hacer al respecto.

Duke suspiró, sabiendo que no podía culpar por completo a su padre, quien, a pesar de todos sus defectos, había sido amable con él al menos. Aunque fuera un marido atroz. La idea sacó a relucir a su madre y su incapacidad para salvarla del sufrimiento que soportó.

Necesitaba una esposa con abundantes fondos para asegurar la supervivencia de su hogar ancestral, el funcionamiento de la gran finca y de la casa de Londres, al mismo tiempo que traería a su madre a casa. Ella no merecía el trato que su padre le impuso, y él la salvaría.

Solo necesitaba una esposa rica antes de poder actuar tan noblemente.

Lady Martha notó su interés y se acercó a él, su sonrisa traviesa era algo a lo que él podría acostumbrarse. Era bonita, aunque un poco bajita para su gusto, pero era rica y sin duda tendría más dinero y propiedades cuando su padre falleciera, ya que ella era su única hija y cualquier

cosa que no estuviera comprometida se le podría dar como regalo. Era una posibilidad. Al fin y al cabo, eran una familia muy unida, según todos los informes.

“Lady Martha” le tomó la mano, besándole la parte superior de los dedos enguantados, “hoy está usted preciosa. Espero que el viaje hasta York no haya sido demasiado agotador para usted”.

“En absoluto, Lord Leigh. Siempre estoy lista para una aventura”.

Levantó la ceja, notando la cualidad ronca y seductora de su voz. Es posible que la mujer se estuviera moviendo al frente de su lista de tres para una novia potencial. Se echó a reír, bebió un sorbo de su bebida y vio a la señorita Woodville hablando con Lord Kemsley. Sus mejillas sonrosadas y una sonrisa que parecía iluminar la habitación le hicieron recuperar el aliento. La mujer era hermosa, más de lo que había pensado al principio. Su risa se extendía por toda la habitación, y se tapaba la boca con la mano enguantada como si se sintiera un poco cohibida por su diversión. Duke sonrió y, sintiendo que Lady Martha lo observaba, por lo que se deshizo de sus facciones.

“Me alegra oírlo, Lady Martha”. Le hizo un gesto para que se sentara a su lado en un sofá cercano, observando discretamente a la señorita Woodville mientras acomodaba su asiento. “¿Ha disfrutado de la temporada? ¿Va a volver a la finca familiar? Está en Surrey, ¿verdad?”, le preguntó, queriendo que ella pensara que tenía curiosidad. Y la tenía, de una manera indirecta. Tal vez no de la manera romántica que una dama preferiría, pero estaba seguro de que podrían arreglárselas bastante bien. Del mismo modo que podía arreglárselas bien con Lady Susan o Lady Francesca.

¿Te las arreglarías con la señorita Woodville?

Algo le decía que no lo haría. Había algo en la joven que era diferente de las demás. Tal vez se debía a que estaba solo un escalón por encima de lo común. Al fin y al cabo, eran de la alta burguesía, no de la nobleza, y él no sabía mucho sobre su situación financiera. El hecho de que su hermana se casara con su amigo Derby no significaba que las otras hermanas fueran económicamente aceptables para caballeros como él.

Hombres como él que necesitaban riquezas para terminar lo que habían empezado. Especialmente cuando ahora estaba tan cerca de contratar a un agente para buscar las respuestas que buscaba.

“Nuestra finca está en Surrey. Ha hecho bien en recordarlo. Tal vez después de la fiesta, podría visitarnos. Sé que papá daría la bienvenida a cualquier caballero que me visitara. Con una esposa y una hija que le hacen compañía, estoy seguro de que se puede ver que echa de menos más la conversación masculina que disfruta en sus clubes”.

Duke soltó una risita y tomó un vaso de ponche de un sirviente que pasaba. “¿Quiere uno?” le preguntó a Lady Martha. Ella asintió y tomó uno ella misma. Aprovechó el momento de tranquilidad entre ellos. Su conversación era perfectamente aceptable y todo lo que un pretendiente discutiría con alguien a quien veía con buenos ojos.

Pero maldita sea, estaba aburrido. Ella lo aburría, y él no podía imaginar años y años de

conversaciones tan mundanas como la que acababa de soportar. Varios caballeros se habían arremolinado alrededor de la señorita Woodville, y parecían absortos en su conversación, y si él era un juez de carácter, parecían encantados con ella.

¿De qué estaban hablando?, se preguntó...

“¿Conoce usted a la señorita Woodville?” le preguntó Lady Martha, con un tono poco cálido cuando el nombre de la señorita Woodville se le salió de la lengua.

“La conocí hoy. Ahora sé su nombre, pero aparte de que su hermana se casó con mi amigo el Duque de Derby, muy poco”.

“Sí, qué triunfo para la señorita Hailey Woodville. Ni siquiera tenía una temporada, y se aseguró uno de los solteros más codiciados de Londres. Quedarán pocos caballeros para el resto de nosotras si las que están escondidas en el campo salen de sus guaridas y se casan con los que se consideran apropiados para nosotras, las damas de la ciudad. Si se me permite ser tan audaz” dijo ella, mirándolo con picardía en los ojos.

Lady Martha soltó una risita, pero Duke pudo oír el desprecio en su tono. ¿Acaso las damas de esta fiesta anfitriona no se daban cuenta de que la señorita Hailey Woodville había tenido éxito donde tantas otras no lo habían hecho? Derby nunca había estado tan contento con su pareja, por lo que había escuchado de amigos en común.

“Bueno, ahora está en el campo. Si se me permite señalar que este tipo de conflicto está ocurriendo entre las damas de Londres y las de aquí, en las tierras vírgenes de Inglaterra, tal vez ahora sea su oportunidad de ganarse los corazones de los hombres aquí en esta fiesta anfitriona”. La idea de ver a las mujeres pelearse por los caballeros aquí al menos haría que el tiempo en York pasara mucho más rápido y sería más divertido que un juego de charadas.

Se encogió de hombros, entrecerró los ojos, y miró a la señorita Woodville. “¿De qué cree que hablan? ¿Tal vez les está contando a todos historias de su vida en la granja de su padre? ¿Cree que tienen que alimentar a los caballos ellos mismos, o que tienen sirvientes para eso?”

Duke se aclaró la garganta, sorprendido por la púa. Tal vez Lady Martha no sería una buena opción. Parecía bastante celosa y dispuesta a derribar a cualquiera que viera como rival. “Creo que usted misma tendrá que preguntárselo si desea saber esas cosas, pero dudo mucho que suceda lo que usted sugiere. Parece muy apropiada, ¿no cree?”

“Un poco sencilla, y la nueva Duquesa no es mejor” dijo Lady Martha.

Duke volvió a mirar a la señorita Woodville, y se quedó sin aliento cuando la vio observándole. ¿Había oído lo que había dicho Lady Martha? Por la decepción que nublaba su bonita mirada azul, no pudo evitar pensar que ese era el caso.

Lady Francesca se unió a ellos y, afortunadamente, su conversación se alejó de la señorita Woodville y su familia. Duke tendría que preguntarle a Billington qué sabía de la familia. Pero si descubría que ella también tenía una hermosa dote, la agregaría a su lista de candidatas adecuadas para su mano.

Era la única manera de avanzar. Afortunadamente, su finca y los agricultores arrendatarios

estaban manejando las cosas lo suficientemente bien como para financiar el funcionamiento diario de su finca y su casa en Londres. Pero no dejaba para nada más. Se casaría con una de las damas presentes en esta fiesta anfitriona, y se aseguraría de que el matrimonio fuera lo suficientemente cómodo y placentero como para mantener satisfecha a su esposa. Pero en realidad, se casaría porque necesitaba su fortuna.

Algunos dirían que era un bastardo por casarse por tales razones, y tal vez lo era. Pero era la única forma en que podía obtener ingresos para lo que necesitaba hacer y no tomar nada de las fincas que necesitaban los fondos para funcionar correctamente.

Lo compensaría con su esposa. Él sería cariñoso y amable, y ella nunca sabría el porqué se casó con ella y, por lo tanto, no habría daño ni sentimientos heridos por sus intrigas.

CAPÍTULO CUATRO

Después de cenar esa noche, Isla se encontró sentada con Lord Leigh, a quien no pudo evitar ver como uno de los hombres más guapos que había conocido en su vida. Sus llamativos ojos azules recorrían la habitación con una precisión mortal y dejaban a varias mujeres con rubor en las mejillas.

Las damas de la fiesta anfitriona parecían disfrutar de su compañía, y él era más que amable con todas ellas. Aquella tarde había pasado bastante tiempo con Lady Martha, la hija del Conde de Daniels, y ella, a su vez, parecía muy enamorada de su Señoría.

Su atención se volvió hacia Lady Martha una vez más, y ella levantó una ceja curiosa mientras él descansaba junto a Isla, con un whisky en la rodilla.

“Creo que tiene una admiradora”, bromeó Isla. Sabía que no debía hablar con tanta franqueza con los de su sexo opuesto. Si su madre hubiera estado allí, seguramente se habría escandalizado, pero no había nadie que la oyera, y dudaba que Lord Leigh murmurara sobre su forma de hablar, no si su diversión por su declaración no significaba algo en absoluto.

“¿En serio?” dijo arrastrando las palabras, levantando una ceja de una manera que hizo que su estómago se revolviera. Reprimió su suspiro e ignoró el aleteo que había en su interior. “¿Y quién cree usted que es mi admiradora, señorita Woodville?”

Ella sonrió, acomodándose también en el sofá. “Lady Martha”. Ella se encontró con su mirada sorprendida, y no por nada pudo dejar de inspeccionarlo. Tenía el pelo más largo de lo que debía, como si no se lo hubiera cortado en varios meses, y ahora estaba rizado alrededor de las orejas y la nuca.

Sus ojos azules se arremolinaron con una emoción que ella no podía expresar, pero por primera vez en su vida, tuvo una idea de lo que sería ser la única destinataria del deseo de un hombre. Si Lord Leigh la miraba como lo había hecho hace un momento, pero en un sentido romántico, dudaba que fuera lo suficientemente fuerte como para resistirlo.

¿Fue eso lo que le pasó a su hermana Hailey? ¿Fue capaz el Duque de seducirla con una sola mirada? Ciertamente, las heroínas de sus libros sucumbían a tales artimañas masculinas. Tal vez había algo de verdad en todo lo que había leído en el pasado.

“¿No son las fiestas anfitrionas una mera extensión de la temporada en la que damas y

caballeros buscan un partido? Supongo que aún no ha salido en sociedad, señorita Woodville”. le preguntó.

Ella negó con la cabeza. “No, no lo he hecho. Y aunque todo el mundo es encantador y muy acogedor aquí, preferiría estar en casa”.

“¿En serio?” Parecía genuinamente sorprendido por su respuesta. “¿Por qué?”, preguntó.

“Bueno... Voy a tener una temporada el año que viene, así que no tengo que formar ningún tipo de apego aquí en esta fiesta anfitriona. Simplemente estoy haciendo mi parte ahora que mi hermana es Duquesa, pero preferiría estar metida en la cama leyendo”.

Se tocó el pecho. “Me hiere usted, señorita Woodville. ¿Es mi compañía tan aburrida que ya desea retirarse?”

“En absoluto. Su conversación con Lady Martha esta tarde fue muy agradable de ver. Interpreta muy bien al caballero enamorado”.

Se atragantó con su whisky. “¿Y si yo soy un caballero enamorado? Su tono suena deficiente. ¿Le importaría que mi interés se desviara a otra parte?”

Isla comenzó con su pregunta. ¿Qué podía querer decir con tal cosa? “En absoluto. Puede hacer lo que quiera”.

Le lanzó una mirada extraña, como si no pudiera entender lo que quería decir. ¿Era una decepción la que leyó en su rostro? Seguramente no. Sería el último caballero en la tierra que se molestaría porque ella no vino aquí a perseguirlo.

Sin embargo, después de conocerlo, lo encontró absolutamente encantador, y si él desviaba su interés hacia ella, no lo ahuyentaría.

“Lástima, no hay nada más divertido que ser el centro de atención y tener múltiples mujeres hermosas peleando por uno”.

Se burló y se tapó la boca cuando se dio cuenta de que había reaccionado en voz alta. Echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír, llamando la atención de varios invitados.

“Le ruego que me perdone, mi Señor. No debería haber hecho eso”.

“Ah, no se preocupe, señorita Woodville. Yo también he sido bromista y un poco demasiado directo con usted. ¿Empezamos de nuevo?”, le preguntó, con una sonrisa divertida que le indicaba que no quería decir ni una palabra de su disculpa.

A ella le gustaba aún más.

“Muy bien. Aunque debo decir que, al escuchar su conversación con Lady Martha esta tarde, casi me quedo dormida. Qué conversación tan animada tienen los londinenses. Debe estar bien descansado la mayor parte del tiempo”.

Él se echó a reír de nuevo, y ella decidió que disfrutaba del sonido de su diversión. Por no hablar de dos deliciosos hoyuelos que se asomaban a las mejillas cuando sonreía. Vaya, ser el centro de su atención, ser la mujer que amara, sería algo realmente embriagador. Tal vez debería considerar el matrimonio con más cuidado, como su madre quería que lo hiciera. Si otros hombres en Londres fueran tan guapos como Lord Leigh, tomar los votos con un caballero no

sería tan malo.

Hailey ciertamente parecía estar encantada.

“Creo que vamos a ser amigos rápidamente, señorita Woodville”.

“Isla, por favor, todo el mundo me llama así, y cada vez que escucho señorita Woodville, pienso que mi hermana Hailey está cerca”.

“Isla es entonces, cuando no tengamos mucha compañía”.

Su nombre sonaba tan extraño y se le escapaba de los labios con su tono grave y profundo. Ella se estremeció, preguntándose el porqué él tenía un efecto tan extraño en ella. Era guapo, sin duda, y divertido, pero no había intentado otra cosa que la amistad con ella. Que ella estuviera nerviosa y sin aliento cada vez que estaba cerca de él no era apropiado. No quería convertirse en el blanco de las bromas en la fiesta anfitriona, ya que una campestre enamorada del Vizconde Leigh lo sería.

“¿Y puedo llamarlo Leigh?” preguntó, queriendo apartar su mente de imaginar cómo se sentirían sus labios contra los de ella. Tenía la boca más hermosa, sus dientes perfectamente rectos. ¡Qué providencial era en fortuna y estatus! Lo tenía todo, y aunque ella misma tenía suerte, sabía tan bien como cualquiera que no era tan hábil como las asistentes a la finca de Lord Billington. No sabía dibujar ni tocar muy bien el piano. Sin embargo, sabía leer y montar a caballo tan bien como cualquiera, y mientras nadie le pidiera que cantara, todo sería espléndido.

“Puede llamarme Leigh, por supuesto. O, ya que nos estamos haciendo amigos rápidamente, los más cercanos a mí me llaman Duke”.

“¿Duke?” preguntó, preguntándose cómo había llegado a llamarse así. “¿La gente lo llama Duke?”

“Es mi nombre de pila. Un regalo de mi padre, que siempre pensó que la familia debía tener un ducado, no un vizcondado”.

“Oh, Dios mío, su padre parece ser todo un personaje”, dijo.

Se estremeció un poco ante sus palabras. “No tiene idea”, dijo antes de sonreírle, aparentemente sacudiéndose cualquier sentimiento melancólico que su conversación trajera a colación.

Isla pensó en su nombre y en lo que se sentía más cómoda usando. “Creo que lo llamaré Leigh, y entonces nadie podrá sospechar nada malo entre nosotros. No quiero dar que hablar ni entorpecer los planes de Lady Martha”.

“Habla como si usar mi nombre de pila hiciera pensar a la gente que estamos teniendo una aventura ilícita”.

Se atragantó con su sorbo de vino y rápidamente lo colocó en la mesita frente a ellos mientras recuperaba el aliento. “Nunca sería tan atrevida, mi Señor. Espero que no sea eso lo que piense de mí”. A pesar de que había imaginado su boca en la suya solo unos minutos antes y cómo se sentiría al besarla.

“Solo estoy bromeando”. Sirvió un vasito de agua y se lo entregó. “Beba esto. Ayudará”.

Isla hizo lo que le sugirió y se sintió mejor por ello. “Sabe tan bien como yo que usar un nombre de pila se considera favoritismo y, posiblemente, el comienzo del noviazgo. No debería molestarme tanto tratando de escandalizarme”.

“Pero es muy divertido verla toda enrojecida y confusa”. Sus miradas se cruzaron y se sostuvieron, y Lord Leigh se aclaró la garganta y desvió la mirada. “Pero prometo no tratar de escandalizarla más. Somos amigos y me gusta su compañía. Espero que podamos pasar más tiempo juntos durante las dos semanas que estaremos aquí en York”.

“Y yo también”, dijo ella, un poco decepcionada cuando él se excusó y fue a hablar con otro grupo de invitados. Afortunadamente, Harlow se acercó y se sentó a su lado, con una mirada curiosa en su rostro.

“¿Era Lord Leigh el que te hablaba? Creo que le puedes gustar, Isla”.

Hizo callar a su amiga, luchando contra el impulso de mirar hacia donde se encontraba ahora el Vizconde, aunque por el rabillo del ojo podía ver que era más alto que los caballeros y una dama con la que estaba. Lady Susan Craig, si estaba en lo cierto.

“Somos conocidos, eso es todo. Simplemente está siendo cortés conmigo porque mi hermana se casó con uno de sus amigos en la ciudad. No hay nada más que eso”.

“Mmm” dijo Harlow, con un tono poco convencido. “Me permito disentir. Es un Vizconde, rico y no necesita esposa, pero está aquí, hablando contigo”.

“Y otras” intervino Isla. “Incluso ahora, tiene a Lady Susan agitada y sonrojada. Me pregunto qué estará diciendo”.

Harlow miró en su dirección, con el ceño fruncido. “Bueno, creo que le gustas. Solo necesitas hacer que le gustes más que cualquier otra persona aquí. ¿Deseas hacer tal cosa?”

Isla se encogió de hombros, insegura de haberlo hecho. Iba a tener una temporada el año que viene. No era importante que hiciera una coincidencia de antemano. Y, bueno, esta fiesta anfitriona era realmente solo para que pudiera conocer gente nueva antes de viajar a Londres y tener una temporada.

Entrando en el *Beau Monde*. La voluble alta sociedad.

“No lo conozco lo suficiente como para decidirme, pero estoy segura de que al final de la fiesta anfitriona sabré si quiero seguir conociendo al hombre de Londres”.

“¿Has oído que mañana vamos a participar en una cacería? Aunque creo que está más cerca de dar un paseo por el campo que de intentar atrapar a los queridos zorritos que suelen perseguir. ¿Irás? Escuché que varias damas no lo harán porque los saltos que a los caballeros les gusta disfrutar son demasiado altos”.

La idea de conducir a gran velocidad, tomar un poco de aire fresco y contemplar esta hermosa finca era tentadora. Y nunca había sido de las que no se subían a dar un paseo si se lo ofrecían. “Creo que asistiré. ¿Y tú?”, le preguntó a Harlow, sabiendo que a ella también le gustaba montar a caballo tanto como ella.

“Sí, creo que asistiré” dijo su amiga, mirando al otro lado de la habitación y observando a

Lord Kemsley, un Marqués, si Isla estaba en lo cierto. Entrecerró los ojos y miró a su amiga, preguntándose por el ligero rubor que se deslizó por sus mejillas mientras observaba al caballero.

“Hablando de partidos, ¿hay algo que quieras decirme sobre ti, Harlow?” inquirió Isla, inmovilizándola en el lugar.

El rubor de su amiga se hizo más profundo y bebió un sorbo de su vaso de ratafía, que por desgracia estaba vacío. Isla soltó una risita.

“No, no tengo nada que añadir sobre mí” contestó Harlow, dejando el vaso en el suelo. “Simplemente estoy tratando de guiarte, ya que cierto caballero parece buscarte a menudo”.

Isla miró hacia atrás, hacia donde estaba el Vizconde con Lady Susan, y por mucho que le gustara pensar que él podría albergar un ápice de algo más que amistad, se engañaría a sí misma creyendo en tales pensamientos fantasiosos. Ningún Vizconde, ni ninguno de los caballeros aquí presentes, la miraría, no cuando había tantas otras damas de mayor influencia social que ella entre las que elegir. No, serían amigos, y ella estaría contenta con eso. Al menos en Londres, tal vez la ayudaría a decidirse por alguien adecuado y la guiaría a través de los muchos caballeros que podrían cortejarla si tuviera la suerte de hacer realidad todos los sueños de su madre y convertirse en el último diamante de primera.

Era un sueño improbable, pero aún así, podía guiarla como lo haría un hermano. Si ella pudiera solidificar su amistad aquí en la fiesta anfitriona.

“Soy amiga de Lord Leigh, eso es todo, y eso es suficiente. Hasta que estemos en Londres el año que viene, no hay prisa por ir al altar”.

“Muy cierto” dijo Harlow, suspirando como si solo creyera a medias lo que había dicho.

Isla le sonrió y bebió un sorbo de su bebida, contando las horas que faltaban para irse a la cama, leer, y luego participar en la cacería del día siguiente. Era una forma mucho más agradable de pasar el tiempo que sentarse en un salón después de cenar fingiendo disfrutar como lo estaban haciendo en ese momento.

Aburrida ni siquiera se acercaba a definir como se sentía.

CAPÍTULO CINCO

A la mañana siguiente, Isla se alegró al descubrir que le habían dado una yegua de dieciséis manos. Su caballo tenía ojos amables, que le resultaban reconfortantes, y unas patas largas y encantadoras que la ayudarían a superar cualquier seto o valla que pudieran encontrar.

Lord Billington le había asegurado que su montura era a la vez plácida y competente, y que no le importaba montar animadamente, siempre y cuando le permitieran cabalgar a horcajadas. Hoy, si su montura fuera como decían, montaría de costado y se vería como la dama que su mamá la crió para que fuera.

Partieron poco después de romper el ayuno y, afortunadamente, Isla notó que varias mujeres se habían unido a la cacería. Todas ellas parecían jinetes consumados si el primer pequeño salto de rama de árbol caído que tuvieron que cruzar era una indicación.

Isla se mantuvo en la parte trasera de los corredores, dejando que aquellos que deseaban hacer deporte del día y correr por el recorrido y regresar a la casa se divirtieran. Quería deleitarse con el hecho de que estaba al aire libre por primera vez en días, libre para caminar o galopar, lo que fuera que eligiera hacer antes de regresar a la casa. Es posible que no tuvieran otro día como este, no en los caballos en todo caso. Después de todo, la fiesta anfitriona duraba solo dos semanas.

Vio a los jinetes en un campo delante y luego escuchó el golpeteo constante de los cascos que venían por detrás. Miró por encima del hombro y su corazón tartamudeó al ver a Lord Leigh acercándose rápidamente. Era demasiado bueno para ser verdad, el viento azotaba su chaqueta de montar y su pelo. Parecía decidido y fuerte. El tipo de caballero del que solo había leído en sus novelas.

No lo había visto en el grupo de jinetes que se preparaban en la finca y había pensado que no quería tomar parte en la cacería. Tal vez había llegado un poco tarde al evento.

Tiró de su montura para un trote cómodo junto a ella. Hoy no llevaba sombrero y su cabello estaba un poco azotado por el viento por su galope. Lo observó todo el tiempo que pudo antes de mirar hacia atrás entre las orejas de su caballo.

“Casi me pierdo la cacería. Eso me enseñará a no perder el tiempo en mis habitaciones más tiempo del que debería”.

“¿Estaba holgazaneando en sus habitaciones, mi Señor? ¿Por qué?”, preguntó, genuinamente curiosa por saber el porqué. No parecía un hombre que anduviera por ahí y llegara tarde a las cosas. Por el contrario, parecía estar comprometido y ansioso por cualquier evento que se le presentara.

“Mi ayuda de cámara extravió mis botas de montar después de mi llegada, y tuve que esperar a que las encontraran. Por suerte, los había dejado abajo, en su habitación, cuando las bajó a pulir, pero casi me pierdo el viaje. Y eso, querida mía, habría sido una verdadera tragedia”.

“Verdad” dijo ella, incapaz de ocultar la sonrisa de sus labios. ¿Quería decir que no deseaba perderse el paseo con ella? Ahora cabalgaba junto a ella. Ciertamente, parecía haber disfrutado de su compañía en la casa. ¿Era tonta y demasiado esperanzada para desear un momento así con Lord Leigh? ¿Queriendo que él pensara en ella tanto como ella empezaba a pensar en él?

Ella lo miró a los ojos, su sonrisa fácil calmó sus temores. “Me encanta una buena cacería, aunque esta sea solo de nombre”.

“Una mujer según mi propio corazón”, bromeó. “Y mire hacia adelante, señorita Woodville, porque el salto es uno de los más altos que cruzaremos hoy. Asegúrese de estar bien sentada para ello”.

Isla miró hacia adelante y vio los setos que crecían a través de una vieja puerta de madera. El seto había sido cortado hasta el nivel de la puerta, pero incluso eso hacía poco para disminuir la altura que tendrían que pasar. Ajustó su asiento, agarrando las riendas, pero dejando más plomo a su caballo. Lord Leigh dio el salto con facilidad, y ella espoleó a su caballo, inclinándose hacia delante y agachándose en su silla para ayudar a su caballo a dar el salto.

Excepto que, justo cuando el caballo levantaba sus dos cascos delanteros, un zorro salió disparado de los setos, asustando a su caballo. A mitad del salto, se asustó y aterrizó torpemente. Con poco éxito, Isla trató de contrarrestar el salto de su caballo hacia un lado, y con el temor que la invadía, supo que estaba a punto de salir disparada.

El suelo subió para recibirla con una velocidad enfermiza, y ella aterrizó de espaldas, la tierra solo parcialmente ablandada por la hierba. Isla vio cómo su caballo salía disparado hacia los otros jinetes que se habían alejado. Permaneció allí durante un momento, cada respiración que tomaba le quemaba los pulmones y luchaba por controlar el pánico que amenazaba con abrumarla.

“¡Isla!” El sonido de la voz de Lord Leigh contribuyó a calmarla. Se detuvo a su lado, ayudándola a sentarse, frotándole la espalda con la mano de una manera reconfortante. “¿Está herida? ¿Qué pasó?”

“Había un zorro” jadeó, tratando de respirar en sus pulmones.

“Está sin aliento” dijo él, y las caricias circulares de su espalda la calmaron aún más. “Recuperará el aliento en un minuto más o menos. Cuando uno aterriza de espaldas como lo acaba de hacer, literalmente se queda sin aliento, pero estará bien, se lo prometo”.

Ella asintió, concentrándose en su voz y palabras tranquilizadoras. Al cabo de unos minutos,

su respiración se hizo más fácil y lo miró. “Gracias. Nunca antes me había caído de mi caballo. Por mucho que haya sido una experiencia nueva para mí, no es una que desee volver a experimentar”.

Su Señoría se echó a reír, tomándola de la mano y ayudándola a ponerse de pie. La estudió un momento, su mirada se desplazó hacia su cabello. Extendió la mano y jugó con sus mechones oscuros. “Tiene una rama clavada en el pelo”.

Ella extendió la mano y sus manos se tocaron. Una pequeña sonrisa levantó sus labios y todo pensamiento sobre su caída se disipó. Estaban cerca, demasiado cerca. Si alguien se cruzaba con ellos, los rumores comenzarían, no es que ella tuviera prisa por alejarse... Tan cerca, podía oler la colonia de Lord Leigh: Sándalo, y algo más que era enteramente él. Olía tan divino como parecía. No era de extrañar que fuera uno de los favoritos de las damas de la fiesta anfitriona.

Sus dedos se deslizaron por su cabello, y luego levantó la rama frente a su cara, orgulloso de liberarla del amenazador recuerdo de su caída. “Ahí está, y usted está perfecta una vez más”.

¿Perfecta yo?

“Gracias, mi Señor.” Hizo un gesto hacia donde estaba su caballo. “Puede continuar su viaje si quieres. Volveré a la finca desde aquí. No está lejos”.

Frunció el ceño, sacudiendo la cabeza. “No, no la dejaré sola después de semejante caída. La acompañaré de vuelta a la casa. Déjeme hacer que mi caballo salte por encima de este seto una vez más, y estaremos en camino”.

Isla asintió, contenta de que él eligiera caminar con ella en lugar de volver a la caza. Todavía no se sentía mejor, y una pequeña parte egoísta de ella quería que él se quedara con ella.

“Gracias, es muy amable”. Ella se apartó del camino cuando él saltó de nuevo sobre su caballo y se deslizó por encima de la valla con facilidad.

Suspiró, deseando no haberse caído y seguir cabalgando. Ella también había estado esperando con ansias el día de hoy. Desmontó y se acercó a ella, ayudándola a saltar la valla antes de emprender el regreso a la finca.

Su mano estaba tibia en el brazo de ella antes de levantarla y entrelazar la de ella con la suya. “Lamento hacerle perder la cacería. Si fuera como yo, estaría deseando que llegara el día en el campo”.

Hizo a un lado sus preocupaciones, aparentemente sin preocuparse de que se dirigieran de regreso a la casa. “No es un problema. Puedo salir a dar un paseo cuando quiera. Y no sería correcto que la dejara en el campo para que volviera sola a casa. ¿Qué pensaría Derby de mis modales atroces si no acompañara a su cuñada de vuelta a la finca?”

Ella le dedicó una pequeña sonrisa y, sin embargo, la decepción le clavó una puñalada en el corazón. Solo la ayudaba por modales caballerosos. ¿Qué se esperaba de él como Señor y amigo del marido de su hermana, el Duque? Probablemente debería olvidar sus fantasías de que cabalgarían hacia el atardecer como tantas de sus heroínas en sus libros. Ciertamente, después de hoy, probablemente era mejor que se mantuviera alejada de un caballo por completo.

“Bueno, de nuevo se lo agradezco. Nunca es agradable caerse del caballo”.

“Me he caído muchas veces, a veces debido a mi propia incapacidad para mantenerme encima de la silla de montar”.

Ella se echó a reír, imaginando todo tipo de situaciones que podrían provocar tales travesuras. “No me diga, Lord Leigh, que a veces bebe demasiado vino y se esfuerza por mantener su asiento. Se lo juro” sonrió, “que mi caída de hoy se debió a un zorro, no a que me asusté, se lo aseguro”.

Él le sonrió, su mano se posó sobre la de ella en su brazo y la sostuvo allí. Si él sabía lo que había hecho o no, ella no lo sabía, ni iba a preguntar y hacer que se apartara de su persona.

A ella le gustaba. Le gustaba que la tocara.

Su mirada se deslizó hacia sus labios, sus siguientes palabras se perdieron para ella mientras se deleitaba al verlo hablar. Era tan guapo y amable. Sería el tipo perfecto de caballero al que ella permitiría cortejarla. No había querido asistir a aquella fiesta anfitriona, desde luego no a una fiesta anfitriona con caballeros y damas titulados con los que tenía poco en común, pero al estar con Lord Leigh, no pudo evitar cambiar de opinión.

Su temporada en la ciudad el próximo año no sería tan mala. Desde luego, no tan mala como había empezado a pensar que sería. No si todos los caballeros de los bailes y fiestas paseaban por el parque, y todos eran tan complacientes y atentos como Lord Leigh.

“Siento que nos estamos haciendo amigos rápidamente, y usted es muy divertida, señorita Woodville. Estaba tan nerviosa y seria cuando nos conocimos que no siempre pensé que ese sería el caso”.

Comenzó a bajar una pequeña colina y, ante ella, pudo ver el arroyo que había sido el primer salto para la partida de caza. “Estaba nerviosa, ya ve, mi Señor” admitió ella. “No conozco a nadie más que a Lord Billington, y ni siquiera a su Señoría muy bien. Me preocupaba que no me recibieran aquí por no ser, bueno...” Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas para no insultarlo a él ni a sus amigos.

“¿Tan alta en la sociedad como algunos de los invitados que están aquí?” terminó para ella, con una luz traviesa en sus ojos. “Puedo entender su aflicción, pero creo que se ha adaptado bien, y no he oído nada más que cosas buenas sobre usted”.

Pero ¿qué piensas de mí?, Isla quiso preguntar, pero mantuvo la boca cerrada con determinación. “Todas las que he conocido hasta ahora parecen muy agradables”, mintió, sabiendo que había varias damas que aún no le habían hablado ni le habían ofrecido la mano de la amistad. Estaba más agradecida que nunca de que a su amiga Harlow se le hubiera permitido asistir con ella, por lo que nunca estaba sola. “Pero sí, mi padre puede ser un caballero, pero vivimos una vida tranquila. Todavía no me siento cómoda en esta esfera que se me ha abierto desde la boda de mi hermana. Me siento como la rara”.

“Bueno, no parece ser la rara”. Le tendió la mano cuando llegaron a la vía fluvial que fluía lentamente, ayudándola a pisar varias rocas que le permitían pasar sobre el arroyo sin mojarse las

botas.

“Gracias” dijo ella mientras empezaban a subir la ligera pendiente. Su vista se abrió a la finca en la cima de la pequeña elevación, grandiosa con sus paredes de arenisca y sus ventanas relucientes. El hogar de una de las fincas más grandes que había visto antes.

“¿Es su casa similar a la de Lord Billington?” le preguntó, curiosa por saber más sobre él.

“Ah” tartamudeó, un poco. “Mi finca es igual de grande, creo que el número de habitaciones está a la par con la finca de Billington, pero las casas tienen una forma bastante diferente. La suya es una casa de forma rectangular donde la mía tiene forma de U, con una gran terraza pavimentada que se extiende entre los edificios. Admito que hace que desembarcar de caballos o carruajes sea una experiencia mucho más placentera cuando no hay barro bajo los pies”.

“Así que es similar a Versalles”, sugirió.

“¿Has estado alguna vez en el palacio real? Escuché que es bastante hermoso”.

“No, no lo he hecho”, admitió. “Pero he visto dibujos y me encantaría visitarlo algún día”. Isla quería ver muchos lugares y vivir la vida al máximo, tal como las heroínas de sus libros disfrutaban haciéndolo.

“Yo tampoco, pero tiene razón. El patio es similar, pero de ninguna manera tan grandioso”.

Se acercaron a la casa, y el tamborileo de los cascos de los caballos les llamó la atención. Podían ver a la partida de caza viajar a través de la cima de una colina en un campo distante, cabalgando con fuerza en su caza simulada.

“Gracias por acompañarme de regreso, mi Señor.”

Se quitó el sombrero y le hizo señas para que entrara por la puerta principal que un sirviente había venido a abrirles. “El placer fue todo mío. Nos vemos en la cena, señorita Woodville.”

El estado de ánimo de Isla mejoró y casi flotó escaleras arriba. ¡Qué hombre tan generoso y atento era! Tan diferente de lo que se había imaginado que era cualquiera de los caballeros de esta fiesta. Sería el tipo de caballero con el que ella debería esforzarse por casarse. Uno que no se creía tan por encima de ella. No era despectivo ni grosero.

Pero ¿podría ella hacer que él la viera como una novia potencial? Ya eran amigos, y eso al menos era una buena base sobre la que construir. Y ella comenzaría esta noche, construiría sobre esa base, y esperaría lo mejor.

CAPÍTULO

SEIS

Después de cenar esa noche, Duke se quedó en la sala de fumadores con Billington y varios otros caballeros que se alojaban en la finca. Las damas se habían retirado al salón, y Duke podía oír el sonido apagado del piano que se tocaba.

“Pareces muy cautivado con Lady Susan y Lady Martha, Leigh. No te olvides de la pobre Lady Francesca, o tendrá un ataque de vapores por haber sido dejada en el frío por tu falta de atención” se burló Sir Terrance antes de dar una larga calada a su puro.

Duke se negó a morder el anzuelo del hombre. Tenía razones para buscar una novia rica, y nadie en su esfera social necesitaba saber la verdadera razón del porqué lo hacía. No le importaba que pensarán que lo que quería simplemente era salvar sus propiedades y mantener la vida acomodada en la que había nacido. Nunca podrían saber que la verdadera razón era traer a su madre a casa para que pudiera ocupar el lugar que le correspondía en su familia. Sin duda, pronto se enterarían. Cuando localizara a su madre en España, la devolviera a Londres y al lugar que le correspondía como Vizcondesa viuda Leigh, entonces podría explicarse, pero hasta entonces, podían pensar lo mismo que todos los demás. Que buscaba una novia rica porque su padre no había cumplido con su deber para con la familia de mantener las arcas llenas de dinero.

“Todavía no he despedido a Lady Francesca, Sir Terrance. La fiesta anfitriona es joven, y todavía me quedan muchos días para decidir qué dama se adaptará mejor a mis necesidades”.

“¿O cuál tiene la mayor fortuna?” Declaró Billington.

Todos se rieron, incluido Duke, y sin embargo la situación no le pareció divertida en absoluto. Odiaba tener que casarse por dinero, para salvar a su familia de la ruina financiera. Para colocarlo en un matrimonio arreglado, beneficioso y monetario por el resto de su vida. No había querido una novia en tales circunstancias, y la verdad es que detestaba la situación.

Se tragó la salvaje réplica en la punta de la lengua y, en cambio, se encogió de hombros, como si perseguir fortunas fuera un pasatiempo divertido que disfrutara. “Sabes tan bien como yo que el difunto Vizconde tuvo la suerte de conservar la finca de Hampshire y la casa de Londres. Ahora necesito suficientes recursos para mantener a los empleados que tengo y que viven bajo mi cuidado para que se queden haciéndolo. No voy a terminar con su empleo simplemente porque mi padre no supo economizar”, mintió. Más o menos. Necesitaba los fondos

para mantener las casas en funcionamiento y ganar un poco de seguridad con respecto a sus ingresos. Pero necesitaba dinero para traer a su madre a casa. Retirla de Bedlam en España no sería barato. Su padre nunca deseó que volviera, y no le cabía duda de que le costaría una pequeña fortuna destruir todos los registros de su presencia allí.

“Bueno, tengo la certeza de que Lady Susan Craig es la heredera más rica de la fiesta anfitriona. Treinta mil libras por lo menos, más propiedades”.

“No, es Lady Francesca. Heredará propiedades y tiene una dote que haría que cualquier hombre pasara por alto la desafortunada longitud de su rostro”.

Duke frunció el ceño. A pesar de todos los desafortunados rasgos de Lady Francesca, la dama era considerada y educada, y no merecía sus opiniones sobre sus rasgos, de los que no cabía duda de que ella era muy consciente.

“¿Y la señorita Woodville?” sugirió Billington, bebiendo un sorbo de whisky. “Derby no me dijo lo que su matrimonio le proporcionó, pero he oído que todas las hermanas tienen la misma cifra de dote”.

“Probablemente serían cinco mil libras a lo sumo, creo” dijo Sir Terrance, asintiendo con la cabeza como si estuviera seguro de esta cifra. “Para empezar, se puede ver por su ropa. Su amiga también se ve tan a la moda como la compañera de una dama y eso me lleva a la conclusión de que ninguna de las dos tiene mucho”.

Duke frunció el ceño. Deseaba que la señorita Woodville valiera más de cinco mil libras, pero una suma tan pequeña no sería suficiente. No importaba lo bonita o intrigante que fuera, él tenía que buscar una fortuna para salvarse a sí mismo y a su familia. “Pues bien, parece que tendré que aumentar mis artimañas caballerosas hacia Lady Susan si quiero conseguir una heredera por esposa. Comenzaré esta noche y redoblaré mis esfuerzos para ganarme su corazón”.

“Y su bolso. Billington” se echó a reír. “Te deseamos lo mejor, Leigh”.

Él asintió, pero no había placer en ello. No quería una esposa en tales circunstancias, pero tenía pocas opciones. No podía, con toda la conciencia tranquila, permitir que su madre se pudriera en un manicomio al que no pertenecía. Había pasado demasiados años allí.

“Gracias”, respondió. Pero creo que unos momentos a solas con ella, y varios besos, y ella será mi prometida voluntaria en poco tiempo”.

Sir Terrance inclinó su vaso en señal de saludo. “Esperamos ver tus artimañas y verte lograr tus metas”.

Y las cumpliría. No tenía más remedio que hacerlo.

Isla se desplomó contra la pared de la habitación contigua a la sala de fumadores. No había tenido la intención de escuchar a escondidas, pero había querido mirar un cuadro familiar del que se había hablado durante la cena y había oído a los caballeros entrar en la habitación de al lado

poco después.

¡Lord Leigh era un imbécil cazador de fortunas! Deseaba no haber oído sus palabras que hablaban de un hombre decidido a casarse con una mujer por su dinero y no por su corazón. Qué tipo de hombre tan frío e insensible era para casarse con una mujer por razones tan vacías.

Por supuesto, sabía que la mayoría de las veces la gente se casaba por conveniencia, pero esa no era la razón por la que se casaría y tampoco permitiría que las damas aquí en la fiesta anfitriona se dejaran engañar por una cara hermosa y palabras dulces de un hombre que no quería decir una palabra de ellas.

Se alejó de la puerta, tratando de estar lo más callada posible mientras salía de la habitación, olvidándose por completo de la pintura. Ya no había mucho que le interesara en la fiesta anfitriona. No después de oír que, si solo valía cinco mil libras, no era digna de un marido. Al menos, eso era lo que pensaban todos los hombres que discutían el asunto con Lord Leigh.

Todos ellos, Lord Billington, Sir Dung y Lord Kempt, merecían unas buenas palabras. Pero entonces, si les gritaba como una pescadora, sabrían que había escuchado su conversación, y eso nunca funcionaría.

Frunció el ceño y entró en el salón justo cuando su amiga Harlow terminaba de tocar el piano. Varias damas aplaudieron mientras el semblante de Lady Susan apestaba a disgusto.

¡Qué hombres tan tontos para pensar que solo valía cinco mil libras! Valía mucho más que cualquiera de las damas de aquí. Su familia podía ser de la alta burguesía, no de la nobleza, pero sus padres no habían vivido vidas extravagantes, y su padre más querido ya era más rico que la mayoría de los señores de Londres cuando se casó con su madre.

No es que le fuera a decir a ningún caballero que su dote era de cuarenta mil libras, porque no la merecían ni a ella ni a su fortuna. Pero sí merecían su ira por su codicia. Indudablemente, usarían los fondos para mantener una amante, jugar o disfrutar de una vida de lujo y vicio. Es probable que todas las mujeres presentes estuvieran allí como pobres almas desafortunadas vendidas en un mercado de carne.

“Señoras, esperamos que no hayan echado demasiado de menos nuestra compañía” bromeó Lord Leigh, lanzándole una sonrisa divertida cuando los caballeros entraron en la habitación.

Isla se sentó al lado de Harlow y luchó por no mirar a ninguno de ellos. Tampoco permitiría que el dolor en su pecho se apoderara de ella por pensar que Lord Leigh era más preferible de lo que era. Lo había considerado su amigo, tal vez incluso más que eso si podían conocerse más.

“¿Qué te pasa, Isla? Estás muy pálida” dijo Harlow, pasándole un vaso de ratafía, con el ceño fruncido.

“Si te digo algo, ¿lo guardarás entre nosotras? Todavía lo estoy procesando yo misma, y admito que estoy muy conmocionada y decepcionada”.

“Por supuesto” dijo Harlow, extendiendo la mano para consolarla.

Por el rabillo del ojo pudo ver a Lord Leigh inclinarse ante Lady Susan. La risa burlona de la mujer irritó los nervios de Isla. “Escuché a varios caballeros, y a Lord Leigh, a quien tenía en alta

estima, que estaba aquí simplemente para ganar una esposa rica. Los caballeros parecían pensar que era una especie de deporte perseguir a las damas con dotes considerables”.

“¿En serio?” dijo Harlow, con los ojos muy abiertos por la alarma. “Qué idea hablar de estas cosas en voz alta. Por supuesto, sabemos que los caballeros, y también las damas, debo mencionar, buscan esposos y esposas que puedan ayudar a los saldos bancarios menos abundantes del otro cónyuge, pero ¿lo discuten como un deporte? Bueno, eso es de muy mala educación”.

“Efectivamente” asintió Isla, rechinando los dientes. “Se reían de ello, y Lord Leigh estaba de acuerdo, mencionando a Lady Susan, ya que creen que es la dama más rica de entre nosotras”.

Harlow se burló, bebiendo un sorbo de su bebida. “Entonces son tontos, y sabemos algo que ellos no saben”.

“Tampoco se lo diremos” mencionó Isla, por si acaso Harlow se ofendía tanto como ella y hablaba de lo que sabía.

“Si Lord Leigh descubre que vales una fortuna, puedes convertirte en su objetivo. ¿Qué harás si él hace eso?”

La ira se apoderó de ella ante la idea de que la cortejaran, coquetearan y le hablaran como si fuera la mujer más maravillosa que conocía, sabiendo todo el tiempo que todo era falso. Que ella no era más que una bolsa para él. Ella había pensado que él era mejor que eso.

“No lo hará, y debemos esperar que nadie más aquí sepa lo que valemos, incluyéndote a ti, Harlow. No te hace falta una dote significativa”.

“Es cierto” convino Harlow. “Pero mi dote es más pequeña que la tuya”. Hizo una pausa y observó a varios caballeros que hablaban con los invitados. “Te estabas haciendo rápidamente amiga de su Señoría. Sin embargo, ¿te llevarás bien con él ahora?” le preguntó Harlow.

Isla frunció los labios, debatiendo ese mismo dilema. “Bueno, lo trataré con fría indiferencia, y me aseguraré de que ninguna dama caiga bajo su hechizo y se case simplemente para que pueda salvar sus preocupaciones financieras”. Sacudió la cabeza, entrecerrando los ojos en el caballero que había considerado el mejor. La decepción se apoderó de ella, y no pudo evitar preguntarse cuántos otros caballeros conocería en Londres el próximo año que simplemente necesitaban una esposa rica.

Sin embargo, ¿lo sabría antes de cometer el terrible error de casarse con un canalla?

“¿Vas a evitar que haga un partido? Si llega a saber el porqué le estás causando tal conflicto, puede ser desagradable para ti. ¿Estás dispuesta a correr ese riesgo?” Su amiga lanzó a Lord Leigh una mirada de duda. “Creo que en un estado de ira sería bastante aterrador”.

“Él no haría nada, y tampoco podría hacerlo, porque de lo que yo le acuso es verdad y salió de su propia boca mentirosa. Pensar que lo consideraba genuino. Debemos tener mucho cuidado, Harlow. Hay lobos en pieles de oveja por todas partes en la sociedad”.

“Ah, sí, por supuesto”. Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Lord Leigh, que conducía a Lady Susan a un sofá vacío. “Creo que deberías empezar a salvar a estas damas ahora, si es que

quieres rescatar a Lady Susan. Sé que no ha sido la más acogedora con nosotros, pero incluso ella se merece algo mejor que eso”.

Isla se puso de pie. “Es una mujer, y debemos unir fuerzas para que hombres como Lord Leigh no se salgan con la suya con intenciones tan vacías y crueles”.

“Buena suerte” dijo Harlow.

Isla se dirigió hacia ellos con pasos decididos. No era ella quien necesitaba suerte. Lord Leigh la necesitaría con creces después de que ella hubiera terminado de arruinar todos sus tortuosos planes.

CAPÍTULO SIETE

Duke apartó a Lady Susan de los demás invitados, queriendo hablar más con ella y ver si le convenía más que las demás. Si los rumores sobre su dote eran ciertos, ella era de hecho la dama más rica de la audiencia, y él estaba seguro de que podría cortejarla lo suficiente como para que ella quisiera casarse con él.

Estudió a Lady Susan. Sus largos mechones dorados estaban bañados por el sol, y estaba buscando. Aunque su matrimonio comenzaría como uno de conveniencia para él al menos, eso no significaba que no desarrollaría sentimientos por la dama con el tiempo. Era un placer verla hablar de su casa en Londres y de su familia, a la que parecía querer.

“Yo también tengo gatos, mi Señor. Adoro a los animalitos. Son muy cariñosos, pero sin ser necesitados como parecen ser los perros. ¿No está de acuerdo?”, le preguntó.

Hizo una pausa, queriendo decir que los gatos eran animales obstinados, a los que les gustaba arañar los muebles y cagar en los rincones oscuros de las casas. Que los perros eran criaturas adiestrables, obedientes y leales. Sin mencionar que era alérgico a los gatos. La hinchazón siempre parecía ocurrir en su piel cada vez que uno le frotaba la pierna o los acariciaba.

Esto podría ser un problema en caso de que se casaran y no se le hubiera ocurrido preocuparse. “¿Tiene gatos? ¿Significa eso que hay más de uno?”, preguntó, sin estar muy seguro de querer saber la respuesta a su pregunta.

“Oh, sí, tengo cuatro. Una gata madre, llamada Mamá Gata, y sus tres gatitos, Ginger, porque es un gato pelirrojo, Torti porque es carey, y Gato Negro porque...”

“¿Un gato es negro?”, terminó por ella.

Ella sonrió, satisfecha de que él lo hubiera adivinado. Él la miró fijamente, preguntándose si era tan brillante como había pensado en un principio.

Una sombra pasó sobre ellos y alzó la vista. “Lord Leigh, Lady Susan, ¿puedo sentarme con ustedes?”

La señorita Woodville se sentó a su lado y se volvió para incluirse en su conversación sin esperar respuesta. “¿Le he oído mencionar que tiene gatos, Lady Susan? Adoro a las pequeñas criaturas, y nosotros también tenemos uno en casa. Se llama Oscar”.

Bueno, al menos ese es un nombre... Duke se aclaró la garganta y atrajo la atención de Lady

Susan hacia él. “Me gustaría tener otro perro, pero pensé en esperar hasta casarme, por si acaso mi novia quería elegir la raza”. Sonrió a Lady Susan y se alegró de ver que un tono sonrosado se asentaba en sus mejillas.

“También tenemos un perro y numerosos caballos. A mi hermana Julia le encanta montar”, mencionó la señorita Woodville.

Duke entrecerró los ojos y se quedó mirándola, preguntándose qué estaría haciendo cerca de ellos. No había demostrado ser habladora y el tipo de invitada que se colocaba en las conversaciones de otras personas antes de hoy.

Una terrible sensación se apoderó de él. ¿Estaba celosa la muchacha de que eligiera a Lady Susan? A través de su amistad, ¿pensó ella que tenía la oportunidad de convertirse en su esposa? Pensó un momento en esa posibilidad. Por supuesto, habría mirado a la señorita Woodville, demonios, habría mirado a cualquiera si tuviera los fondos que necesitaba, pero ella no era una de ellas.

Escuchó a las damas hablar durante unos minutos sobre la colección de animales que ambas poseían en sus respectivas casas, y se apoderó de él la vergüenza de que, aparte de los caballos, no hubiera comprado un perro nuevo para la finca que siempre habían tenido durante los años. ¿Qué un Vizconde no podía permitirse un buen pointer para su hacienda? Otro fallo que podía achacarle a su padre.

“Adoro a los Spaniels King Charles. Son los más adorables y, por supuesto, la familia real parece quererlos”.

“De hecho, lo hacen. Creo que un perro así le convendría” coincidió la señorita Woodville con Lady Susan. Duke no había creído que hubieran hablado desde el comienzo de la fiesta anfitriona, pero hablar de animales parecía haber hecho que Lady Susan se sintiera atraída por la señorita Woodville.

Observó a esta última, notando las diferencias entre las damas. La señorita Woodville tenía la piel más clara que jamás había visto y una nariz dulce que se ajustaba perfectamente a su rostro en forma de corazón. Era una mujer extremadamente hermosa. Más que Lady Susan. Incluso con todos sus elevados antepasados familiares, todavía no estaba dotada de tanta belleza como la señorita Woodville que era una común.

Curioso.

Su mirada se posó en los vestidos de las damas y también había diferencias. El de Lady Susan era de seda de la más alta calidad y estaba hecho precisamente para adaptarse perfectamente a su figura, mientras que la señorita Woodville parecía preferir una muselina de buena calidad, con el vestido un poco abierto en el pecho. Sus ojos se deleitaron con el amplio escote de la señorita Woodville antes de dejar mirar, y en su lugar contemplar la habitación y a los demás conversando allí, no fuera a ser que ella lo sorprendiera admirando sus pechos.

Se movió en la silla, tirando de su corbata. ¿De repente la habitación estaba más caliente?

“¿Estáis deseando asistir a Londres el año que viene? Espero verlas a las dos allí” dijo,

queriendo alejar la conversación de los animales. Le gustaban las mascotas tanto como a cualquier otra persona, pero en realidad no había mucho de lo que se pudiera hablar sobre el tema.

“Por supuesto, Lord Leigh. Mi padre abre la casa de Londres, que es una de las más grandes de Londres. Señorita Woodville, simplemente tiene que venir a visitarme allí cuando esté en la ciudad. Será más que bienvenida”.

La señorita Woodville sonrió, y él se dio cuenta de que estaba realmente contenta de haber sido invitada. “Gracias por su amable invitación, Lady Susan. Sería un honor para mí visitarla allí”.

“Iremos a tomar helados a la tienda de té de Gunter. ¡Qué fiesta tan alegre haremos! Tal vez las otras damas presentes en esta fiesta anfitriona también se unan a nosotros”.

Duke se revolvió con ideas sobre qué hablar a continuación, pero sin importar lo que interviniera, la señorita Woodville volvió a su tema, dejándolo fuera de la conversación por completo la mayor parte del tiempo.

Sabía cuándo había sido derrotado, y se recostó, escuchando su conversación con no poca molestia, preguntándose el porqué la señorita Woodville intervendría con tanta fuerza. Pensó que eran amigos. Era extraño y no era algo que pensara presenciar.

Para su sorpresa, las damas se pusieron de pie y se acercaron a otro grupo, discutiendo los planes para la temporada y los vestidos que deseaban encargarse al modista. Duke se sentó, estupefacto por haber sido abandonado cuando su conversación antes de que la señorita Woodville se encontrara con ellos había ido bien. O eso pensaba.

Necesitaba al menos tratar de formar un vínculo con una de las tres damas que había elegido como su futura esposa. No quería que su matrimonio fuera solo uno de conveniencia para él si podía evitarlo. Pero tenía que casarse por dinero, era algo que no podía alterar.

La idea de dejar a su madre en Bedlam, un lugar en el que no conocía las condiciones, o si estaba bien cuidada o no, por otro día nunca funcionaría. Se puso en pie, empezando por Lady Martha, la hija del conde de Daniels. La señorita Woodville no estaba cerca de la mujer y, con suerte, se quedaría donde estaba para que él pudiera ver que esta vez era adecuada sin ninguna interrupción.

CAPÍTULO OCHO

A la tarde siguiente, Isla tuvo la oportunidad de interponerse entre Lord Leigh y Lady Francesca, que parecían estar teniendo un gran *tête-à-tête* durante su paseo por el césped. Se sentó con Harlow en un banco de piedra en la terraza, con el aroma de las glicinas flotando en el aire y bañándolas en una luz moteada era glorioso. Su plan de mantener a Lord Leigh alejado de las damas desprevenidas que no sabían que solo buscaba su dinero también contribuía al hermoso día.

“Anoche vi a Lord Leigh y parecía realmente sorprendido de que te hubieras metido en su conversación con Lady Susan. No estoy tan segura de que Lady Francesca sea tan indulgente contigo si los interrumpes. Parece que no tiene muchos admiradores”.

Lo cual era cierto, y una punzada de culpa recorrió a Isla por ser la que posiblemente pusiera fin a su conversación con su Señoría. Pero mejor eso a que él se escape con su herencia y la deje fría y sola, viviendo un matrimonio sin amor mientras su marido apostaba todo su dinero en su club.

Y posiblemente también otros lugares en los que ni siquiera debería pensar.

“No” dijo ella, sacudiendo la cabeza. “Esto es lo mejor, y Lady Francesca me agradecerá que algún día la haya rescatado. Cuando esté felizmente casada y tenga una prole de hijos a los que volver a casa después de los bailes y las fiestas, se alegrará de que me interpusiera entre el cortejo de Lord Leigh cuando lo hice”.

Harlow le lanzó una mirada incrédula. “Algo me dice que puede que no sea así”.

Isla estudió a la pareja mientras caminaban por parte del jardín que parecía tener una gran cantidad de rosas creciendo en él. Lady Francesca señalaba varias cosas en el jardín, pero Isla no podía ver qué era lo que los tenía tan interesadas desde donde estaban sentadas.

“Volveré. Deséame suerte”. Le sonrió a Harlow y se dirigió hacia ellos. Esbozó una sonrisa cuando Lord Leigh vio sus pasos decididos, la claridad de sus facciones y la contracción de su boca le decían que no estaba nada contento.

Bueno, tendría que acostumbrarse a la decepción. Que las damas estén disgustadas de ser lanzadas a matrimonios que benefician al caballero, pero no a las damas.

“Buenas tardes, Lord Leigh, Lady Francesca. ¿Puedo caminar con ustedes? Es un día tan

hermoso”.

“Sí, por supuesto” dijo Lady Francesca, con una sonrisa de bienvenida en los labios.

“No, creo” dijo Lord Leigh al unísono ante la respuesta de Lady Francesca, con los ojos muy abiertos, como si no hubiera tenido la intención de decirlo en voz alta. “Quiero decir” tartamudeó “que usted no tiene sombrero, señorita Woodville. Y corríjame si me equivoco, pero ¿acaso las damas no odian las pecas en la nariz por encima de cualquier otra cosa? No querrá un juego de unas nuevas para rociar su piel antes de la temporada”.

Isla se encogió de hombros, ignorando que él decía un nuevo par de pecas como si ya tuviera algunas sobre el puente de la nariz. Lo cual era así, por supuesto, pero su opinión sobre el asunto no estaba justificada. “No importa eso, mi señor. No soy de las que se preocupan por asuntos tan triviales. Solo tengo que preocuparme cuando se justifica”.

“¿En serio?” dijo arrastrando la voz. Isla no estaba segura de haber oído a alguien sonar tan desinteresado como él en ese momento. “Cuéntenos. Lady Francesca y yo tenemos curiosidad”.

“Bueno” empezó a decir, caminando a su lado mientras bajaban hacia un bosquecillo de árboles que conducía al denso bosque que había más allá. “Hay muchas cosas de las que elijo preocuparme. Los derechos de las mujeres, por supuesto, creo que las mujeres y los hombres, sin importar su posición, deberían tener el voto. A veces me pregunto cómo funciona nuestro país sin que haya una mujer a cargo”.

Lord Leigh soltó una carcajada, y ella lo fulminó con la mirada, con la esperanza de que entendiera que quería decir cada palabra que salía de su boca.

Lady Francesca, sin embargo, arqueó una ceja disgustada ante su Señoría. “¿Qué hay de malo en que las mujeres dirijan países y negocios, mi Señor? Una mujer puede dar a luz a un niño, cosa que un hombre no puede. Somos ingeniosas y, por supuesto, puede que no seamos tan fuertes en el cuerpo, pero lo compensamos más que suficiente con nuestras mentes”.

La opinión de Isla de que Lady Francesca era fría y distante se desvaneció ante las palabras de la mujer. ¡Era una literata! Qué maravilla. “Oiga, oiga, Lady Francesca. A menudo me pregunto cómo es que por el simple hecho de haber nacido Lord tiene derecho a sentarte en la Cámara de los Lores. Por lo que sabemos, un tonto puede estar sentado en una de esas sillas tomando decisiones sobre nuestras vidas”. Sacudió la cabeza, ignorando el deslumbrante semblante de Lord Leigh. “No sé ustedes, pero yo creo que ya puede ser el caso. No debería permitirse”.

“Me viene a la mente Lord Flowers” dijo Lady Francesca.

Isla asintió. Aunque no sabía quién era Lord Flowers, creería en la palabra de Lady Francesca.

“Se cayó de su caballo y tiene suerte de estar vivo. Creo que merece su lugar en la Cámara de los Lores”.

“También bebe en exceso y rara vez está sobrio. No, Lord Leigh, creo que se equivoca en su estimación”.

Su Señoría se detuvo, mirándolas a ambas como si hubieran perdido la cabeza junto con Lord Flowers. “Ya que estamos siendo tan honestos de repente, dígame en qué más cree que vale la pena preocuparse y luchar”, le preguntó a Isla, cruzando los brazos sobre su pecho.

“Bueno, en cuanto a eso, tendría que decir la injusticia a la que se enfrentan las mujeres durante la temporada. O incluso en fiestas anfitrionas como la que estamos disfrutando ahora”.

“¿Cómo es eso, señorita Woodville?” dijo Lady Francesca con un tono curioso en su voz.

Isla hizo un gesto hacia Lord Leigh. “Por ejemplo, ¿cómo sabemos si los caballeros que están aquí, cortejando a algunas de las damas, lo que sabemos que ocurre, solo lo hacen por sus propias razones egoístas?”

Lord Leigh entrecerró los ojos y ella se preguntó si tenía alguna idea de hacia dónde se dirigía su objetivo.

“Dice que los caballeros estamos aquí por razones egoístas, señorita Woodville. Soy todo oídos”.

Ella le sonrió y él entrecerró aún más los ojos. “Bueno, por todo tipo de razones. Es posible que necesiten una esposa debido a que son viudos y necesitan una mano cariñosa para sus hijos. O pueden ser del tipo sensible que no desea estar solo. O, y que es la dolencia más común que infecta el matrimonio de una mujer, ella tiene la impresión de que su unión es un encuentro de amor, cuando en realidad, ella es simplemente el medio para mantener a su marido fuera del territorio de la mujer. Son las cuestiones que me tomo en serio, mi Señor. No creo que ninguna de ellas pueda calificarse de trivial”.

La risa de Lady Francesca sacó a Lord Leigh de su estupor conmovido. “Creo que pronto seremos amigas, señorita Woodville, venga conmigo y conozca a mis amigas”. Isla sonrió a Lord Leigh mientras Lady Francesca la volvía hacia un grupo de damas. La visión de su boca abierta mientras se alejaban era algo que nunca olvidaría. Lo superaría si fuera la última cosa importante que hiciera en el mundo.

Antes se casaría con un hombre que la amara por lo que era. No porque ella viniera con una fortuna para llenar sus bolsillos.

Duke pasó la tarde tratando de pensar si la señorita Woodville tenía una idea del porqué estaba en esa fiesta anfitriona. Que tres de las mujeres más ricas de Londres estaban aquí, todas buscando marido, no era ningún secreto, pero que necesitaba su dinero sí lo era.

Sus amigos sabían, por supuesto, lo terrible que había sido su padre con el manejo de las finanzas familiares, pero eso era solo una parte de la historia. Su madre no merecía ser despedida por su padre, un hombre celoso que la consideraba impúdica. Que no sabía si era verdad o no, pero que ella no estaba loca, por mucho que creyera su padre.

No podía permitir que se quedara en Bedlam en España.

Esa noche, la fiesta se había trasladado al gran salón del piso de arriba, y los sirvientes

habían colgado faroles alrededor de los jardines para dar a la noche una sensación mágica desde la vista de arriba. El salón tenía un largo balcón por el que los invitados podían pasear mientras se sentaban en el interior a jugar a las cartas o escuchar el piano. El sonido de Sir Dung cantando a dúo con Lady Martha hizo poco para mejorar su temperamento.

No le importaba nada de eso. Se sentó afuera en una posición que le daba una vista de la habitación y de una invitada en particular. A la que quería estrangular.

La señorita Isla Woodville.

Rechinó los dientes. Tenía que saberlo. ¿Alguien le había hablado de su situación? Frunció el ceño, pues no le gustaba que ninguno de sus amigos lo hubiera revelado a las damas, pero luego, supuso, que cuando había grandes fortunas en juego, cada uno por su lado. Todo vale en el amor y en la guerra.

Giró los hombros y se terminó el último trago de whisky antes de colocar el vaso en la barandilla. La señorita Woodville estaba ocupada con la mayoría de las damas presentes, yendo de grupo en grupo, una alteración completa de cómo había sido cuando llegó por primera vez. Había pensado que no socializaría en absoluto y que no se integraría en el grupo de mujeres, la mayoría de las cuales gobernaban el beau monde, pero allí estaba ella, una de ellas, aceptada y querida.

Y le impedía conocer a las damas que quería para su esposa. No podía decir cuál de ellas en ese momento, y dudaba que alguna vez pudiera decidir si la señorita Woodville seguía metiendo las narices en sus asuntos cuando no debía.

Se dio la vuelta y miró hacia los jardines, forzando una respiración tranquilizadora. Se le erizaron los pelos de la nuca y se la frotó. Una voz ligera y aireada sonó detrás de él, haciendo que se le erizaran los pelos de punta.

“Lord Leigh, ¿está disfrutando de su noche? Está solo aquí afuera y no está adentro disfrutando de la compañía rica”.

¿Rica? Tenía que ser sobre él. “Preferiría quedarme al aire libre y solo”. Quería cortarla con sus palabras, pero en lugar de insultarla, ella soltó una risita, el sonido ronco y bajo. Envío un detonante de molestia a través de él junto con algo más que no admitiría. Quería castigarla por su impertinencia. Interrumpir conversaciones de las que no formaba parte era más que grosero. Sus acciones apestaban a su educación común. Pero ¿cómo hacerle pagar?

La idea de ponerla sobre sus rodillas y azotarle el culo le hizo sentir calor directo a la ingle. Cerró los ojos y apretó los dedos contra la barandilla para no alcanzarla y llevársela al hombro como a un bárbaro.

“¿Está enojado conmigo, mi señor? Espero no haberlo ofendido de ninguna manera”.

Sus palabras eran tan dulces como el vino, pero no lo engañó. Se volvió, mirándola fijamente, y luchó por no hacer lo que había imaginado un momento antes. Levantó su barbilla decidida, desafiante iluminando sus ojos azules. La pequeña zorra sabía exactamente lo que estaba haciendo...

“Podría decirle lo mismo a usted. Pero tal vez no es ira lo que siente hacia mí, sino celos. ¿Es porque no la he elegido que le duele y, por lo tanto, está tratando de detener cualquier afecto que pueda surgir entre otras damas de nuestro grupo y yo aquí?”, le preguntó, sabiendo que nunca le diría toda la verdad. Hacerlo podría arruinarlo por completo, y entonces no podría casarse con nadie. Tener a alguien en Bedlam era el peor de los problemas familiares. Nadie quería tener hijos si la locura corría por el linaje de la familia. Lo mejor es que piense que es un cazador de fortunas y nada más.

“No estoy celosa, pero pensé que era diferente de cualquiera de los otros caballeros aquí. Me equivoqué en esa estimación. Es como el resto de los libertinos de la ciudad, un camino lleno de pozos y zanjas que las damas debemos cruzar sin caer y arruinar nuestras zapatillas de seda”.

Parpadeó, sin saber qué demonios significaba su analogía. “¿Está usted tratando de decir que mentimos, señora, y que ustedes caen en nuestras trampas?”

“¿No es así? Cada vez que habla con Lady Francesca o Lady Susan, ¿está realmente interesado en lo que están diciendo, o simplemente está diciendo todas las cosas correctas y bonitas que a las mujeres les gusta escuchar? Como si fuéramos unas tontas que no tenemos cerebro entre las orejas. Sabe que podemos mantener una conversación que incluya algo más que encajes, modistas, o los últimos chismes. Leemos y somos educadas al igual que ustedes y se nos deben permitir las mismas oportunidades.

Estoy segura de que podríamos alcanzar grandes alturas si nos trataran como iguales. Pero usted, no. A usted no le importa nada de eso. Lo único que quiere es decirnos cosas frívolas para hacernos creer que es sensible y que será un gran marido, y sin embargo, como tantos en el pasado y en el futuro, sospecho que será una decepción una vez que se pronuncien los votos”.

A Duke nunca le habían dado un golpe semejante, y desde luego no de una muchacha que no fuera su igual. Pasó junto a ella, rozando su hombro con el suyo, y se alejó. Mejor de esta manera que estrechándola en sus brazos y besando a la moza hasta que se olvidara por completo de sus ideales de literata y recordara el porqué los hombres y las mujeres se las arreglaban tan bien juntos, sin importar las cosas bonitas que dijeran los hombres antes.

“Veo que estoy en lo cierto en mi suposición”. Ella se rio detrás de él, como si hubiera ganado su pequeña pelea.

“Puedo asegurarle, señorita Woodville, que no importa cómo pueda hacer que mi esposa se enamore de mí, no importa el porqué de las razones entre en el estado matrimonial, puedo asegurarle que mi esposa nunca se alejará de mi cama y estará muy contenta de haber entrado en el estado matrimonial. Así que le aconsejo que deje de jugar a meterse en las conversaciones de otras personas y se mantengas alejada de mí. No me gustaría que tuviéramos una pelea”.

No es que quisiera tener una pelea con la señorita Woodville. Ella era como un soplo de aire fresco en su vida normalmente rancia. Había pasado mucho tiempo... De hecho, nunca había debatido con una mujer y con una que pareciera decidida a detener su noviazgo con las herederas.

Tenía que saber que él necesitaba los fondos. No había nada más que explicara su enojo.

“No puedo hacer eso, mi Señor. Cuando veo una injusticia como casarse con una mujer por su dinero, que sé que es su intención, no puedo permitir que ocurra tal parodia. Las damas merecen más”.

“Las señoras saben que así es como se hace en nuestra sociedad. Pero tal vez porque, es de la alta burguesía y no de la nobleza, y no ha vivido en nuestra esfera social, no sabe cómo se hacen las cosas”.

“¿En serio?” Levantó una ceja burlona. “Puede que no sea noble, pero al menos me casaré por amor, no por dinero”.

“Eso es irrelevante. Mi esposa, no importa cómo se produzca el matrimonio conmigo, sea de conveniencia o no, no se quedará sin él. En ningún aspecto” dijo, inclinándose hacia ella y bajando la voz.

Su boca se abrió con un pequeño jadeo y su atención se hundió en sus labios. Era una mujer hermosa, y estaban solos en las sombras del balcón. Podía robarle fácilmente un beso, darle una muestra de lo que su esposa disfrutaría, y a menudo. Estaba seguro de que cualquier transacción financiera que se hiciera entre su familia y la de ella pronto sería perdonada cuando ella se sintiera complacida por él.

“No entiendo lo que quiere decir, y no creo que no importe lo que le ofrezca a su esposa, cuando ella se dé cuenta de que ha sido engañada en una unión únicamente para salvar su pellejo financiero, se le romperá el corazón. No permitiré que eso les ocurra a estas señoras. Son mis amigas”.

Se burló, dando un paso atrás. “Es una tonta si piensa que alguna de estas damas haría lo mismo por usted. Saben cómo funciona la sociedad. Están aquí por las mismas razones que yo. Tal vez no por dinero, pero un título, un ducado, un título de marquesa o una vizcondesa siendo mi esposa. ¿No ve que el matrimonio es una transacción y nada más? Si quiere tener éxito en Londres el año que viene, debe perder su delicada sensibilidad. La aplastarán y la convertirán en un viejo alhelí amargo. Pero tal vez ya lo sea”.

Ella se acercó a él, con su barbilla desafiante hizo que sus manos le pidieran para agarrarla y mantenerla firme mientras él devoraba su boca. Maldita sea, era hermosa y más cuando estaba enojada como un pequeño infierno furioso.

“No estoy amargada, pero ciertamente me hace sentir la emoción hacia usted con lo que está haciendo. Las damas de aquí merecen saber que se va a casar con ellas por su fortuna y nada más”.

Cruzó los brazos sobre el pecho, simplemente para evitar apretarla contra él. Sus pechos subían y bajaban en su temperamento, le costaba evitar mirarlos con los ojos o querer deslizar la lengua por la carne blanca y que se burlaba de él.

“Estoy seguro de que ya lo saben, señorita Woodville. Sus esfuerzos serán en vano. El atractivo de tener un título superará cualquier insulto que puedan sentir por mí con respecto a su

fortuna. Y de todos modos” continuó, “¿por qué tanto alboroto? ¿No sabe el porqué necesito los fondos, y también me gustaría saber cómo se enteró de mis circunstancias?”

“Bueno, en cuanto a eso, la otra noche os oí a todos jactarse de la fortuna de ciertas damas. La forma en que discutió sus elecciones en función de su valor es despreciable, y debería avergonzarse de si mismo”.

Sonrió. “Créase esto si no cree en nada de lo que se dice entre nosotros, señorita Woodville. Haré mi elección en función de sus ingresos, porque, por desgracia, tengo pocas opciones en este asunto. Pero no me avergonzaré por hacerlo. Tampoco permitiría que mi esposa se avergonzara por perseguir un título. Es algo común en nuestra sociedad. El hecho de que la haya ofendido una vez más me hace volver a creer que está celosa de que no la esté cortejando. Si tan solo tuviera una fortuna, entonces no estaría tan segura”.

Ella alzó la voz, luciendo aún más hermosa que antes. “¿Cortejarías a cuatro damas al mismo tiempo solo para ver quién le resulta más agradable económicamente?”

“Por supuesto. Necesitaría saber quién vale más. No lo olvide” añadió, queriendo meterse un poco más en su piel. Su boca se abrió y él se inclinó hacia ella, sintiendo el aliento descontento en sus labios. “También puedo robar uno o dos besos, para ver quién reacciona a mi toque más que el resto. Eso es importante”.

“Importante” dijo ella, con las palabras entrecortadas.

Él asintió. “Bueno, sí, por supuesto. No quiero un pescado frío”. “Independientemente de la base de esa unión, sería preferible un matrimonio apasionado. Quiero desear a mi esposa. Quiero que ella también me quiera”.

Su mirada se hundió en sus labios, sus ojos se llenaron de deseo. Podía reconocerlo en cualquiera. No es que le diera a esta gata infernal lo que ella quería. Lo que él también quería, no es que admitiera tal cosa, pero maldita sea, ella se lo estaba poniendo difícil.

“Las mujeres no son tan promiscuas como los hombres”.

Incapaz de negarse a sí mismo, le levantó la barbilla, haciéndola mirarlo a los ojos. “Oh, señorita Woodville, sí pueden serlo” dijo él, dejándola ir y contando los pasos hacia el salón. Si se quedaba al aire libre con ella un momento más, le mostraría exactamente el porqué las mujeres podían ser tan apasionadas como los hombres y le demostraría que estaba equivocada.

Buscó a Lady Martha, ya que no había pasado tanto tiempo con ella como con las otras dos. Durante el resto de la noche, luchó por no mirar en dirección a la señorita Woodville. Podía sentir sus ojos clavados en él, pero ella no podía ser. Su dote era demasiado pequeña. Cinco mil libras no eran suficientes. Incluso si tenía la sensación de hundimiento, ella sería más que suficiente para él en todos los demás sentidos.

CAPÍTULO NUEVE

Al día y a la noche siguiente, Isla fue capaz de mantenerse alejada de Lord Leigh y de sus ideales obstinados e insultantes sobre el porqué los matrimonios como el que buscaba le convendrían por encima de cualquier otro tipo.

Sin embargo, eso no significaba que ella permitiría que su ambición tuviera éxito, incluso después de que él le dijera que tales matrimonios eran comunes. Lady Francesca, Susan y Martha ya eran damas de nacimiento. No necesitaban un título de Duquesa o Marquesa. Su posición en la sociedad ya estaba bien situada. Y si deseaban obtener matrimonios tan elevados, se les debía permitir adquirir uno que incluyera amor y afecto.

Serían más felices en sus vidas si ese fuera el caso.

Se alejó del grupo que se había acomodado para jugar a las cartas, con varias mesas dispuestas en una variedad de juegos para la noche. Tales pasatiempos nunca le habían interesado a Isla, y apenas sabía jugar al bridge, sin embargo, perdía su dinero por participar en el piquet.

La noche era cálida y se deslizó hacia la terraza, dirigiéndose hacia los jardines. De nuevo estaban iluminados con una serie de faroles, lo que hacía que los jardines parecieran mágicos. En la oscuridad, una estructura de jardín de madera con glicinas que crecían sobre ella se alzaba ante ella. Era de forma circular, y en su base había plantadas rosas blancas en flor. Era bastante encantador, y sabía que varias damas habían pasado la tarde en él leyendo y disfrutando de la sombra en los cálidos días de la tarde que estaban disfrutando.

Entró y vio varios sillones, almohadas y mantas sobre ellos, implorando a cualquiera que quisiera pasar el día disfrutando de la comodidad que ofrecían.

Isla estaba sentada en uno de ellos, recostada y cerrando los ojos, respirando profundamente el dulce y encantador aroma de la glicina. A lo lejos, podía oír los murmullos de risas y música mientras el grupo de la casa disfrutaba de su velada de juegos de azar y cartas.

Durante un tiempo, permaneció allí tumbada, contenta de permanecer al aire libre durante el resto de la noche, cuando el sonido de pasos decididos crujió en el camino de grava del exterior. Frunció el ceño, una punzada de arrepentimiento la recorrió por haber dejado el grupo sola y no haberle dicho a nadie su paradero. ¿Y si fuera un bandido que intentara robar la finca?

Estaba a punto de huir cuando el rostro reconocible de Lord Leigh se asomó por la abertura. Su molestia era evidente, y ella suspiró, no estaba de humor para tolerar más sus opiniones. “Oh, es usted” dijo ella, con un tono molesto en su voz.

“¿Está usted tratando de que la molesten, señorita Woodville? ¿Qué estás haciendo afuera sola a esta hora de la noche? A menos que” dijo, señalando hacia los jardines. “Tenga una cita con un caballero, y yo no hago más que retrasarla”.

Él la fulminó con la mirada y ella puso los ojos en blanco. “No juego y quería salir a dar un paseo. Estoy a la vista de la casa. Estoy perfectamente a salvo” mintió, habiéndose arrepentido solo un momento antes de su decisión de escabullirse.

No es que ella le fuera a decir tal cosa. Ella lo observó, tan arrogante y altivo. Pero también, tan absolutamente guapo y soñador. El tipo de caballero rudo y tosco que salvaba a las heroínas de las novelas que le encantaba leer.

Esa noche, llevaba un abrigo superfino, sus calzones de seda hasta la rodilla brillaban contra el cielo iluminado por la luna. Era todo un caballero londinense, con una corbata muy almidonada y una chaqueta que le quedaba como un guante. Era un Vizconde, un caballero con mucho más que muchos, y parecía saberlo.

Nunca en su vida había querido borrar la altivez de su rostro. Como si él supiera más que ella. Como si valiera la pena escuchar y obedecer sus opiniones. Nunca había sido de las que le decían lo que tenía que hacer, y no empezaría con el hombre que tenía delante y que no tenía brújula moral.

“No está a salvo, ni en Londres ni en el campo. Alejarse de una fiesta como la que hay en el interior podría llevarla a un peligro que no podría imaginar. No piense que las personas que desean dañar a otros no lo hacen aquí en York. Lo hacen y más a menudo de lo que jamás sabría”.

“De verdad” suspiró ella, poniéndose de pie, harta de su conferencia. “¿Nunca se cansa de escuchar su propia voz, mi Señor? Salí afuera para estar tranquila antes de retirarme. No necesito que me rescate aquí como una mujer que no puede velar por su propio bienestar. ¿No hay señoras en la casa que cree más ricas que yo y que quisieran escucharlo toda la noche? Yo no soy una de ellas”.

Hizo un gesto con su mandíbula y la miró fijamente. La boca de su estómago se revolvió, no de una manera pésima, sino de una manera que nunca antes había experimentado. Era similar a la noche anterior, cuando se había enfrentado a él en el balcón, pero más potente. Diría que era deseo, eso era lo que sentía.

Ella lo fulminó con la mirada, forzando la idea fuera de su mente. No, no sentía ningún deseo por Lord Leigh. Era un cazador de fortunas, y ella no necesitaba que supiera que tenía una. Nunca se casaría con un hombre simplemente para salvar su propio trasero.

Nunca se permitiría sentir nada por el hombre que tenía delante más que desprecio. Podían haber sido amigos, pero ya no. No podía serlo con alguien que mentiría simplemente para salirse

con la suya.

“¿No lo es?” preguntó, entrando en el espacio con ella. El área, que había pensado que era lo suficientemente grande para varias personas, ahora parecía pequeña y limitada. Ella lo miró a los ojos y le devolvió la mirada, no dispuesta a retroceder ante su intento de abrumarla con su presencia. “¿Por qué cree eso?”

“Discúlpeme”, dijo, pero incluso para su propia voz, sonaba demasiado alta y entró en pánico. “No estoy interesada en usted. Ni siquiera como amigo. Ese barco ha zarpado hace rato, mi Señor”.

“Mmm.” Ahora estaba delante de ella, alto y masculino. El aroma de las flores, su colonia de sándalo, lo culparía más tarde de lo que hizo a continuación, pero en realidad, se había desmoronado como tantas mujeres antes que ella, y era vergonzoso.

Isla sonrió. “¿Está tratando de hacerme cambiar de opinión, mi Señor? No tendrá éxito”, bromeó ella, queriendo que lo intentara. Al menos una vez. Estar allí con un hombre al que estaba decidida a odiar por toda la eternidad era absurdo. Pero no quería renunciar a la oportunidad de saborear sus labios una sola vez. Podría odiarlo después de esa noche, pero durante cinco minutos, ¿qué le dolería permitirle que intentara persuadirla de que había ganado esta guerra?

“Creo que podría. ¿Puedo?”, preguntó.

“¿Puede qué?”, preguntó, con la piel erizada por la conciencia y las piernas temblando de necesidad. Por un momento, él no se movió, y cuando lo hizo, ella no estaba segura de que sus provocaciones hubieran sido una buena idea después de todo. Bajó los labios, rozando los de ella, tan suaves y lentos que le dolía el deseo que despertaba en ella.

Ella no debería querer ser besada por él, pero tampoco quería perder esta oportunidad de disfrutar de su primer beso real. Y por alguien que sabía lo que hacía. El respiro en sus pulmones se entrecortó y su mente se tambaleó. Era todo calor y sabía a brandy, a vicio y a todo lo que ella no quería.

Pero lo hacía. Más de lo que se atrevía a admitir.

Duke le acariciaba los labios con la lengua, una pequeña parte de él quería asustar a la bocona que parecía tener una opinión sobre todo lo que pretendía hacer. Ya sabía que casarse por dinero no era lo ideal, pero tenía pocas opciones. Y ahora, ella pagaría por su ira hacia él, sus palabras que le erizaron la piel de culpa.

Ella jadeó, y él profundizó el abrazo, deslizando su lengua en su cálida y acogedora boca. Ella no se apartó. En lugar de eso, se balanceó hacia él, con las manos golpeando las solapas de su abrigo, sosteniéndolo contra ella.

Su mente se tambaleó, una embriaguez se asentó en la boca de su estómago. Ella aprendía

rápidamente, y él inclinó la cabeza, lo que le permitió profundizar el abrazo. El tacto de su lengua, al principio vacilante contra la suya, le hizo gemir. Sí, esto es lo que él quería. Quería que ella lo deseara tanto como él la había deseado a ella en los últimos días.

Incluso si ella era un pequeño cosquilleo en su bota, besarla ahora era suficiente pago por tener que soportar su mordedura. Acunó su rostro entre sus manos, moviéndose de un lado a otro, tomando su boca en un beso que ya no era suave ni doloroso, sino brutal, una declaración de que ella no debía jugar con él.

No en este sentido. No parecía comprender el peligro.

Quería tocarla, pero se negaba a sí mismo la necesidad que corría por su sangre. Hacer otra cosa que no fuera besarla era peligroso. No podía casarse con la señorita Woodville. Puede que tenga una dote, pero cinco mil libras nunca serían suficientes.

La comprensión lo sacó de su neblina de deseo. Levantó la cabeza, mirándola fijamente, sin entender muy bien lo que había sucedido entre ellos. Parecía tan aturdida como él. Tenía los labios hinchados y los ojos cargados de hambre.

Parecía embelesada. En algún momento, sus manos se habían deslizado en su cabello, sacando varios alfileres. Su atención se centró en sus largos mechones castaños, más largos de lo que había pensado. La mujer era hermosa, sensual y absolutamente cautivadora.

No puedes casarte con ella...

Dio un paso atrás y se pasó una mano por la mandíbula. “Disculpe, señorita Woodville. Me extralimité”.

Ella alzó la mano y se sujetó el pelo como si sus palabras y su beso hubieran sido olvidados hace mucho tiempo. Frunció el ceño. ¿Cómo se compuso tan bien y tan rápido? Su corazón todavía latía demasiado rápido, la sangre en sus venas iba directamente a su ingle. Si tan solo mirara hacia abajo, vería lo que le hizo.

“No se disculpe, Lord Leigh. Le devolví el beso, por mucho que me frustré haberle permitido tales libertades. Pero, al menos ahora sé de qué se trata todo este alboroto de cuando un hombre besa a una mujer. A menudo me lo había preguntado, y ya no tengo necesidad de preguntarme”. Ella se deslizó junto a él. El aroma de su perfume, glicinas fragantes, flotaba en el aire de la noche. Olía divino y sentía lo mismo en sus brazos. “Buenas noches” lo miró por encima del hombro como si él fuera una ocurrencia tardía.

Duke se quedó boquiabierto, sacudiendo la cabeza para despejar su borrosidad. ¿De verdad acababa de despedirlo tan fácilmente? La mujer lo detestaba tanto como él había creído o era una de las mejores actrices de Inglaterra.

La vio salir de la terraza y meterse en el interior. La próxima vez, supuso, tendría que hacer que su beso fuera inolvidable y que ella estuviera menos presentable. Una forma divertida de pasar el tiempo antes de casarse con su heredera y dejar que la señorita Woodville se casara con un hombre que amara y ella a él, dejando a todos satisfechos.

La idea de que se casara con un caballero desconocido le dejó frío, y echó a andar hacia el

lado de la casa, no queriendo entrar por la terraza por si alguien se fijaba en él. Era solo porque la noche se había vuelto fresca, se dijo a sí mismo.

Una mentira, pero que se diría a sí mismo, en cualquier caso. La señorita Woodville era para otra persona, no era para él, y ese era el final del asunto.

CAPÍTULO DIEZ

Isla se acostó tarde esa noche y dio vueltas en la cama. El recuerdo de la boca de Lord Leigh sobre la suya, el delicioso deslizamiento de su lengua contra la suya le hizo un hueco en el estómago y se produjo un agradable latido entre sus muslos.

Suspiró, sabiendo que tales pensamientos nunca sucederían. Odiaba lo que él representaba. Quería una heredera, algo que ella era, no es que el tonto lo supiera, y tampoco sería ella quien se lo dijera. Nunca se casaría con un hombre porque él necesitara su dinero. Se respetaba demasiado a sí misma como para conformarse con algo menos de lo que merecía.

El recuerdo de su rostro sorprendido cuando lo había dejado en los jardines la hizo sonreír. Su despido, a él, le había quitado todo el poder. Cuando, lo que realmente había querido hacer era envolverse en sus brazos, empujar sus pechos doloridos contra su pecho y dejar que él hiciera lo que quisiera con ella. Besarla más y guiarla hacia el camino dichoso por el que él la guiaba.

No es de extrañar que las mujeres cayeran en desgracia cuando estaban cerca de los libertinos. Ciertamente podía ver la tentación ahora que había besado a uno.

Se puso de espaldas, mirando al techo, aunque no podía distinguir mucho en la habitación, aparte de las formas oscuras y las ventanas con la luz de la luna entrando por las cortinas.

Isla echó las sábanas hacia atrás y levantó la barandilla del extremo de la cama antes de salir de su habitación. Encontraría un libro en la biblioteca, uno que no hubiera leído antes, para ayudarla a dormir. Es posible que Lord Billington incluso tuviera la primera entrega de *El Moro* de Rosa Matilda, quien siempre escribía historias de mujeres fuertes que seguían sus pasiones y creencias.

Bajó las escaleras y entró en la biblioteca con pasos suaves sin despertar a nadie. Afortunadamente estaba vacía, y se acercó a un candelabro de pared en el pecho de la chimenea y encendió la vela para tener luz. Aparecieron a la vista una serie de estanterías, y ella paseó por cada una de ellas, buscando si Lord Billington tenía lo que quería leer.

El sonido de una risa femenina y el profundo gruñido de un hombre la hicieron saltar, y corrió hacia la vela, apagándola. Por un momento, se quedó en la oscuridad, esperando que quienquiera que estuviera corriendo por la casa a esa hora no entrara en la habitación. Al no oír nada más, fue silenciosamente hasta la puerta y se asomó al vestíbulo vacío. No podía ver a

nadie, pero podía oír el bajo sonido de una pareja teniendo una cita a medianoche.

Isla se mordió el labio. ¿Quién andaba corriendo? ¿Era Lord Leigh el que participaba en una cita? Siguió la molestia que la invadió al pensar y siguió el sonido, necesitando verlo por sí misma.

No sabía el porqué la idea de que Lord Leigh tuviera una cita perversa con otra mujer la irritaba más de lo debido, pero lo hacía. Al menos si descubría quién era, Lord Leigh o no, sabría que debía mantenerse alejada de él en cuanto a futuros cortejos.

Empujó la puerta de la biblioteca lo suficiente como para poder deslizarse y caminó de puntillas hacia donde podía escuchar susurros y más risas. Quienesquiera que fueran, parecían estar divirtiéndose. Al pasar por delante de la escalera, una mano salió disparada, sobresaltándola. Una mano que se envolvió alrededor de su boca, sofocando su grito antes de que un pecho musculoso y agitado se acercara con fuerza a su espalda y le susurrara palabras al oído que hicieron que su ingenio entrara en espiral.

“¿Qué está haciendo, señorita Woodville? ¿No es más allá de su hora de acostarse?”

Ella le mordió la mano y él gritó. Las voces de la otra habitación dejaron de sonar, y con una maldición ahogada, Lord Leigh la levantó en sus brazos y la llevó al pequeño armario que había debajo de las escaleras. Poca luz entraba en el espacio, pero sabía que él estaba frente a ella.

“Silencio” dijo, mientras el sonido de pasos llegaba al vestíbulo antes de que se marcharan y una puerta se cerrara en lo más profundo de las entrañas de la casa.

“¿Qué cree que estás haciendo?” le preguntó, con su prepotencia reprochable. “No puede arrastrarme a esta habitación y pensar que es apropiado”.

“Cuando está a punto de arruinar a una pareja que posiblemente esté a punto de entenderse, yo puedo. Y, de todos modos, ¿qué está haciendo vagando por la casa a medianoche? Tal vez esté merodeando por la casa en busca de un amante”.

Ella entrecerró los ojos, aunque sabía que él no podía verla. “No podía dormir. Bajé las escaleras por un libro y escuché risas. Simplemente iba a mirar y ver quién era”.

“Así que le gusta ver a otras parejas. Interesante”.

Le empujó el pecho, inmóvil como los robles que crecían en su finca. “No sea tan grosero. No soy entrometida”. Hizo una pausa, su aroma a sándalo y a algo más que ella no pudo detener que su cabeza diera vueltas. “Pensé que podría haber sido usted, y entonces lo que pienso de usted habría sido correcto después de todo”.

“Qué decepcionada debe haber estado al descubrir que no era yo”. Sonaba como si se estuviera riendo de ella. Rechinó los dientes.

“Y usted, mi Señor. ¿Qué estabas haciendo vagando por la casa? Tal vez otra risueña dama esté esperando en una de las habitaciones, abatida por su Lord Leigh, que ha sido asaltado por la señorita Woodville”.

“¿Siempre habla de usted misma en tercera persona? Qué rara es”, se burló.

Sintió que se acercaba, su cálido aliento le hacía cosquillas en el cuello. ¿Cuándo había

inclinado tanto la cabeza? Permitió que el escalofrío de la conciencia se deslizara por su espalda, pero eso era todo lo que permitía. No habría más besos. Nada más con este libertino. “Cuando surge la necesidad, sí, lo hago”.

Sabía que estaba sonriendo. Ella podía sentirlo y, sin embargo, él no dijo una palabra durante un momento. “¿Estaría celosa si otra dama me estuviera esperando?”

Isla puso los ojos en blanco. El hombre era insufrible. “Si aún no lo he dicho, permítame decirlo de nuevo, Lord Leigh. No me gusta. Es todo lo que a una joven bien educada no le gusta en un hombre. Un libertino hasta la médula y también un cazador de fortunas. No hay mucho que admirar, creo que estará de acuerdo”.

“Y no me gusta usted, señorita Woodville, ni sus opiniones elevadas y sentenciosas”.

Le empujó el pecho, de poco le sirvió, porque él no se movió. “Es tan grosero. No sé por qué me quedo y lo escucho”.

“Y no sé por qué la sigo encontrando en lugares extraños de la finca”.

“¿Me está acusando de actividades inapropiadas?”, jadeó, indignada. Estar en un armario debajo de las escaleras era inapropiado, pero no estaba planeado. Aunque, en realidad, le gustaba discutir con él. Era divertido meterse debajo de su piel. Si lo conseguía, podría darle conciencia. “Si estuviera haciendo algo inapropiado, le puedo asegurar que no sería con usted”.

Se echó a reír, sin importarle quién le oyera. “Ya lo ha hecho, señorita Woodville, o ha olvidado mi beso tan fácilmente”.

“¿Qué beso?”, replicó ella. “¿Eso fue lo que intentó en el pabellón exterior? Había pensado que simplemente estabas tratando de ahogarme con su lengua”.

Respiró hondo y despacio. “Bueno, yo nunca” tartamudeó él, poniéndose de pie contra ella. Se apartó y chocó con fuerza contra la pared. “¿Me está mintiendo? No la tenía como una mujer con una lengua tan tortuosa”.

“Nunca miento. Siempre digo la verdad absoluta”, respondió.

“Es una zorra frustrante. No cederá, ¿verdad?”

“No” dijo ella, levantando la barbilla a pesar de que sabía que él no podía verla. “No ante usted, en todo caso”.

Duke gruñó, con el cuerpo encendido por la necesidad, por la frustración y la molestia que tenía delante. ¿Cómo se atrevía a decir que casi la ahoga con la lengua? El beso que compartieron afuera lo había dejado tambaleándose durante horas.

Incluso ahora, todo lo que podía pensar era en hacerlo de nuevo.

Apretó su boca contra la de ella, ignorando el jadeo de sorpresa que le arrancó. Esperaba que ella le diera una bofetada en la cara. Empujarle el pecho, rasgarle las mejillas, pero ella no hizo nada de eso. En lugar de eso, le apretó la mandíbula, sosteniéndolo contra ella, metiéndole la

lengua en la boca con una pericia que lo dejó tambaleándose.

Él gimió, aprovechando la oportunidad para presionar su cuerpo completamente contra el de ella. Se encontró con él a mitad de camino. Con sus curvas dulces y femeninas para disfrutar. Le agarró el culo y le apretó la suave carne con la mano. Estaba deliciosa.

Su pene, duro como una roca, presionaba contra sus calzones, y él la empujaba contra ella. Ella gimió, mordisqueándole el labio a través del beso, y él casi acaba en los pantalones. “Maldita sea, señorita Woodville”.

“Isla” suspiró contra sus labios, extendiendo las manos alrededor de su cuello. La alzó contra la pared, colocando sus piernas alrededor de su cintura, colocándose como ambos querían.

“Quiero hacer cosas malas con usted, Isla” bromeó, besándole las mejillas, la barbilla, su bonito y suave cuello.

“Sí” aceptó ella, frotándose contra él como un gato. Su mente se tambaleó y luchó por controlarse. No era una mujer a la que pudiera arruinar. No era una mujer con la que pudiera casarse. No debería estar aquí, jugando con ella, pero tampoco podía dejar de tocarla.

La dejó en el suelo y subió la camisola hasta que se le agarró a la cintura. Detente, Duke, esto está mal. Le metió la mano entre las piernas. Tan húmeda y cálida, que el aroma del sexo mezclado con su dulce perfume confundió aún más su mente.

Deslizó su mano sobre su pecho, presionando entre los labios de su sexo. “Quiero hacerla añicos en mis brazos, Isla. ¿Entiende lo que estoy diciendo?” Pasó el dedo por la protuberancia hinchada de ella, lo que provocó un jadeo de sobresalto en ella.

Sintió que ella negaba con la cabeza. “No, pero estoy segura de que está a punto de decírmelo”.

Duke entrecerró los ojos y la miró, desafiante hasta el final. Ella sería el fin de él, la pequeña zorra. “Está mojada y lista, excitada por mí. Admita que mi tacto la hace sentir malvada”.

Le metió su mano en el pelo y lo acercó a él. “El hecho de que disfrute de sus caricias no significa que me guste más que antes”, jadeó cuando él profundizó más en su sexo, jugando con ella y dónde quería estar en este momento más que en cualquier otro lugar del mundo.

Duke cerró los ojos, deleitándose con el tacto de ella, la humedad que lo provocaba a probarla y besarla hasta el clímax. Pasó el dedo en medio de su sexo contra sus labios y ella gimió. Sus lenguas se enredaron, apareándose en sus bocas. La tocó con los dedos, agarrándola de la manera que deseaba que su pene lo hiciera en ese momento.

Que bien estás. Respiró sobresaltado. Tan apretada y húmeda mientras ella apretaba su dedo. Las fantasías se apoderaron de su mente: que rasgaba sus caídas frontales, la levantaba sobre su pene y se la follaba hasta que ambos se convertían en un charco de satisfacción.

Ajustó el dedo, apretándola de una manera que sabía que las damas disfrutaban. Su sobresaltada respiración, la ondulación de sus caderas mientras él la follaba con la mano era demasiado.

“Lord Leigh” jadeó ella, agarrándose a él con las manos como si quisiera mantenerla clavada

en el lugar. “Quiero” tartamudeó. “Quiero...”

“Sé lo que quiere” dijo él, presionando su clítoris mientras la tocaba con los dedos. Un temblor se apoderó de su mano, y ella gimió su nombre, el sonido de la felicidad llegó a sus oídos. Tomó sus labios, silenciando sus gritos, y la dejó cabalgar sobre su mano mientras la última de sus convulsiones la sacudía.

Se quedaron allí un momento, ambos recuperando el aliento antes de que Duke levantara la mano de su sexo y acomodara su camisola de vuelta. Podía sentir que ella lo miraba fijamente, y aunque sabía que le había dado placer, no era tan tonto como para no saber que ella estaría enojada por eso ahora. A ella no le gustaba, y ciertamente no apreciaba que le gustara lo que él le hacía.

Ella le empujó el pecho y esta vez él se alejó. “Gracias por lo que sea que acaba de suceder, pero sepa esto, Lord Leigh, no volverá a suceder”.

Él reprimió una sonrisa cuando ella abrió la puerta del piso de abajo, un rayo de luz iluminó el espacio. Duke respiró hondo al verla. Sus pezones estaban tensos y se abrían a través de su camisola. Tenía el pelo alborotado como si hubieran follado.

Un fragmento de orgullo y posesión lo atravesó por el hecho de haberla hecho perder el control. Que él la había llevado a su primer orgasmo. La idea de que ella estuviera así en los brazos de otra persona causó un gesto en su mandíbula. No le gustaba la emoción que crecía en su interior, sabiendo que un día ella pertenecería a otro. Otro hombre que no era él.

“Dulces sueños, Isla” dijo él, disfrutando de la bocanada de aire que sus palabras le producían. Aun así, ella se sintió afectada por él, y Dios sabe que él estaba afectado por ella. Su pene se puso de pie, suplicando su toque. Ella cerró la puerta, dejándolo a oscuras, y él soltó una risita. Zorra hasta el final. Sin embargo, ¿iba a mantener sus manos alejadas de ella cuando todo lo que quería era perseguir sus bonitas faldas, besarla y hacer el amor con ella cuando lo desearan?

Debía hacerlo. Eso era todo, se recordó a sí mismo, sabiendo en el fondo que no seguiría su propio decreto. No tenía otra oportunidad.

CAPÍTULO ONCE

Isla no pudo salir de su habitación a la mañana siguiente por el sonrojo que había tenido durante toda la noche, cada vez que pensaba en lo que Lord Leigh le había hecho debajo de las escaleras. Su toque hizo que se le pusiera la piel de gallina. Le dolía el cuerpo en lugares que nunca antes había conocido. Nunca se había sentido tan desenfrenada.

Nunca reaccionaba ante los hombres como lo había hecho con Lord Leigh. Que era el mismo hombre al que ella había acordado odiar por toda la eternidad y que no podía soportarlo. No quería reaccionar ante un hombre que anhelaba mujeres solo para que fueran un medio para salvarlo de la prisión por deudas. No es que ella supiera que sus problemas financieros eran tan graves, pero obviamente no eran buenos. No es que él le hubiera revelado tales secretos la noche anterior.

Pero, en cambio, la había distraído inteligentemente con sus manos y su boca. Bueno, otra vez no. Tenía que mantenerse a salvo, de sus garras cazadoras de fortuna, a aquellas que cayeran en sus encantos.

“Isla, ¿qué estás haciendo? Desgastarás la alfombra si sigues caminando así”.

La visión de Harlow en el umbral de la puerta la detuvo y suspiró, sabiendo que tenía que decírselo. Tenía que decirle a alguien lo que estaba haciendo antes de expirar con la frustración reprimida.

“Cierra la puerta, Harlow. Necesito hablar contigo”.

Su amiga hizo lo que le pidió, un ceño fruncido de preocupación apareció en su frente cuando rápidamente se acercó a ella. “¿Qué es lo que sucede? Pareces molesta”.

Isla alzó las manos con desesperación. “Estoy molesta. Estoy enfadada conmigo misma y con Lord Leigh por ser un libertino competente”. Se mordió el labio y se encontró con la mirada de sorpresa de su amiga. “Me arrinconó anoche. Lo reconozco, estaba husmeando a otra pareja con la que me acababa de cruzar, y él me metió en un armario para que no nos vieran”.

“¿Un armario?” Harlow parecía demasiado tranquila, e Isla la contempló un momento, preguntándose cómo podía permanecer tan imperturbable con semejante confesión.

“Debajo de las escaleras. Al principio, fue para evitar que nos pillaran no solo juntos, sino para que la otra pareja no supiera que los habíamos escuchado. Discutimos, no por primera vez,

ya que el hombre es un aburrido terrible, como bien sabes, pero luego me besó de nuevo y yo...”

“¡De nuevo!” Harlow la agarró por los hombros, sacudiéndola un poco. “¿Cuántas veces te ha besado Lord Leigh, Isla? ¿Y nunca pensaste en decírmelo?”

“No quería que pensaras mal de mí. Ya sabes lo que siento por él”.

“Bueno, ¿estás segura de que no sientes algo más por él que molestia? Besar al hombre me dice que te gusta y que tal vez tu enojo con él proviene de celos”.

Isla miró boquiabierta a su amiga, tirando de su agarre para comenzar a caminar una vez más. “Por supuesto que no”. Y, sin embargo, un pequeño y molesto momento de duda se deslizó en su voz. Le había gustado Lord Leigh antes de oír su conversación con sus amigos. Tenía la esperanza de que tal vez pudiera haber una amistad que se convirtiera en algo más. Pero sus frías y calculadas palabras sobre casarse con una mujer con dinero pronto cambiaron todo eso. No, ya no estaba celosa. Por supuesto que no.

“Creo que tenemos que dejar la fiesta anfitriona. No puedo seguir tropezando con él, porque cuando lo hago, olvido todos mis escrúpulos y principios, y sigo permitiendo que el pícaro me bese. Lo cual, debo añadir” dijo, levantando un dedo, “hace muy bien, pero eso no viene al caso. Deberíamos irnos a casa, prepararnos para la temporada y dejar a todos estos aristócratas cazadores de títulos y herencias a su suerte”.

“Solo nos queda una semana, Isla. Estoy segura de que podemos quedarnos, y tú puedes mantenerte alejada de Lord Leigh. Si quieres, por supuesto” sugirió su amiga, con una nota burlona en su tono.

Isla se quedó boquiabierta, insegura de haber oído bien a Harlow. “¿Crees que no puedo mantenerme alejada de él? Por supuesto que puedo”, declaró, segura de que podía y haría lo que decía. No dejaría que el atractivo de los besos de Lord Leigh volviera a afectarla y obligarla a decidirse a odiarlo por toda la eternidad.

“Muy bien” dijo Harlow, dirigiéndose a la puerta. “Así que bajemos las escaleras. He venido a recogerte porque hoy vamos a hacer un picnic junto al lago. Los sirvientes están preparando las mesas y la comida mientras hablamos”.

Isla respiró hondo y tranquila, buscó su sombrero y se acercó al espejo para comprobar que su vestido estaba en bien. Su vestido de muselina azul claro era bonito y tal vez no tan elegante como el de las otras damas presentes, pero eso no le importaba. No habían sido educadas para preocuparse por las cosas materiales de la vida, por la magnitud de sus dotes, nada de eso había importado nunca, y ella no estaba dispuesta a vestir sedas y diamantes, ni a anunciar a pícaros como Lord Leigh que ella también era una heredera.

Se dirigieron al salón y descubrieron que el grupo ya estaba al aire libre y se dirigía hacia el lago. Isla y Harlow siguieron a un ritmo relajado. Se puso el sombrero, se ató las cintas azules alrededor de la barbilla y estudió al grupo que iba delante de ellos.

Lord Kempt y Lady Hirsch, la viuda del Conde de Hirsch, caminaban separados de los demás, e Isla se preguntó si habrían sido la pareja que había oído la noche anterior antes de ser abordada

por Lord Leigh.

La idea de su Señoría, de estar atrapada en el armario con él, sus labios, y dedos ansiosos, que le hacían cosas deliciosas y malvadas, bombardeaban su mente. El calor le invadió todo su cuerpo, y ella se abanicó la cara mientras llegaban a las mesas, cubiertas con manteles blancos y la mejor porcelana para su picnic.

Se sentó y acomodó su asiento, acomodándose las faldas alrededor de las piernas, y miró hacia arriba y se encontró con la mirada hambrienta y de párpados pesados de Lord Leigh a varios pasos de distancia. Su estómago se retorció y se revolvió, su respiración se entrecortó. De alguna manera, con solo una mirada, ella sabía lo que estaba pensando, lo que estaba recordando, y si era tan audaz como para suponer, lo que quería hacer de nuevo, la mirada voraz en sus ojos era una indicación.

“Oh, querida” dijo Harlow a su lado, aclarándose la garganta.

Isla apartó la mirada de Lord Leigh y se dirigió a su amiga. “¿Qué pasa?”, le preguntó.

Harlow soltó una risita, bebiendo un vaso de limonada. “Me temo que tu determinación de mantenerse alejada de Lord Leigh será cuestionada por su propia Señoría. Parece bastante obsesionado contigo, si soy buen juez de carácter”.

Una agradable calidez corrió por su sangre ante las palabras de su amiga antes de dejar de lado la reacción. ¡Qué estaba haciendo! No le gustaba el hombre ni lo que representaba. Tenía que ser fuerte en su juicio sobre él. ¿Cómo se atreve a casarse con mujeres bajo falsos pretextos, incluso si prometía mantenerlas bien complacidas? Dudaba que se alegraran mucho cuando él tuviera sexo o fornicara fuera del lecho conyugal y les diera viruela.

“Ignoraré al hombre, tal como prometí hacer. Sus besos no tienen ningún efecto en mí” dijo, desviando su atención hacia las otras mesas. “¿Te has dado cuenta de que nadie se ha sentado con nosotras?” Comentó Isla. “Eso es muy extraño, ¿no es así? ¿Crees que hemos hecho algo para ofender a las otras señoras? Pensé que nos estábamos haciendo buenas amigas”.

“Tal vez” dijo Harlow, con una luz traviesa en los ojos. “Se han dado cuenta del interés de Lord Leigh contigo y no te ven con buenos ojos”.

Eso era lo último que quería Isla. Lo único que quería era ayudar a las damas a mantenerse alejadas de hombres como Lord Leigh. Pero tal vez su Señoría tenía razón. Tal vez a las damas presentes no les importaba que estuviera buscando una fortuna, ya que de hecho estaban buscando un título.

Su segura vida protegida en Grafton no le había permitido ver mucho el trabajo de la *sociedad*, pero había oído que a veces era voluble y cruel. ¿Eran ciertos todos los rumores? ¿Eran las mujeres tan escandalosas y malévolas como los hombres?

Lord Billington llamó a cualquiera que deseara pescar, y Harlow estuvo a punto de volcar su silla en su prisa por ponerse de pie. “Oh, debo intentar pescar. Nunca lo he hecho antes” dijo ella, con una sonrisa de oreja a oreja mientras se dirigía hacia su Señoría. Isla notó que fue la única mujer en el picnic que lo hizo.

Fuera de su visión periférica, notó que Lord Leigh se excusaba de su conversación y se dirigía hacia ella. Se armó de valor para ser fría y no verse afectada por su presencia. Una aspiración improbable cuando su cuerpo iba en contra de sus deseos y casi se desmayaba con la idea de que él estuviera cerca de ella.

Maldito sea todo el infierno. ¿Cómo iba a mantener la distancia con el hombre?

No dejaba de observar a Harlow mientras cogía la caña de pescar de Lord Billington, que entusiasta le explicaba las partes. Lord Leigh se sentó a su lado, acercando su silla a la de ella. Ella le lanzó una mirada de disgusto, y su sonrisa cómplice le hizo querer mostrarle los dientes o besarla simplemente para borrar esa mirada desagradable de su rostro.

“¿Se alegra de verme, Isla?”, le preguntó, con una ceja levantada en señal de interrogación. “Su vestido azul es muy atractivo, pero no tan bonito como su camisola. Creo que siempre tendré debilidad por sus innombrables”.

“Canalla” susurró furiosa. “¿Tiene algún escrúpulo?”

Se burló. “La verdad es que no. No cuando estoy cerca de usted, al menos. Me hace querer hacer cosas malas”.

Ella tragó saliva, levantando la barbilla, negándose a derretirse en un charco de deseo a sus pies. Eso es lo que quería, por supuesto, o hacerla huir a la casa como una debutante. Lo cual, por supuesto, era. No es que pudiera reclamar ese título nunca más. No con Lord Leigh arrinconándola en los armarios y tentándola a hacer cosas que ninguna dama de clase haría jamás.

Lady Susan se acercó a ellos, sentándose a su mesa. Le sonrió a Isla, pero algo en los ojos de la dama la puso en guardia. ¿Tal vez las damas estaban enojadas con ella? Y sabía exactamente a quién culpar. El trozo de carne deliciosa y molesta a su lado.

“Lord Leigh, señorita Woodville, ¿hay sitio para una más en su mesa? preguntó con dulzura, dirigiendo una mirada coqueta a su Señoría.

Lord Leigh se inclinó hacia delante, cogió la jarra de limonada antes de servirle un vaso a Lady Susan y volver a llenar el de Isla. “Por supuesto, Lady Susan. Cuantos más, mejor”, respondió. Un gesto dulce, pero la sensación de su mano contra su pierna la sacó de sus pensamientos más considerados hacia el hombre.

Ella se encontró con su mirada, una luz de advertencia en sus ojos que le decía que no dijera una palabra, junto con la necesidad acumulada con la que a menudo lo había sorprendido mirándola. Su estómago se retorció en nudos al sentir su toque. Cogió su bebida, bebiendo una buena parte de ella antes de agacharse y apartar la mano de él en vano.

Él hizo un puchero, y ella negó con la cabeza, sin creer que intentaría algo muy escandaloso delante de Lady Susan.

“¿Tiene sed, señorita Woodville?” dijo Lady Susan, con una risa tintineante demasiado alta para ser genuina. “Claro, ha estado ocupada en esta fiesta anfitriona. Lo suficiente como para que cualquiera esté sedienta, creo”.

La mano de Lord Leigh se detuvo en su pierna, y la mirada que lanzó a Lady Susan era de hielo.

“La fiesta anfitriona ha estado llena de acontecimientos y actividades. Ciertamente, no se podía acusar a Lord Billington de organizar una fiesta lúgubre, eso es seguro”, contestó ella, sin morder el anzuelo de Lady Susan, si es que era su intención.

“Claro que sí” dijo Lady Susan, con un tono que apestaba a disgusto. “Aunque pensé que habría uno o dos anuncios de entendimiento entre los invitados. No tener nada en absoluto es un poco sorprendente”.

“¿En serio?” preguntó Lord Leigh. “He estado en muchas fiestas anfitrionas y no se han anunciado ningún compromiso. No creo que haya nada de qué preocuparse”.

“Por supuesto, Lord Leigh. Ha estado muy atento con todas nosotras, señoras, de lo que somos aficionadas, como bien sabe”. La mirada que Lady Susan dirigió a Lord Leigh era de todo menos inocente. Parecía depredadora.

Cerró la boca con fuerza, y la irritación la recorrió ante la idea de que Lady Susan intentara sus artimañas con Lord Leigh. Un pensamiento realmente angustiante, porque Isla no podía decir con absoluta certeza si era porque era un cazador de fortunas, y quería que estuviera a salvo de tales buitres. O si la idea de que Lord Leigh besara a alguien de la forma en que la había besado a ella le dejaba un hueco en el estómago.

Se dio cuenta de ello y se puso de pie. Su silla se echó hacia atrás y miró a Lord Leigh y a Lady Susan. Ella la observaba con suficiencia satisfacción. Lord Leigh, sin embargo, parecía preocupado por su semblante afligido. “Si me disculpan. Necesito volver a la casa”.

Isla huyó, sin importarle lo que pensarán los demás. Solo sabía que tenía que alejarse de Lord Leigh y de los celos que corrían por su sangre, dejándola caliente y enojada con cualquiera que lo quisiera para sí misma.

Cualquiera que no fuera ella.

CAPÍTULO DOCE

Duke se excusó con Lady Susan, ignorando la sobresaltada y murmurada comunicación que brotó de sus labios apretados cuando él se marchó, y fue tras Isla. Algo la había angustiado, y estaba seguro de que no había sido su mano. A pesar de que tocarla había sido todo en lo que había pensado desde el momento en que ella lo dejó en el armario la noche anterior.

Se habían tomado de la mano en su habitación. La idea de verla tendida en su cama, con sus largos mechones castaños esparcidos sobre la almohada, había sido todo lo que había necesitado para venirse.

Incluso ahora, ella era todo en lo que pensaba. No solo para bromear, lo que disfrutaba inmensamente, sino simplemente para estar en su compañía. Era una presencia estable, amable y acogedora con todos. Tan diferente a las otras damas en el baile que sabía que lo querían por su título tanto como él las necesitaba por su dinero.

No importaba a quién eligiera, la unión no sería el más feliz de los matrimonios. Aun así, los pensamientos preocupados de su inminente matrimonio eran la menor de sus preocupaciones. No cuando Isla parecía genuinamente molesta. Había palidecido y había entrado en pánico ante sus ojos, pero ¿por qué?

Aceleró el paso, recordando lo que Lady Susan había dicho. Ella lo había felicitado por su atención y cuidado hacia las damas en la fiesta en la casa antes de lanzarle una mirada que había visto a menudo en las mejores cortesanas de Londres. Una mirada que le decía que podía meterla en cualquier armario o habitación de la gran casa que había detrás de ellos en cualquier momento que quisiera, y ella no se quejaría.

Isla había visto esa mirada, y eso la angustiaba.

Comprobó su paradero y la vio entrar por la biblioteca. Una habitación que había estado fuera del alcance de los invitados. Atravesó la terraza y el salón, no queriendo levantar sospechas, y utilizó una puerta interior para entrar en la biblioteca de Lord Billington.

Pilló a Isla paseándose ante la chimenea apagada. Ella se detuvo ante su interrupción, no dijo una palabra y se limitó a mirarla. Su color era alto, brillante y sonrosado en las mejillas que la hacían parecer sonrojada y molesta.

“Tenía razón, ¿verdad?” preguntó, tomándose su tiempo para acercarse. Tenía los ojos muy

abiertos, como si pudiera alzar el vuelo en cualquier momento. No quería asustarla. Quería que ella nunca se fuera, si era honesto.

“¿Sobre qué?” preguntó, respirando hondo y empujando su amplio pecho hacia arriba en su bata. Reprimió un gemido, su obsesión por la moza estaba más allá de los límites.

“Acaba de enojarse por Lady Susan. Sus palabras con respecto a mi atención a las damas le causaron angustia, no solo por lo que dijo, sino por cómo me miró. Vio esa mirada, ¿verdad? Y no le gustó”.

Frunció los labios y entrecerró los ojos. Demonios, era hermosa. Tan maravillosamente obstinada y diferente de todas las demás. ¿Cómo no iba a seguirla de vuelta a la casa? ¿Cómo no iba a seguirla a cualquier parte?

“No me importa lo que haga con Lady Susan. Es su vida. No tengo nada que decir al respecto”.

“Mentirosa” acusó, elevándose sobre ella, su pequeño jadeo hizo que sus labios se abrieran de la manera más perturbadora. “Admita que le gusto a pesar de su odio por mis planes para conseguir esposa”.

Levantó las manos, gesticulando salvajemente. “Bien, lo admito. Creo que es demasiado guapo y creo que lo sabe. Pensé que era usted el caballero más amable y dulce cuando lo conocí en esta fiesta anfitriona, pero mi opinión sobre usted cambió en el momento en que escuché su discusión en la biblioteca con sus amigos”.

Él asintió. Finalmente, supo el porqué ella había estado decidida a causar un problema con él y con las otras damas a las que había estado tratando de cortejar. No es que pudiera concentrarse en ninguna de ellas. No con esta cháchara siempre de un lado a otro y distrayéndole.

Incluso ahora, quería desestimar su discusión, atraerla a sus brazos y alejar con un beso su negación. Ella cedería. Ella le devolvía el beso. Lo sabía tan bien como sabía que tomaría otro respiro.

“Los hombres se casan por dinero todo el tiempo, y las mujeres se casan por rango y prestigio. Lamento que haya escuchado una conversación corta e insensible, pero no ha estado en sociedad, Isla. Aprenderá el año que viene, en su temporada, lo despiadada que puede ser la sociedad para salirse con la suya”.

“No me casaré por dinero o prestigio. Quiero casarme por amor. ¿Cómo puede algo durar, resistir las pruebas de la vida si no se basa en la amistad y el afecto? Lo siento por usted, Lord Leigh. Lamentará el día en que se case por conveniencia. Y espero que esta conversación regrese y lo persiga como un momento en el que pudo haber elegido de manera diferente cuando no lo hizo”.

Tragó saliva y la boca del estómago se revolvió al oír sus palabras. No quería un matrimonio de conveniencia. Cada vez que estaba cerca de Isla, lo entendía más y más. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Cómo podía buscar a la mujer que tenía delante si ella no venía con dinero para salvar su nombre? ¿Para salvar a su madre de la mentira por la que había sido castigada?

“Habla como si tuviera que elegir su futuro, pero no es así. ¿Tiene una dote sustancial, Isla? ¿Es heredera y nadie lo sabe? Si no lo es, su mamá, como todas las demás, la empujará hacia hombres como yo, y se casará con uno de nosotros. No cacaree tan pronto de tener moral”.

Ella desvió la mirada, tragando saliva, y él entrecerró los ojos al mirarla. “¿Es heredera?”, volvió a preguntar. Quería tener la esperanza de que lo fuera, porque entonces podría casarse con una mujer que le gustara y disfrutar de su compañía, sin importar sus disputas, y ella también podría salvarlo. Ella no le creería, por supuesto, pero él podría hacer que ella le creyera con el tiempo.

“No soy una heredera” dijo, aclarándose la garganta. “No finja que la admisión lo decepciona, Lord Leigh”.

“No importa lo que crea, no voy por ahí besando a las mujeres en las fiestas anfitrionas. Solo la he besado a usted y solo quiero besarla a usted”. Él no podía tenerla. Ella nunca sería suya. El dolor que le atravesaba el pecho le hizo recuperar el aliento y se acercó al sofá, sentándose.

Alzó la vista y la encontró observándolo. ¿En qué estaba pensando? ¿Sentía ella lo mismo? ¿Lo deseaba tanto como él la deseaba a ella?

“Por favor, bésame una vez más y prometo dejarla para encontrar el gran amor de su vida”. El hombre que no sería él.

Cómo odiaba a su padre en ese momento. Por despilfarrar la fortuna familiar, dejando lo mínimo para administrar las fincas. Dejando que su madre se pudriera en Bedlam por crímenes que no había cometido.

Movió las manos entrelazadas ante ella, y él pudo ver que estaba debatiendo su petición. Nunca antes le había rogado a una mujer que lo tocara, y sin embargo, si ella no acudía a él, estaba seguro de que moriría por su negación.

Vio el momento en que ella se decidió, y jadeó mientras ella se arrojaba sobre su regazo, sus labios tomaban los suyos en un beso que lo hizo tambalearse. Se aferró a ella, sosteniéndola firmemente para que no huyera de él por siempre.

Su lengua se enredó con la de él, sus respiraciones se mezclaron. Él gimió mientras su mano se movía por debajo de su abrigo, deslizándose a lo largo de su chaleco y camisa. Su toque dejó fuego a su paso. A pesar de sus diferencias, de sus muchas discusiones, sabían cómo hacerlo bien juntos de esta manera. Él estaba completamente lujurioso con ella y no quería que ella lo dejara.

¿Lujuria, Duke? ¿Estás seguro de que es solo eso? Su mente se burlaba.

Ignoró sus pensamientos, deleitándose con la sensación de ella en su regazo. Su amplio pecho apretado contra su pecho, su suave y redondo trasero presionando contra su creciente pene. Ella pareció entender lo que le estaba haciendo y se movió, enviando fuego a través de su sangre.

“No debería estar haciendo esto” suspiró, rompiendo el beso. “Pero tiene razón. Tampoco me canso de usted, inclusive tan furiosa y distraída como me pone”.

Sus palabras hicieron que el alivio se derramara a través de él, y él tomó su boca en un beso

de castigo. Quería que ella lo recordara. Quería que ella siempre pensara en él cuando besara a otro hombre.

Sus manos estaban por todas partes, grabándola mentalmente en su mente para ayudarlo a superar los muchos años venideros.

Cásate con ella. Busca otra forma de recuperar el dinero que perdió tu padre. Vende la casa de Londres.

“Basta” dijo ella, levantándose de su regazo. Él se acercó a ella, queriéndola de nuevo en sus brazos, pero ella negó con la cabeza. “No, Lord Leigh. No más”. Una expresión de dolor cruzó su rostro antes de parpadear, y desapareció. “Cásese con su heredera y aproveche al máximo su matrimonio. Le deseo lo mejor”.

Ella salió de la habitación, y él la oyó ordenar al sirviente que trajera a su doncella. Se iría de la fiesta anfitriona. Lo sabía hasta los huesos. Duke miró fijamente la chimenea apagada, el fuego y el dolor corrían por su sangre a partes iguales. Se apoyó en las rodillas, empujando las manos. Él no iría tras ella. No podía, a pesar de que su cuerpo rugía para hacer exactamente eso.

Tenía que dejarla ir. Tenía que salvar a su madre y mantener contratados a todos los empleados de sus propiedades. No había otra opción, incluso si deseaba un futuro tan diferente en este momento.

Un futuro con Isla Woodville, por muy pobres que fueran.

CAPÍTULO TRECE

La temporada de 1806

Isla hizo una reverencia a la reina Charlotte y ahora estaba oficialmente en sociedad y lista para comenzar su primera temporada. Su madre se había superado a sí misma, contratando a la mejor modista de Londres y haciéndola vestir a la perfección como las que gobernaban Londres durante el torbellino social. Sus vestidos eran de la mejor seda, y se contrató a una sirvienta para que le preparara el cabello cada noche para los eventos a los que asistiría.

Su hermana Hailey, ahora Duquesa de Derby, estaba de vuelta en Londres, después de haber regresado de su luna de miel en el extranjero para apoyarla en su primera incursión en la *alta sociedad*.

Los bailes y las cenas hasta ahora iban más allá de lo que Isla había imaginado, y afortunadamente su amiga Harlow la había acompañado a la ciudad, y su familia se había instalado no muy lejos de donde se alojaban en la Plaza Grosvenor.

Se alegraba de su compañía, porque Harlow era la única persona que sabía lo que sufría. Un corazón roto de un hombre que, en verdad, no merecía tener su amor en su poder. Pero lo hacía.

Respiró hondo y tranquila dio las gracias y felicitó a Lord y Lady Collins, que eran los anfitriones del baile de aquella noche.

El salón de baile, al entrar, era un festín para los ojos. Varios candelabros de cristal brillaban sobre el pulido suelo del salón de baile, reflejándose en las superficies de madera y en el brillante pan de oro de los muebles. Su Señoría había infundido en la habitación ramos de rosas, y el dulce aroma contribuía a atrofiar los nauseabundos olores de colonia y sudor.

Se abrieron paso entre la multitud de invitados, saludando a los que conocían mientras buscaban un lugar en el que pararse y disfrutar de la juerga nocturna. Isla vio a varios caballeros que se habían interesado mucho por ella, y sonrió en señal de bienvenida, pero el gesto le llegó a la piel.

Ninguno de los hombres despertaba nada más profundo en su interior. Nadie la desafiaba ni estaba en desacuerdo con ella. Ninguno de ellos, a su vez, hacía que su estómago se revolviera y su corazón se acelerara. ¿Qué haría si no encontrara a un caballero que le diera un poco de lo que

sentía con Lord Leigh?

“Isla, no mires, pero Lord Leigh está aquí. Está llevando a Lady Susan a la pista de baile”. Su amiga Harlow asintió en la dirección, pero no miró directamente.

Isla no fue tan sutil. Miró hacia donde Harlow había sugerido y se encontró con la mirada sorprendida de Lord Leigh. Sus pasos vacilaron antes de enderezar el pie y proceder a prepararse para su baile con Lady Susan.

La hija del marqués de Craig parecía complacida y orgullosa en los brazos de Lord Leigh. Y así debía ser, supuso Isla. Ella obtendría el título de Vizcondesa y él ganaría su fortuna. Qué matrimonio tan triunfal para ambos.

No podía apartar los ojos de él. No había cambiado en los pocos meses transcurridos desde la última vez que lo había visto. El día en que lo había besado en la biblioteca de Lord Billington había sido el día en que huyó de vuelta a Grafton. Sabía que si permanecía en la finca de York, se desmoronaría, y cometería un error de juicio del que no podría retractarse.

Ella se habría acostado con él, y él no se habría casado con ella, ya que creía que era de escasos recursos. Sus padres se habían casado por amor, y ahora también su hermana. Ella estaba decidida a hacer lo mismo. Las heroínas de sus libros siempre eran felices por siempre, y había un hombre ahí fuera para ella. Estaba segura de ello. Un hombre que la amara y la hiciera sentir todo lo que había sentido con Lord Leigh. Solo tenía que encontrarlo.

Isla suspiró. Pensar que Lord Leigh era esa persona era un error que tenía que olvidar. Exigía una heredera para mantenerse fuera de la cárcel de deudores. Isla quería una pareja de amor. Sus caminos, por lo tanto, no tenían ninguna razón para volver a cruzarse.

Su baile con Lady Susan parecía agradable, ella se reía y agitaba las pestañas ante su Señoría en cada oportunidad. El hecho de que no volviera a mirar en su dirección le dijo a Isla todo lo que necesitaba saber. Había seguido adelante, se había olvidado de ella, y eso era lo mejor. Ella no se casaría con él simplemente para salvar sus problemas financieros. Se merecía algo mejor que eso.

“Sé que no te gusta hablar de eso, pero ¿estás bien, Isla? Te ves un poco fuera de lugar”.

Isla le dedicó a su amiga una sonrisa consoladora. “Estoy bien, Harlow. Es simplemente un shock volver a verlo después de tanto tiempo”.

“¿Te escribió?” preguntó Harlow.

Isla aceptó un vaso de ratafía de un mesero que pasaba por allí y bebió un sorbo fortificante, necesitando quitarse el nudo que tenía en la garganta. “No. Ni una sola vez, ni siquiera para disculparse”. No es que necesitara pedir perdón por nada. La verdad es que no. Fue honesto con ella y le habló de sus necesidades. En todo caso, ella era la que había mentido. Ella le había dicho que no era tan rica como era. Tan rica como todas sus hermanas. Si se casaba con Lady Susan y se enteraba de su mentira después del hecho, ella se preguntaba si se enfadaría. Si la buscaría y le exigiría saber el porqué había dicho lo que había dicho.

Que no era heredera cuando sí lo era.

Y tendría que decirle que era porque quería que él la amara por lo poco que él creía que tenía, no por lo que realmente podía darle. ¿Cómo podía entregarse a alguien por algo tan invaluable como el dinero?

No podía.

“¿Vas a estar lo suficientemente bien como para pasar la temporada con su Señoría en la ciudad? Es posible que presencias muchas de esas noches en las que él le haga la corte a otra persona. No quiero que tu temporada se arruine o te moleste” dijo su amiga, extendiendo la mano y colocándole una mano reconfortante en el brazo.

Isla negó con la cabeza, decidida a seguir adelante. No podía cambiar la determinación de Lord Leigh de casarse por dinero. Pero podía determinar quién tenía acceso al suyo. Un hombre que la amara. Eso era lo que ella quería.

Pero lo perderás...

La idea la obsesionaba, y su mirada se deslizó obstinadamente hacia Lord Leigh y Lady Susan. Formaban una pareja llamativa. Eran una pareja preciosa. Porque él tenía título, y ella era rica. Nunca le habían gustado los sentimientos mezquinos ni odiar a nadie por ninguna razón que no estuviera justificada, pero en ese momento no le gustaba Lady Susan. No porque deseara casarse para obtener un título, sino porque eso significaría que perdería a Lord Leigh.

Moderó sus facciones, parpadeando para contener las lágrimas que horriblemente llenaban sus ojos. No lloraría. Ni aquí ni ante la sociedad.

El baile llegó a su fin, y Lady Susan se aferró a Lord Leigh como si fuera un salvavidas al que tuviera que aferrarse para permanecer en este mundo resplandeciente.

La acompañó fuera de la pista del salón de baile, su mirada se volvió hacia ella justo antes de que ella los perdiera entre la multitud. “Si me disculpas, Harlow. Necesito el uso de la sala de retiro”. Huyó de la habitación, necesitando aire, espacio, un lugar tranquilo para pensar.

Subió las escaleras hasta donde una sirvienta la dirigió y avanzó por el pasillo. Esta parte de la casa era más tranquila de lo que ella suponía. Los bajos sonidos de la fiesta flotaban por toda la casa, junto con el sonido de sus pies en zapatillas sobre la alfombra de Aubusson.

“¡Isla!”

La voz familiar le provocó un escalofrío. Aumentó sus pasos y se deslizó hacia la habitación de retiro solo para encontrarla vacía. La puerta se abrió detrás de ella, y ella se apartó a trompicones cuando Lord Leigh irrumpió en la habitación, cerrando la puerta tras él.

“¿Qué está haciendo?”, le acusó. “No puede estar aquí. Nos atraparán, y entonces su plan de casarse con Lady Susan se verá frustrado”.

“No sabía que estaba en Londres” dijo.

¿Eso era todo lo que tenía que decir? ¿Qué no sabía que ella estaba en la ciudad? “Llegamos hace tres semanas y hemos estado alquilando una casa en la Plaza Grosvenor. He hecho mi reverencia a la reina y he asistido a varios eventos. No voy a ocultar mi presencia aquí en la ciudad si eso es lo que te está preguntando”.

“¿Y ha encontrado algún caballero de su agrado?” preguntó, con sus ojos oscuros y encapuchados brillando con algo que ella no podía discernir.

Ella negó con la cabeza. “Todavía no, pero es temprano en la temporada. Estoy segura de que lo haré, no es que tenga que decirle nada al respecto”. Quería herirlo, decirle cosas malas, aunque solo sirvieran para sentirse mejor. Después de verlo con Lady Susan esta noche, no podía mostrar ni una pizca de simpatía hacia su Señoría. Verlo con otra dama le dolió demasiado.

“Yo también he tenido mucho éxito en la ciudad. Sin las interrupciones de cierta señora, cada vez que hablo con mujeres. Me parece que hace que el cortejo sea mucho más fácil”.

“Es un imbécil. ¿Alguien le ha dicho eso alguna vez?”, le preguntó, y por la expresión de su expresión de asombro, nadie lo había hecho.

“Tiene usted una lengua, señorita Woodville. No lo hubiera creído posible eso de usted” dijo, con un tono de sarcasmo.

Se miraron el uno al otro e Isla no supo qué decir ni qué hacer a continuación. Las emociones hervían dentro de ella, y se mordió la lengua, tratando de contener las lágrimas que volvieron. Maldito sea el hombre por meterse debajo de su piel. Por hacerla sentir cosas por él que él no merecía.

Su expresión de suficiencia desapareció, y antes de que ella supiera de qué se trataba, estaba en sus brazos, con su fuerte e inamovible abrazo envolviéndola. Por un momento, no supo qué hacer, pero su cuerpo anuló su mente sobresaltada y se aferró a él, sosteniéndolo con tanta fuerza como él la sostenía a ella.

“Lo siento” le susurró en el pelo, besándole la sien. “Lo siento. No quería molestarla. No la seguí para molestarla. Lo único que quería era verla. Saber que no se ha prometido a nadie. No podría soportarlo”.

Ella olisqueó, el aroma de su colonia hacía que su mente se confundiera. “¿Qué importa si lo hubiera hecho? Lo que se dice en la ciudad es que se va a casar con Lady Susan”.

Frunció el ceño mirando a Isla. Se echó un poco hacia atrás y apartó varios mechones de su cabello de su cara. “Si pudiera casarme con usted Isla, lo haría. Debe saber que, no importa cuán brusco haya sido con usted, no es porque no me importe. Es porque me preocupo demasiado. Quiero algo que no puedo tener. Quiero que tenga más de lo que yo puedo darle”.

“Pregúnteme. Le prometo que todo va a estar bien”, le suplicó. Necesitaba que él se lo pidiera ahora, antes de que no lo hiciera, y todo se arruinara.

“Hay más en mi vida, que usted... que nadie sabe. Cosas que pueden cambiar su opinión de mí. No se casaría conmigo aunque pudiera elegir, no si supiera...”

Él se soltó de su agarre, y ella se acercó a él, deteniéndolo. “¿Qué secreto? Sé que necesita fondos para casarse. ¿Qué más hay que saber?”, le suplicó, suplicándole que se lo dijera.

Le acunó la cara entre las manos, mirándola fijamente. “Se merece algo mejor de lo que yo le puedo dar, Isla. Y si nos casamos, la carga de mi vida sería pesada. No quiero eso para usted”.

“¿Pero qué pasa con lo que yo quiero?” dijo ella, agarrando las solapas de su abrigo. “Lo

quiero. Déjeme amarlo”. Tenía que ser suficiente para él, tal como pensaba en ella ahora. Una mujer con una dote modesta, no una heredera. Si la elegía ahora, ella podría salvarlo, y sin importar qué otros secretos albergara, sabía que podía cargarlos.

“Hay demasiados que confían en mí, Isla. No puedo ser egoísta al elegirme a mí mismo y a mi felicidad por encima de todos los que buscan en mí liderazgo y seguridad”.

La decepción corría por su sangre como veneno. Puede que él la deseara tanto como ella lo deseaba a él, pero eso no era suficiente para superar su necesidad de seguridad financiera. Ella no era suficiente.

“Entonces será mejor que se case con Lady Susan y asegure su futuro, Lord Leigh. Espero que sea una unión feliz”. Caminó hacia la puerta, la abrió y jadeó.

Lady Collins, Lady Francesca y la señorita Jones estaban de pie en el umbral, con la boca abierta y los ojos muy abiertos. Su atención se deslizó más allá de Isla y se posó en Lord Leigh, sus ojos se abrieron de par en par por la alarma.

Lady Collins pasó junto a Isla, levantando y señalando con un dedo corto y rechoncho a cada uno de ellos. “¿Estaba usted en la habitación de retiro con Lord Leigh sin acompañante, señorita Woodville?” preguntó su Señoría, pero era más bien una declaración de hechos.

Isla sintió que la sangre se le escurría de la cara. Esto no era lo que ella quería en absoluto. Quería un matrimonio de amor y afecto. No uno traído con escándalo y ruina. El sonido de unos pies en zapatillas que se retiraban llamó su atención, miró hacia la puerta y se dio cuenta de que Lady Francesca había desaparecido.

El pánico se apoderó de ella y estrechó la mano de Lady Collins. “No ha ocurrido nada malo, Señoría. Me perdí, y Lord Leigh estaba en esta habitación cuando entré, buscando la habitación de retiro. Nos encontraron juntos por casualidad justo antes de que yo estuviera a punto de partir”.

“¿De veras?” dijo su Señoría, con una ceja levantada e incrédula. “¿Me está diciendo, señorita Woodville, que Lord Leigh utilizaba la habitación de retiro de damas como lugar para descansar durante mi baile?” Su Señoría se volvió hacia Lord Leigh. “¿Podría preguntarle por qué estaba en la habitación de retiro de damas, mi Señor?”

Observó un gesto en la mandíbula de Lord Leigh, e Isla pudo ver la decepción, el arrepentimiento, y el dolor que cruzaban sus facciones al verse atrapado con ella. Realmente no había deseado casarse con ella en absoluto. Tenía la esperanza de que hubiera podido mirar más allá de su necesidad de dinero, pero parece que no podía. Sus problemas financieros anulaban sus otros deseos y necesidades, y ahora, al estar atrapado solo con ella, ese futuro que esperaba se estaba desvaneciendo.

“Busqué a la señorita Woodville porque quería pedirle que fuera mi esposa, y ella ha aceptado. Queríamos sorprender a todo el mundo con un aviso en *The Times*, pero parece que han frustrado mis planes”. Se acercó a Isla y tomó su mano enguantada y la besó. “Deséenlos lo mejor, Lady Collins. Es la primera en enterarse de nuestras noticias”.

El semblante de su Señoría cambió, y volviéndose hacia la señorita Jones, que estaba de pie en la puerta, con la boca todavía abierta, aplaudió. “¡Oh, maravillosas noticias! Anunciaremos ahora su feliz noticia, vengan, volveremos juntos al baile, para que todos sepan que no hay nada escandaloso en marcha”. Su Señoría salió apresuradamente de la habitación, e Isla miró a Lord Leigh, pero él se negó a mirarla. La sonrisa que acababa de forzar ante Lady Collins se borró de su rostro mientras seguían a una de las matronas de la sociedad escaleras abajo.

La cabeza de Isla daba vueltas, las esperanzas y los sueños se disipaban. No era así como ella quería que hubiera sido su propuesta de matrimonio. Y, ciertamente, no era así como quería que reaccionara su futuro marido al casarse con ella.

¡En qué desastre se había convertido su temporada! Algunos dirían que era un triunfo, una señorita desconocida de Northamptonshire asegurara al Vizconde Leigh, pero ella no era una de ellas. Y tampoco lo era su Señoría.

CAPÍTULO CATORCE

El resto de la noche fue un borrón de felicitaciones, brindis y charlas sobre su futura novia y su boda. Les bombardearon preguntas sobre cuándo se casarían, cuánto tiempo llevaban noviazgo. Su afecto mutuo creció mientras estaban en la fiesta anfitriona de Lord Billington.

Se paró junto a Isla, notando su semblante tranquilo y modesto. Ella parecía tan sorprendida como él por el giro de los acontecimientos, y él solo podía culparse a sí mismo. No debería haberla perseguido, ni haberla seguido hasta aquella habitación retiro.

Idiota tonto. ¡En qué había estado pensando!

“Esta noche le escribiré al señor Woodville y le enviaré un mensaje para que venga a la ciudad. Querrá conocerle, Lord Leigh, y entonces podrá hablar de los contratos matrimoniales” le dijo la señora Woodville, sonriendo a su hija, aparentemente ajena al rostro pálido de ella.

“¿Tan pronto, mamá?” dijo Isla, con voz cansada. “Seguramente, no hay necesidad de apresurar estas cosas. En algunos casos, el matrimonio entre dos personas no se produce hasta pasados varios meses, o incluso años”.

La madre de Isla la miró, confundida. “Pero ese no es tu caso, querida. La unión entre tú y Lord Leigh puede progresar a un ritmo normal. Tendremos los primeros edictos matrimoniales convocadas este domingo y durante los tres domingos siguientes”.

Un mes. Tenía un mes para hablar con su mayordomo y ver de dónde podían sacar algo de dinero. Tratar de arrastrar sus miserables arcas a algo que le dé más de lo que ahora tenía para vivir. Con una esposa con poca dote, simplemente agregaba otra boca que alimentar. No estaba seguro de cómo podía permitirse una boda y ahora mantener a su nueva novia en la forma a la que estaba acostumbrada.

Pronto vería el estado de su finca de Hampshire. Los muchos cuadros, muebles, alfombras y cortinas que se habían vendido después de la muerte de su padre para tratar de mantener a la gente empleada. Pero, aun así, tuvo que despedir a la mitad de su personal, y la casa y los terrenos sufrieron por ello.

Un buen matrimonio era lo que necesitaba. Luchó contra el pánico que lo asaltaba. ¿Cómo iba a traer a su madre a casa? ¿Pagar para que la saquen de Bedlam, una institución en la que nunca debería haber sido colocada?

Ahora moriría allí. Sola y creyendo que no era amada.

¿Qué había hecho?

“Mande un mensaje a mi casa de la Plaza St. James cuando el señor Woodville esté en la ciudad, y entonces lo visitaré”. Se inclinó ante Isla, incapaz de mirarla a los ojos. “Buenas noches, querida. Entonces también la veré”. Duke giró sobre sus talones y se fue, sin molestarse en detenerse y hablar con nadie al salir. Necesitaba ir, pensar y planificar.

No podía hacer nada de eso en medio de un baile.

Estaba hundido, y su nueva y pobre esposa se uniría a él en esa ruina.

Duke se estremeció ante la irrespetuosa idea. No era culpa de Isla que hubiera perdido todo su dinero. Tampoco era suya, sino de su padre. Aun así, ella no le había pedido que la siguiera a esa habitación. Ella no le había pedido nada, excepto que la dejara amarlo, e incluso entonces, él había ignorado sus deseos.

Ella se merecía mucho más de lo que él podía darle o de lo que él era.

Tonto.

Una semana más tarde, recibió una misiva del Sr. Woodville solicitando una audiencia con él esa tarde para discutir los contratos matrimoniales y los detalles de la boda. Duke se recostó en la silla detrás de su escritorio, arrojando la misiva sobre la mesa de caoba que tenía delante, uno de los muebles de los que no había podido desprenderse, por mucho dinero que le costara.

Se sentó allí durante un rato, con la esperanza de que Isla tuviera al menos cinco mil libras a su nombre. Eso ayudaría, no indefinidamente, pero sería un poco mejor que nada. Se frotó la mandíbula con una mano y suspiró. Sentado allí no lograría nada, y era mejor que averiguara ahora cuál sería su situación financiera que después de casarse con ella.

No tardó mucho en llegar a la casa de Woodville, una mansión georgiana más grande de lo había pensado que sería asequible para una familia tan humilde. El Duque, recordó. Lo más probable es que Derby los alojara con esas comodidades ahora que él era parte de su familia. Pero entonces Isla había mencionado que los Woodville la arrendaban, así que tal vez estaba equivocado.

Llamó a la puerta, y un joven sirviente le contestó rápidamente. “Lord Leigh, se le espera. Por favor, pase”, dijo el joven. “¿Puedo tomar vuestro abrigo, mi Señor?”

Leigh hizo a un lado la oferta. “No, gracias”.

El joven hizo un gesto hacia una habitación cerca del frente de la casa. “Por aquí, por favor”.

Duke lo siguió y entró en la biblioteca, mucho mejor surtida que la suya. Un señor mayor, bien vestido y con el pelo canoso, se puso de pie, llamándole para que entrara. “Lord Leigh, qué bueno es conocerle”. El hombre se acercó al escritorio y le estrechó la mano, ofreciéndole una silla. “Venga, siéntese. Tenemos mucho que discutir”.

Sonrió al hombre, un tipo jovial al parecer, y se preguntó de cuánto necesitaba hablar. “Gracias por reunirse conmigo, Sr. Woodville. Sé que este compromiso es muy desagradable. Debería haberle pedido permiso primero, pero luego...”

“No se preocupe por eso, Lord Leigh. Sé que estas cosas suceden con más espontaneidad de lo normal cuando el corazón quiere lo que quiere”. El señor Woodville le sonrió como si esperara que estuviera de acuerdo.

“Por supuesto” dijo, sin ánimo de ofender. Era apropiadamente un bastardo. Allí estaba el padre de Isla, emocionado y feliz por el próximo matrimonio de su hija, y lo único en lo que Duke podía pensar era en lo que ella le costaría en vestidos y zapatos cada mes. Sin embargo, ¿se daría el lujo de mantener feliz a una esposa?

“Ahora, ¿puedo llamarlo Leigh? Me parece agotador añadir honoríficos en privado”.

“Por supuesto” dijo de nuevo, haciendo una nota mental para responder con algo que no fuera *por supuesto* cuando se le hiciera otra pregunta.

“Pensé que primero debíamos revisar los contratos matrimoniales. Quitar de en medio esa parte del asunto y luego nos retiraremos a almorzar. Sé que mi esposa está particularmente emocionada de darle la bienvenida oficialmente a nuestra familia, y conocerá a otra de nuestras hijas. La señorita Julia ha venido conmigo a la ciudad, pero, por supuesto, todavía no ha salido en sociedad”.

“Por sup...” Duke se contuvo de responder lo mismo una vez más. “El almuerzo suena maravilloso”. Acercó su silla al escritorio. “¿Procedemos?” preguntó al señor Woodville.

“Sí, sí, por supuesto”. El anciano abrió un cajón de su escritorio y sacó varios papeles. “Ahora, antes de comenzar, me gustaría que supiera y entendiera que lo que estoy a punto de decirle debe permanecer entre nosotros. Puede hablar de esto ahora con el Duque de Derby, porque se ha casado con nuestra querida Hailey, pero como parte de la familia, este secreto está bien guardado y por razones que pronto comprenderá”.

Duke miró boquiabierto al señor Woodville. Oh, Dios mío, ¿había algún secreto familiar que ella también escondía? Su mente trabajaba furiosamente, pensando en lo que podría ser. No necesitaba otra tribulación para amontonarse sobre él.

“¿Qué sucede, señor Woodville?” preguntó.

“Por favor, llámeme Edward”. El hombre mayor rebuscó entre sus papeles y deslizó varios hacia él. “Esta es la información habitual del contrato entre la unión de nuestras dos familias, la fecha de la boda y quién oficiará la ceremonia, el lugar, etcétera”.

Duke leyó el documento y vio todo lo que el señor Woodville —Edward— acababa de mencionar escrito en tinta negra. Pasó a la página siguiente, el nombre de la casa de su infancia figuraba como un activo tras la muerte de sus padres. Que se vendan y que los ingresos se transmitan en igual valor a cada hija. Sus ojos recorrieron el monto de su dote. “Hay un error en el documento, señor” dijo, señalando la suma.

El señor Woodville se inclinó sobre el escritorio, mirando hacia donde estaba el dedo de

Duke. “No, no, eso es correcto”.

Duke tragó fuerte. “Discúlpeme, señor Woodville. Pero eso no puede estar bien”. Volvió a leer la suma, repasando el número. La señorita Woodville no puede valer semejante suma. Su estómago se revolvió ante la cantidad, y tragó saliva, seguro de que estaba a punto de echar sus cuentas.

El señor Woodville soltó una risita. “Oh, ella no vale esa mísera suma. Ella no tiene precio, pero para usted y su futuro, eso es lo que mi querida Isla trae consigo”. El señor Woodville frunció el ceño, sintiendo claramente la angustia de Duke. “¿No sabía usted que ella era una heredera, Lord Leigh?”

Duke miró fijamente a su futuro suegro, incapaz de articular palabras. ¿Era rica? Una heredera. Su estómago se retorció por la forma en que se había mantenido alejado de ella la semana pasada desde su anuncio en el baile de Lady Collin. Había estado enfermo de preocupación y, sin embargo, todo el tiempo, ella valía más que muchas de las mujeres a las que había estado tratando de cortejar.

“No lo sabía” dijo con voz ronca. Sentía como si fuera a vomitar, y sabía la razón. Ella misma se lo había dicho. Solo pregúnteme, y todo estará bien. Y no había confiado en ella. No la había amado lo suficiente como para dejar de lado su necesidad de fondos para casarse con ella. Y ella conocía esa verdad tan bien como él.

Ella lo odiaría tanto como él se odiaba a sí mismo por no ver más allá de su necesidad de dinero hacia lo que realmente quería.

Ella.

CAPÍTULO QUINCE

“Bueno, eso es una buena noticia para mí, porque entonces sé que no es un cazador de fortunas a quien debería haber retado a duelo por haber sido sorprendido solo en una habitación de retiro con mi hija”.

El tono de acero del señor Woodville hizo que la mirada de Duke se encontrara con la suya, y oyó la advertencia en la voz del hombre y supo que estaba siendo castigado por su desliz de etiqueta.

“Le pido disculpas por ello, señor Woodville. No debí haber seguido a Isla a esa habitación, pero quería pedirle su mano” mintió, incapaz de decirle la verdad a su padre, pues en realidad lo echaría de la casa y se negaría a permitir que ella se casara con él después de todo. Maldita sea la ruina y el escándalo.

Algo le dijo a Duke que el señor Woodville, a pesar de su amabilidad, no era un hombre con el que se pudiera cruzar. No cuando se trataba de sus hijas.

“Lo que ahora sabe de las dotes de mis hijas debe permanecer confidencial. Si la *sociedad* descubre que valen tal suma, serían perseguidas desde el amanecer hasta el anochecer durante sus temporadas. Puede que no estemos titulados, pero no carecemos de medios. Los caballeros que mis hijas elijan para que sean sus esposos las amarán por lo que son, no por lo que aportarán al matrimonio”.

“Lo entiendo” dijo, con la culpa aplastándolo por dentro. “¿Deberíamos firmar el contrato y almorzar?” sugirió Duke.

El señor Woodville sonrió, mojó una pluma y se la entregó. “Firme, Lord Leigh, y terminemos con el trabajo”.

Duke firmó con su nombre y observó cómo el señor Woodville hacía lo mismo antes de llamar a un sirviente. Enrolló el documento y lo selló con cera. “Que se lo envíen directamente a mi abogado de la calle Warwick, justo al lado de la calle Newgate. Pídele a Thomas que lo tome y asegúrate de que llegue a la mano del señor Lipton”.

El sirviente mayor asintió. “Enviaré a Thomas a toda prisa, señor Woodville”.

El padre de Isla se reclinó en su silla, sonriendo. “Ahora, ¿almorzamos? No sé usted, Leigh, pero yo tengo hambre y nuestra cocinera hace las mejores patatas asadas, y almorzamos carne de

res. Debería ser delicioso de verdad”.

El estómago de Duke se retorció. Hacía varios días que no comía nada remotamente satisfactorio. El queso y el pan solo podían sostener a alguien por un tiempo. La idea de verduras, salsa y carne le hizo la boca agua.

Entraron en el comedor, y encontró a la señora Woodville ya sentada, junto con una joven a la que nunca había visto antes, pero no podía ser otra que la hermana de Isla.

Se inclinó ante ellas. “Buenas tardes. Gracias por invitarme a almorzar, señora Woodville”, dijo.

Ella sonrió, haciéndole un gesto para que se sentara frente a ella. “El placer es nuestro, Lord Leigh”. Miró hacia la puerta. “Isla no tardará mucho, estoy segura”.

Duke asintió, pero sabía el porqué ella lo estaba evitando, por las mismas razones por las que él la había estado evitando la semana pasada. Conocía su secreto. Que, en efecto, era un cazador de fortunas que había engañado al señor Woodville haciéndole creer que se trataba de un matrimonio por amor. Que su hija se estaba casando con un hombre al que amaba, no con uno que había cometido un error que resultó ser ventajoso para él.

El sonido de los pies en el suelo del vestíbulo llamó su atención, y miró hacia la puerta del comedor justo cuando Isla entraba en la habitación. Ella no lo miró, simplemente hizo una reverencia a sus padres y se sentó a su lado. Podía sentir la tensión que irradiaba en oleadas. Ella estaba enojada, furiosa con toda la razón, y esa ira se dirigía únicamente hacia él.

“Hacen una linda pareja. Después del almuerzo, un paseo por el parque creo que sería bueno para ambos. ¿Qué le parece, mi Señor?” le preguntó la señora Woodville, señalando con la cabeza al mayordomo para que comenzara el servicio.

“Creo que sería encantador” convino el señor Woodville con su esposa antes de que pudiera contestar.

Duke miró a Isla y esperaba que sus padres no se dieran cuenta de que su hija no estaba muy contenta de estar sentada a su lado o de tener que salir a dar un paseo en carruaje. Habían empezado como amigos, y aunque por sus propias acciones estúpidas ahora estaban comprometidos, él se ganaría su amistad y tal vez más en las semanas venideras. Le había pedido su mano para salvar su reputación, con una gran dote o no. Eso tenía que contar para algo.

“Me duele la cabeza, mamá. Hoy no tengo ganas de dar un paseo en carruaje”, dijo, agradeciendo a un sirviente que colocó el primer plato de sopa de tortuga.

“Te enviaré una sombrilla, querida, y haré que te preparen una tisana antes de que te vayas, pero en realidad deberían ser vistos juntos. Ha pasado una semana, y ninguno de los dos ha sido visto en sociedad desde el baile de Lord y Lady Collins. No queremos que nadie piense que algo anda mal, ¿verdad?” dijo la madre de Isla, clavándole una mirada que no admitía discusión.

Duke asintió, no dispuesto a ir en contra de nada de lo que decían los padres de Isla. El resto del almuerzo transcurrió en una conversación razonablemente benigna. Isla continuó dando respuestas de una sola palabra, incluso cuando sus padres le preguntaron esto o aquello con

respecto a la boda.

Su paseo en carruaje por la tarde no sería agradable, temía.

Poco después del almuerzo, ayudó a Isla a subir al carruaje de su familia, siguiéndola de cerca. Se sentó lo más lejos posible de él en el asiento, con una expresión de melancolía en el rostro. “Tendrá que hablar conmigo en algún momento, Isla. Al fin y al cabo, vamos a casarnos”.

“Sí, no me recuerde el hecho de que el mismo hombre con el que me estoy casando es uno al que no amo y que no me ama tampoco. Pero creo que está muy contento con el giro de los acontecimientos ahora que sabe que soy una heredera”.

El carruaje avanzó a lo largo de la plaza, y él suspiró, sin saber cómo arreglar todo lo que estaba mal entre ellos. “Lamento que esto no sea lo que quería, y no debería haberla seguido a la sala de retiro. La comprometí y no tuve más remedio que ofrecerle mi mano en matrimonio. Debe entenderlo”.

“Lo entiendo muy bien, pero no puedo entender el porqué me siguió. Acababa de decirme que no podía casarse conmigo porque no tenía dote. Debería haberse marchado inmediatamente o, mejor aún, no haber entrado nunca en la habitación. Me ha robado la oportunidad de tener un matrimonio feliz con otra persona”.

Rechinó los dientes al pensar en ella con alguien más. Se acercó para garantizar la privacidad. “Sus besos me dicen que nadie más habría sido suficiente como su esposo. Usted me quiere tanto como yo la quiero a usted, y el hecho de que la siguiera esa noche fue porque no podía soportar verla sufrir. ¿Por qué no me dijo que era una heredera? ¿Por qué mentirme sobre eso?”

Se retorció en el asiento, sus narices casi se tocaron. “Oh, qué persona tan terrible soy por querer que mi esposo me ame, aunque sea un poco más de lo que ama mi dinero. ¿Se enteró antes de que papá le hablara hoy de mi dote, o me siguió esa noche en el baile porque sabía cuánto valía?”

Nunca en su vida había querido estrangular a una mujer tanto como quería estrangularla y, maldita sea, querer que le besara el pene como ella lo hacía ahora. “No sabía que era heredera hasta hoy”.

Ella se burló, poniendo los ojos en blanco. “¡Qué afortunado giro de los acontecimientos para usted, Lord Leigh! Ahora puede salvar sus propiedades y vivir la vida al máximo, como obviamente ya lo ha estado haciendo en exceso”. Se volvió para mirar por el costado del carruaje. “Sin duda, pronto seremos pobres nuevamente, si gasta suficiente dinero como para que ya se haya quedado sin su herencia”.

“Es cruel cuando quiere serlo” dijo él, y su jadeo hizo que su boca hiciera un puchero de la manera más bonita. “Por favor, siga paseando por el parque”, le ordenó al conductor. “Pasearemos por Mayfair durante un tiempo” dijo, no queriendo que la *sociedad* presenciara su desacuerdo. “Nunca perdí mi herencia”, continuó. “Aparte de las casas, no heredé nada más que deudas. Mi padre es la razón por la que me quedé con muy poco”.

“Muy poco, en realidad. Solo una finca, una casa en Londres, sirvientes, tierras y un título. Ah, pero estoy de acuerdo con un punto. Se quedó con muy poca integridad”.

Quería hablarle de su madre. La verdadera razón por la que necesitaba una novia rica, pero no podía. Ella cancelaría la boda, sin importar el escándalo, y él no podía permitírselo, porque necesitaba su dote para salvar todo lo que poseía. Pero si Isla se enteraba antes de que se consumara el matrimonio de que su madre estaba en Bedlam, correría gritando hacia las colinas.

Ninguna familia querría que la locura corriera por su sangre, aunque él aún no hubiera confirmado o negado tal verdad. No lo sabría con certeza hasta que se reuniera con su madre.

Pero nadie le creería, aunque el secreto fuera sacar a la luz de vez en cuando una refutación. Supondrían que algún día se volvería loco, tal como presumiblemente lo había hecho su madre. Y cualquier heredero que engendrara después del hecho correría la misma suerte.

Necesitaba que le devolvieran a su madre, pagar para que la borrarán de los archivos de Bedlam y que la ayudaran aquí si realmente sufría de discapacidades. Trata de darle un futuro que sea mejor que su pasado. Necesitaba a Isla para esto, pero no podía decírselo. Un día sí, pero hoy no sería ese día.

“Lamento que la obliguen a casarte conmigo, y lamento que piense que sabía de su valor financiero antes de seguirla esa noche, pero no lo sabía. Juro por mi vida, solo supe cuál será su porción matrimonial hoy. Sé que no es lo que quería, pero por favor déjeme tratar de hacer una vida feliz para los dos. Quiero ser el mejor esposo que pueda ser. Después de todo, está salvando todo lo que aprecio, y no quiero verla enojada y molesta”.

Cruzó los brazos sobre el pecho, con un gesto en su mandíbula.

“Hay algo entre nosotros que es más que enojo y opiniones diferentes, y sabe que lo hay. No podíamos quitarnos las manos de encima en la fiesta anfitriona, y si no nos hubieran interrumpido en el baile de Lord y Lady Collin, la habría besado de nuevo. Es un buen comienzo, Isla. Una buena base sobre la que construir”.

“La lujuria no es una base para el matrimonio”, dijo finalmente.

La palabra que salía de sus labios le hizo gemir por dentro. “Primero fuimos amigos antes de que escuchara mi conversación”.

“Y descubrí qué tipo de hombre es realmente”.

Se recostó en el asiento y respiró hondo para calmar su ira. La mujer era tan difícil que quería estrangularla y besarla a partes iguales. Sin embargo, ¿conseguiría que volviera a confiar en él?

Dile la verdad...

No podía todavía, pero sí pronto. Tan pronto como se casaran, él se lo diría. Sabía que eso también estaba mal. Posiblemente podría odiarlo aún más por lo que revelaría, pero era un riesgo que tenía que correr. No permitiría que la arruinaran debido a su error de juicio, y tampoco podía soportar perderla. Quería a Isla mucho más que su dote.

“Tenemos tres semanas antes de la boda. Me pondré un vestido azul. Asegúrese de usar un traje que complemente el color”.

“No necesitamos hablar de la boda todavía. Pensé que podríamos aprovechar este tiempo que nos han concedido sus padres para que me haga cualquier pregunta sobre mi hogar en el campo o dónde residiremos después de la boda”.

“Tiene dos casas, ¿es correcto?”, le preguntó, sin mirarlo.

“Sí, una en Hampshire y la casa de Londres en la Plaza St. James”.

“Me gustaría verla” dijo ella, mirándolo a los ojos por primera vez. “Ahora, por favor”.

Duke vaciló ante su petición. “No estoy seguro de que eso sea prudente, Isla. Todavía no estamos casados”.

“A la casa de Lord Leigh en la Plaza St. James, por favor” le gritó al cochero.

Él se encogió, pero no refutó su petición. Su enojo con él ya significaba que él no diría nada más que la desagradara. A decir verdad, la idea de que ella viera su casa, la escasa cantidad de sirvientes, el polvo y las estanterías y habitaciones vacías de la biblioteca eran más alarmantes a que cualquiera de la *sociedad* la viera entrar en su morada.

Era vergonzoso, pero era mejor para ella ver lo pobre que era ahora antes de la boda y no en su noche de bodas.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Isla sabía que estaba siendo particularmente cruel con Lord Leigh. Cortándolo y acusándolo a cada paso por los males que había hecho contra ella. Debería tratar de hacer que el matrimonio fuera al menos un poco menos irritante, pero no podía.

Estaba enojada con él, y ahora quería ver cómo era su futuro hogar. Al entrar en la casa de la ciudad, todas sus esperanzas de entrar en una casa llena de alegría y amor como la suya se habían desvanecido. La casa era austera, pocos cuadros colgaban de las paredes, solo retratos familiares, no había vistas bonitas de la vida rural como las que se ven a menudo.

“Este es el vestíbulo principal”. La acompañó un caballero mayor que se agachó un poco mientras esperaba. “Fordham, ésta es la señorita Isla Woodville, mi prometida, y que pronto será la Vizcondesa Leigh”.

El anciano sonrió, inclinando la cabeza en señal de bienvenida. “Es un placer conocerla, señorita Woodville”.

Isla sonrió, encantada de conocerlo también. “Gracias, Fordham” dijo.

Duke se aclaró la garganta. “Voy a mostrarle a la señorita Woodville la casa de la ciudad. Puedes seguir con tu trabajo, Fordham” dijo su Señoría antes de que el criado se marchara cojeando hacia la parte trasera de la casa.

Caminaron hacia el frente de la casa y entraron a una biblioteca, especuló Isla. Las estanterías vacías parecían austeras y desnudas, y se preguntó qué tan graves eran realmente los problemas financieros de Lord Leigh. ¿Había vendido todo lo que no estaba implicado?

Nada más que paredes austeras, una chimenea ennegrecida y apagada. Quedaban algunas sillas y una mesita cubierta con guardapolvos. El único objeto identificativo que alguna vez había sido una biblioteca era el escritorio.

Isla reprimió la lástima que se despertó en su interior ante las condiciones de vida de Lord Leigh. Su vida cambiaría, gracias a ella y a su dinero.

“Supongo que una de las primeras cosas que tendrán que hacer mis fondos es comprar algunos libros para esta habitación. Es una biblioteca, ¿no es así?”

Se apoyó en el escritorio, con el rostro pálido. “Cómo debe odiarme para hablarme de esa manera. Lo siento, Isla. No sé cuántas veces tendré que decirle lo mucho que lo siento”.

Tendría que decírselo muchas veces más antes de que ella le creyera o lo perdonara. Paseó por la habitación, cerrando la puerta de la biblioteca al pasar junto a ella. “No me importa comprar cosas para nuestra casa, Lord Leigh. De hecho, creo que tengo dote más que suficiente para llenar muchas casas, pero quería venir aquí hoy para darle algunas reglas que no permitiré que se rompan. Incluso si en el momento en que nos casamos, ya no tengo el control de mi vida ni del dinero que traigo a la unión”.

“¿Cuáles son sus términos?”, preguntó, con la esperanza de que esto pudiera ser un paso para superar sus constantes disputas.

“No me importa que el dinero pueda ser necesario para pagar la deuda acumulada por su padre o por usted mismo desde su muerte. Reparaciones de sus fincas y las de sus inquilinos. No me importa pagar por caballos o vehículos nuevos, pero trazo la línea de pagar por sus putas o juegos de azar desde el día en que nos casamos. Si malgasta mi fortuna en cualquiera de esos lugares, lo dejaré, y no importa si es Vizconde o no, tendrá una esposa solo de nombre. Haré de su vida una miseria viviente, y no crea que no lo haré”.

La estudió un momento, viendo la verdad en sus ojos azules. Él asintió. “Puedo estar de acuerdo con esos términos”. Haría cualquier cosa con tal de que ella volviera a mirarlo con amabilidad. Odiaba que su matrimonio comenzara con sueños rotos y mentiras. “No importa lo que piense de mí, quiero hacerla feliz, Isla”.

“Mmm” dijo, acercándose a la ventana y mirando hacia la plaza. “Los pocos meses que estuvimos separados, después de la fiesta anfitriona, ¿qué ha estado haciendo con su tiempo? ¿Va a haber alguna dama que me aborde en los bailes y me diga que he engañado a Lord Leigh para que se case?”

Se acercó a donde ella estaba, viéndola ver pasar el mundo en la plaza. “No me he acostado con una mujer desde antes de la fiesta anfitriona de York, si eso es lo que me está preguntando. Ha habido una dama en particular que no puedo quitarme de la cabeza”.

Ella no reaccionó a sus palabras, y él quiso romper la capa de hielo que ella había tirado a su alrededor como una capa en lo que a él respectaba. “Tengo hambre de nuestra noche de bodas, Isla. Si supiera lo mucho que la quiero. Todo de usted”.

Por un momento, ella no respondió. ¿En qué estaba pensando? Cosas más terribles que no tenía ningún problema en decirle a la cara. No es que sintiera lástima de sí mismo, merecía su ira, pero se casarían y serían marido y mujer. Tenían que salir de esta grieta.

“¿Está el resto de la casa en similar estado de desesperación que esta habitación?” le preguntó, acercándose a su escritorio y pasando la mano por la encimera de madera antes de apoyar una cadera en ella.

“Sí”, admitió vergonzosamente.

“Mañana empezaré a pedir muebles nuevos. No deseo mudarme aquí con usted en el estado en que se encuentran ahora. El día de nuestra boda será bastante miserable, sin embargo, tendremos que volver aquí y vivir en medio de esta miseria”.

Se acercó a ella, algo que parecía estar haciendo mucho. Siguiéndola como un cachorro perdido. ¿Qué pasó con Lord Leigh, el libertino que hacía lo que quería? Entonces supo lo que le había pasado. En algún lugar y en algún momento, en la fiesta anfitriona de Lord Billington, se había enamorado de la señorita Isla Woodville. Y de alguna manera, ella había pasado a odiarlo. Sin embargo, ¿iban a volver a un terreno común?

Sobre todo, cuando todavía no le había sido del todo sincero.

“¿Me va a odiar para siempre, Isla?”, le preguntó, temiendo su respuesta.

Frunció el labio y suspiró. “Muy posiblemente. No me gusta que me utilicen, lo que siento que ha sucedido. Cuando supo que no tenía una dote considerable, me ignoró después de que nos atraparon solos. Eso es todo lo que necesito saber de su carácter”. Ella pasó junto a él y se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta. “Me iré a casa. Buenos días a usted, mi Señor”.

CAPÍTULO

DIECISIETE

Isla solo llegó a la manija de la puerta cuando una mano pasó junto a ella y mantuvo la puerta cerrada. “También tengo los términos para nuestro matrimonio”.

Levantó una ceja y se volvió para mirar al hombre que había deseado con todo su corazón en el momento en que lo había conocido en la fiesta anfitriona. Solo para descubrir que él no la quería a cambio. No como esposa, en todo caso. Como amante, estaba segura de que él habría estado más que ansioso, siempre y cuando hubiera podido casarse con su rica heredera.

Tragó fuerte al pensarlo. Y ahora había conseguido todo lo que quería, y ella no podía detener la ardiente ira que la recorría cada vez que pensaba en el hecho.

“No creo que esté en condiciones de exigir condiciones, mi Señor”.

“Mi nombre es Duke, y no importa las circunstancias en las que llegamos a estar comprometidos, se casará conmigo y yo seré su esposo, y como tal, también exijo ciertos favores si he de seguir sus reglas”.

Isla se apoyó en la puerta. “¿Y esos son?” preguntó, con un tono burlón incluso para sus propios oídos.

“¿Se acuerda de cuando nos conocimos en casa de Billington? ¿Qué tan bien nos llevamos juntos?”

El calor lamió su piel al recordarlo. Los besos deliciosos que aún ahora amenazaban con hacer que los dedos de sus pies se enroscaran en sus zapatillas. Todavía lo deseaba, tan enojada como estaba con el pícaro. Tampoco se le había escapado que estaban solos. “¿Antes, cuando dijo que no era lo suficientemente rica para usted? Sí, recuerdo bien esa época”.

Su boca se adelgazó en una línea de disgusto antes de decir: “Esos son mis términos. Quiero lo que teníamos entonces. Quiero besarla cuando y con la frecuencia que quiera. Quiero acostarme con usted”. Su mano se deslizó a lo largo de su cintura, apretando sus curvas. Su respiración se entrecortó cuando la mano de él rozó la parte inferior de su pecho. “Quiero besarla ahora. Recordarle lo buenos que somos juntos”.

Isla tragó saliva, su cuerpo era un caleidoscopio de deseo y necesidad. No quería al hombre frente a ella. Lo odiaba por lo mentiroso e intrigante que era, pero tampoco podía negar que siempre se había sentido atraída por él. Lo había deseado antes de que la lastimara tanto.

“Haga lo que quiera” dijo en tono aburrido mientras su sangre bombeaba fuerte y rápido por sus venas. Podía sonar indiferente, pero era todo lo contrario. Su cuerpo se sentía en llamas, listo y adolorido para que él la tocara, besara, hiciera lo que quisiera. Dudaba que fuera a protestar.

Y luego, malvadamente, lo hizo.

Su boca se estrelló contra la de ella, su lengua se estrelló contra la de ella, enredándose y apareándose en una danza de deseo. Le rodeó el cuello con los brazos, amoldando su cuerpo al suyo. El tiempo transcurrido desde que lo había probado, que lo había besado, había sentido sus manos sobre su cuerpo demasiado tiempo. Duke no necesitó más insistencias. La levantó, la llevó al sofá y la acostó sobre la sábana.

Columnas de polvo se elevaron en el aire y ella se echó a reír. Su diversión pronto se desvaneció ante la luz malvada y decidida que entró en sus ojos. Se arrodilló en la base del sofá, cogió su vestido y se lo subió por las piernas. Ella no lo detuvo, simplemente observó bajo sus pestañas mientras permitía su maldad.

Le encantaba que él la hiciera entrar en calor y le hiciera doler entre las piernas. Le sostuvo la mirada mientras deslizaba su mano por la parte interna de su muslo, apretándola de vez en cuando. Ella se estremeció, abriéndose más para él, sin tener en cuenta la insensatez de su reacción. A ella no le importaba. Todo lo que quería era esto, que él y sus hábiles manos la hicieran romperse en un millón de deliciosos pedazos.

Isla gimió, mordiéndose el labio mientras sus dedos rozaban su monte. “Me quiere. Sienta lo mojada que está”. La tocó allí con movimientos lentos y provocadores. Cerró los ojos, dejándose sentir simplemente lo que él le hacía.

“Tan jodidamente bueno”. El ligero roce de sus labios sobre su rodilla la sobresaltó. Le abrió las rodillas y le besó el muslo, le dio pequeños mordiscos y lamidas relajantes de su lengua mientras continuaba subiendo por su cuerpo.

La sangre en sus venas bombeó con fuerza cuando su primer beso en su sexo la atravesó. Se levantó del sofá, necesitando y buscando más de él allí. La noción de lo que estaba haciendo era tan desconocida y nueva. No tenía ni idea de que tal cosa fuera posible, pero ahora lo único en lo que podía pensar era en qué más le haría. Qué maravilloso se sentiría.

Ella gimió cuando su lengua se deslizó entre sus pliegues, enjabonándola, excitándola en un lugar en particular que había disfrutado cuando él la había tocado con las manos hacía tantas semanas.

“Sabe tan dulce” gruñó. “Quiero follarla hasta que grite mi nombre”.

Un escalofrío recorrió su cuerpo y se aferró al sofá, luchando por mantenerse con los pies en la tierra. “Podría comerla todos los días”.

Isla gimió ante su sucio discurso. A ella le encantaba que él la disfrutara tanto. Su lengua rozó su sensible protuberancia antes de chuparla. Ella se apretó contra él, agarrándole la cabeza ante la malvada sensación que la atravesó. “Eso se siente tan bien, Duke”.

Gimió, comiéndola como si fuera el único sustento que volvería a recibir, antes de retorcerse

y rasgar sus caídas delanteras. Isla lo observó, pero negó con la cabeza. “No, siéntate” dijo ella, sentándose a horcajadas sobre su cintura y colocando su dura virilidad en el centro de ella. “Quiero tener el control por primera vez. Voy a montarte ahora, Duke” dijo, sin saber muy bien el porqué quería hacerse cargo. Tantas cosas entre ellos habían sucedido por su culpa. Quería que esta vez fuera en su culpa.

“Joder, Isla” gimió, apretando su culo con las manos mientras se burlaba de su conejito contra su pene. “No quiero hacerte daño. Tu primera vez puede ser dolorosa, cariño” susurró él, besándola.

“No me importa”. Ella se levantó, colocándose sobre su virilidad. Era duro, su tamaño la hizo cuestionar su razonamiento durante solo un segundo antes de que comenzara a bajar. Se tomó su tiempo, deleitándose con la sensación de que él se estiraba, fundiéndola de la manera más íntima.

Ella lo observó, con sus ojos azules tormentosos por la necesidad. Ella apoyó la frente en la de él. Sus respiraciones se mezclaron a medida que sus cuerpos se combinaban. Sus manos se flexionaron, la guiaron hacia él, y entonces se convirtieron en uno. Por un momento, no se movió, permitiendo que su cuerpo se adaptara a esta nueva y maravillosa sensación e intimidad entre ellos.

“Me das ganas de venirne” jadeó cuando ella se movió un poco, moviendo las caderas y probando lo que le gustaba y lo que no le gustaba.

A ella no le disgustó mucho. Nada, la verdad sea dicha. Le encantaba sentirlo en ella. Isla se movió de nuevo, usando sus rodillas para acariciar arriba y abajo su pene. La sensación no se parecía en nada a lo que había sentido antes. La excitaba de una manera nueva y maravillosa. “Quiero hacerte venir”, admitió, sabiendo que quería ser la única persona que estuviera con él de esa manera. Era suyo y nunca permitiría que nadie le quitara lo que le pertenecía.

Del mismo modo que ella sabía que él haría lo mismo.

“Quiero tanto” jadeó ella, sosteniendo el respaldo del sofá mientras subía y bajaba sobre su pene. Parecía crecer dentro de ella, más fuerte y más grande. La necesidad dentro de ella se disparó. Se abalanzó sobre ella mientras ella se abalanzaba sobre él. Una y otra vez, follaron, y todo lo que había entre ellos, todo el dolor, las mentiras, las discusiones se desvanecieron.

Esto es lo que ella quería. Esta intimidad, este placer compartido. Sus manos se deslizaron por su espalda, sujetándola por detrás y ayudándola a descender sobre él. Fuertemente.

“Duke” gimió ella, rodeándole el cuello con los brazos. “No te detengas”.

“No lo haré, cariño. Aceleró el paso, su cuerpo descerebrado por el placer. Podía sentir la acumulación dentro de ella. Su conejito palpitaba de necesidad. Él la acercó más, cambiando el ángulo de su unión, y ella gimió, cada una de sus caricias la convertía en llamas. “Duke” gritó mientras caía en un vacío de placer incandescente.

Su cuerpo se convulsionó contra su pene, drenándolo, tomando todo lo que pudo mientras temblor tras temblor atravesaba cada poro, cada fibra de su ser.

“Me vengo” gimió él, el calor fluyó por su cuerpo.

Permanecieron sentados un rato, entrelazados, con la respiración dificultosa. Duke la miró a los ojos, con una sonrisa maliciosa torciendo los labios. “¿Estás de acuerdo con mis reglas, Isla?”, le preguntó, tomándola en un beso que la dejó sin aliento.

Ella asintió sin sentido. No estaba muy segura de que debiera estar de acuerdo con algo en este momento, ya que todavía no estaba pensando con claridad. Pero pasara lo que pasara, este placer, esta intimidad que podía compartir con Duke, sabía que no podía negárselo. No importaba lo enojada que estuviera con sus medios de conseguir una esposa. En esta petición, al menos, estarían de acuerdo.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

Los preparativos para la boda se desarrollaron razonablemente bien durante las siguientes semanas. Su madre se hizo cargo junto con Hailey y Julia, que habían venido con su padre cuando viajó a Londres.

Las noches las pasaba en varios bailes, y nunca antes Isla había sido invitada a tantas cenas y noches musicales. Sabía que era porque pronto se convertiría en la Vizcondesa Leigh, pero esperaba que un poco se debiera a que las damas que la invitaban a sus casas deseaban una amistad que no se basara únicamente en quién sería.

Estuvo con Lord Leigh en el baile de Davies, con la temporada ya en marcha y casi a la mitad. Había pasado una semana desde su interludio en su casa de la ciudad, y había sido una semana en la que Isla había tenido problemas para concentrarse en algo, sin embargo, dormía.

Incluso ahora, lo único en lo que podía pensar era en sus manos sobre ella. Cuando volvería a tocarla. Besarla. No había hecho ninguna de esas cosas, y empezaba a chirriar. De todos modos, debían casarse. ¿Qué importaba si continuaban su luna de miel antes de tiempo? Ya se había acostado con él una vez.

La sensación de su dedo haciendo un patrón circular en la nuca de ella la hizo temblar. “Oh” dijo, “¿decidió tocarme de nuevo, mi Señor? No pensé que mereciera otra caricia, ya que la semana pasada estaba decidido a permanecer distante”.

Una risita burlona sonó en su oído, y cerró la mandíbula, odiando que todo lo relacionado con el hombre ahora la hiciera doler de necesidad. Su risa, su sonrisa, sus miradas acaloradas que no iban a ninguna parte.

Maldito sea.

¿Se estaba burlando de ella a propósito?

Había estado decidida a seguir enfadada con él para siempre, pero sabía que no podía. Mantenerse enojada requería demasiada energía, y quería usar ese esfuerzo para dedicarse a pasatiempos mucho más satisfactorios y agradables.

Como tener a Duke debajo de ella otra vez para poder hacer lo que quisiera con él.

“¿Echas de menos mi caricia, mi amor?”, dijo. Su corazón se aquietó ante la palabra amor. ¿Lo decía en serio, o era solo un término benigno de cariño? Pero echaba de menos su toque.

Ahora que lo había tenido en su totalidad, no se cansaba de él.

“¿Qué harías si te dijera que lo hago?” preguntó ella, mirándolo por encima del hombro. Su boca se torció en una sonrisa maliciosa y se acercó aún más, con la dureza de su cuerpo presionando contra su espalda. “Hay cosas que podemos hacer. Lugares en los que podríamos desaparecer si quieres que me ocupe de cualquier deseo apremiante”.

La sola idea de volver a estar con él, de que la besara, la mojava, y se retorció, estirando la mano hacia atrás y tomándole la mano. Echó a andar hacia la salida más cercana. “Vamos, pues. Cuídame”. Sus palabras eran audaces, tan diferentes a todo lo que una dama debería pedir, pero no ella. Siempre había sabido buscar lo que quería. Tal vez habían sido los libros góticos, aventureros y románticos que había leído los que le dieron una mente poco convencional, abierta y más exigente, pero no se disculparía por ello. Ella lo quería ahora mismo, y él le daría lo que ella quería.

No podía decir esas cosas.

Duke tiró de ella para que se detuviera, su risa la irritó en parte. “No podemos irnos juntos, Isla”. Echó un vistazo a la habitación. “Te irás por las puertas del salón de baile principal, luego ve a la sala de retiro. Me reuniré contigo antes de que llegues a tu destino propuesto”.

Isla asintió, con la expectativa latiendo a través de ella al estar a solas con él de nuevo. Se dirigió a las puertas del salón de baile, presentando sus excusas a las pocas amigas que la habían acosado, y cuando comenzó a caminar por el pasillo del piso de arriba hacia la habitación de retiro, pudo sentir los ojos de Duke sobre ella. Pero ¿dónde estaba?

Una figura salió de detrás de una ventana con cortinas. Él movió la cabeza, diciéndole que se uniera a él sin palabras, y ella lo hizo sin pensarlo dos veces. En el momento en que ella entró en la pequeña alcoba de la ventana, él estaba encima de ella. Tomando sus labios en un beso abrasador. El calor y la necesidad se apoderaron de ella. Tanta necesidad.

Le temblaron las piernas cuando él la giró bruscamente, inmovilizándola contra la pared. Le juntó las manos, colocándolas por encima de su cabeza, encerrándola allí. “Me di cuenta de que te gusta tomar el control, mi amor. Pero ¿alguna vez te gustaría renunciar a él?”

Ella frunció el ceño, sin saber a qué se refería, pero lo dejaría todo, sus inhibiciones, sus miedos siempre y cuando él le diera lo que anhelaba. “Sí” jadeó ella cuando él se agachó, subiéndola la parte trasera de su vestido.

Se agitó contra ella. Su aliento era cálido contra su oído, haciendo que un escalofrío de deseo la recorriera. Su piel se sentía en llamas, y solo su toque podía apagarla. Ella se recostó contra él, buscándolo, necesítándolo con un hambre que estaba más allá de la razón.

Oyó un gruñido grave ante su movimiento. Los botones se abrieron, su mano se apoyó fuerte y guió la cadera de ella. Isla se tragó un gemido mientras la punta de su pene se burlaba de su astucia. “Duke, por favor” le suplicó ella, buscando su satisfacción como si toda su existencia dependiera de ello.

“Isla” suspiró, lanzándose hacia ella. “Me haces perderme” jadeó en su cuello, besándola y

mordisqueándola mientras la tomaba por detrás. Le rodeó el cuello con la mano, arqueando la espalda. “Me encanta follarte. Te he deseado esta última semana como si necesitara aire. Nunca pienses que no te quiero, no importa dónde estemos” le susurró al oído.

Ella tarareó, amando sus palabras. Su mano se deslizó por su mandíbula y jugó con sus labios con el pulgar. “Eres tan jodidamente hermosa. ¿Sabes lo que quiero hacer con tu bonita boca?” susurró él, mientras la tomaba implacablemente y le daba vueltas en la cabeza. Se aferró a su mano por encima de la pared, sosteniendo la suya, evitando acumularse en un charco de deseo a sus pies.

“¿Qué?”, alcanzó a responder, necesitando saber.

Gruñó y le metió dos dedos en la boca. Ella los chupó, el sabor salado de su piel la hacía querer más. “Tu boca se vería bien alrededor de mi pene”.

“Mmmm” aceptó ella, la idea de hacer algo así ahora era todo lo que quería. Le sacó los dedos de la boca, le agarró la cadera y la inclinó de una manera que hizo que su ingenio entrara en espiral. Su clímax la golpeó sin previo aviso, y ella se abrochó contra él, empujó hacia atrás su pene y tomó lo que su cuerpo anhelaba. Sus jadeos sin sentido ahogados por su beso.

Él se apartó, volviéndola hacia él. Isla le puso las manos sobre los hombros, deseando que siguiera haciéndolo. “Anhelo ser tu esposo, Isla” dijo él, mirándola a los ojos, ardiendo de necesidad.

Sabía que él no se había venido, y ahora también sabía que no saldría de esta alcoba sin hacer lo que quisiera. Ella le empujó el pecho y él tropezó contra la pared a su espalda. Le besó el cuello, sintiendo los músculos tensos de su abdomen.

Isla se arrodilló ante él, contemplando su virilidad, dura y reluciente ante ella. “¿Qué quieres que haga con esto?” preguntó ella, levantando la vista y encontrándose con su mirada ardiente. Su cuerpo palpitaba de expectación ante la forma en que él la miraba. Como si quisiera comérsela viva de la manera más deliciosa.

“Chúpatelo”, exigió.

Le agarró la base del pene y saltó. Ella sonrió, besando la punta de su pene cuando una gota de líquido color perla se posó allí. Estaba salado, pero le gustó. Con su lengua, lamió la parte inferior de su virilidad, provocando un gemido de puro éxtasis de Duke, y se perdió.

“Oh, lo haré”, dijo ella antes de llevárselo completamente a la boca.

Duke cerró los ojos y oró por la redención. No debería tener su pene en la boca de su prometida en un baile en el centro de Londres, pero además, no había forma de que se retirara pronto.

Su lengua se abrió paso por su pene antes de llevársela por completo a la boca. Él gimió, queriendo agarrarla del pelo, abrazarla contra él y follarle la boca hasta correrse, pero no lo hizo. Permitió la sensación de que ella lo chupaba, excitándolo con su lengua para llevarlo a un baile

lento hasta el clímax.

Ella aprendía rápido, le apretaba los testículos. Su otra mano le acariciaba la pene con malvada intención. Sus impresionantes labios se cerraron alrededor de su pene con una fuerza que lo dejó tambaleándose. Se vendría, y pronto. Gastaría cada pedacito de su placer en su boca dispuesta y disfrutaría cada momento.

“Chúpame, amor mío” suspiró él, bajando por su garganta. Ella tarareó de acuerdo, y la vibración era demasiada. Él se acercó, bombeando su semilla en su boca como un muchacho que no podía aguantarse. Ella se lo bebió con avidez y él no podía creer lo que había sucedido. ¿Cómo había sido tan afortunado de estar prometido a una mujer tan enérgica y apasionada? Ella le dejaba sin aliento en más de un sentido, y él dio gracias a Dios por haber viajado a la finca de Lord Billington y haberla conocido.

Me enamoré de ella...

Se dio cuenta de ello, y la levantó para que se pusiera de pie, mirándola con ojos nuevos y frescos. Estaba enamorado de ella, eso no podía negarlo. Ella le sonrió, con un tono rosado besando sus mejillas. Le sujetó un rizo que se había soltado y comprobó que su vestido estaba en su sitio. “Isla, ¿qué acaba de pasar?”, comenzó, tratando de encontrar las palabras.

Le puso un dedo en los labios, silenciándolo. “Me encantó cada momento. Ojalá me hubieras mostrado antes lo mucho que nos podíamos divertir detrás de las cortinas en los bailes. La fiesta anfitriona de Lord Billington podría haber sido mucho más interesante si lo hubieras hecho”.

Él soltó una risita, atrayéndola contra él. Le dio un beso en la parte superior de la cabeza, contento de abrazarla. “En el momento en que tropezaste con la escalera de Lord Billington y aterrizaste a mis pies, supe que algún día serías mía. Y pronto lo serás”.

Ella asintió, pero la sonrisa en su rostro se desvaneció un poco ante sus palabras. Ella no le creyó. Sabía el porqué, pero le compensaría sus defectos. Con todos los años que estuvieran casados, le demostraría que la amaba, que la adoraba, y que a ella no le faltaría nada.

“Deberíamos volver a la fiesta antes de que nos echen de menos”, dijo.

Miró por encima de la cortina y, al ver el pasillo vacío, tiró de Isla hacia delante. “Te seguiré en un rato. Te veré abajo”.

Ella pasó junto a él sin decir una palabra más, y él la vio irse, con la boca del estómago revuelta por las mentiras que aún se encontraban entre ellos. Sus mentiras que sabía que tenía que decirle antes de casarse. No podía casarse con ella sin hablarle de su madre, de Bedlam y de los rumores que se arremolinaban en Londres sobre la estabilidad mental de su familia sin darle la opción de formar parte de ella. Ya le había quitado mucho. Ahora sabía que casarse con ella y luego decirle la verdad sería el final de lo que se estaba construyendo entre ellos, y no quería eso.

Incluso si eso significaba que perdería a la mujer de la que se había enamorado y la seguridad que un matrimonio con Isla le daría a su vizcondado.

Si no quería casarse con un hombre con una madre que había vivido la mitad de su vida en Bedlam, él tendría que dejarla ir.

CAPÍTULO

DIECINUEVE

Isla se despertó tarde al día siguiente después de llegar a casa a altas horas de la madrugada. Llamaron a su puerta, y ella levantó la cabeza, nada dispuesta a empezar un nuevo día, cuando su madre entró apresuradamente en la habitación.

“Querida Isla, Lord Leigh está aquí, y se pasea por el suelo de la biblioteca. Quiere hablar contigo”.

Se incorporó al oír la mención de la presencia de Duke. ¿Pasó algo? ¿Había pasado algo desde que se separaron la noche anterior? Saltó de la cama, mientras su criada Molly la ayudaba a vestirse, que había seguido de cerca los talones de su madre.

“¿Ha dicho para qué está aquí?” preguntó, cogiendo el chaqué de color púrpura claro antes de coger una cinta a juego y atarse el pelo hacia atrás.

“No puedes bajar las escaleras con el pelo de esa manera. Te ves positivamente salvaje”.

“Parezco una mujer que ha sido sacada de la cama antes de lo deseado por un hombre que está a punto de ser mi esposo”. Isla se acercó a su mamá y le dio un beso en la mejilla. “Pronto me verá en mis innombrables, mamá. Creo que esto está perfectamente bien”.

Los ojos de su madre se abrieron en estado de shock y jadeó. Isla soltó una risita y pasó junto a ella, dirigiéndose a la biblioteca.

En el momento en que entró en la habitación, fue abrazada por Duke. La besó, tomándola en los labios de una manera casi desesperada que la dejó tambaleándose. Le rodeó el cuello con los brazos con fuerza, dejando que se saciara de ella.

La calidez se extendió a través de ella ante la idea de que tal vez la había echado de menos durante la noche. Que podría haber algo más en su matrimonio que simplemente un medio para evitar un escándalo después de haber sido sorprendidos juntos. Que podría existir la posibilidad de que su matrimonio se convirtiera en una unión de afecto, tal vez incluso de amor. No solo su amor por su dinero.

Isla se echó hacia atrás, sonriendo. “¿Por qué fue ese beso, mi Señor? Recién nos separamos” dijo, mirando el reloj de la repisa de la chimenea, “hace cuatro horas”.

Le rodeó la cintura con el brazo y la acompañó hasta el sofá. “Necesitaba hablar contigo. Faltaban demasiadas horas para esta noche”.

Se sentaron en el sofá y él la tomó de la mano, mirándola a los ojos. “Nos vamos a casar pronto, y quería hablar contigo a solas. Tu mamá lo permitió, pero hay algunas cosas que necesitas saber sobre mí, Isla”.

¿Más cosas de las que ya sabía? ¿Qué más no le había dicho? Se recostó, con un escalofrío recorriendo su espina dorsal. “¿Hay algo más que necesites contarme sobre tu vida?”, preguntó, con el estómago revuelto.

Duke tragó saliva, con un brillo de sudor en la frente. “No, simplemente quise decir que quería discutir que, aunque nuestro matrimonio se produjo por medios no convencionales, eso no significa que no quiera hacer que nuestro matrimonio sea feliz. Sé que no quiero pasarme la vida miserable, y bueno, después de lo de anoche, parece que nos llevamos muy bien”.

Isla se acercó, necesitando tocarlo. Le puso la mano en la pierna y sintió que saltaba al tocarlo. “Yo también disfruté anoche”. Le pasó la mano por el muslo hasta rozar la dureza de sus pantalones.

Sintió que se mojaba y necesitaba de él, su conejito le dolía con renovadas necesidades. Un gesto apareció en su mandíbula mientras ella presionaba con más fuerza, acariciando su virilidad hasta que se hinchó contra sus caídas. “Te quiero incluso ahora, Duke” admitió.

Le agarró la mandíbula y la besó con fuerza. Un gemido pasó por sus labios mientras ella apretaba con más fuerza su pene. “Podríamos ser atrapados en cualquier momento. Tu padre podría volver a la biblioteca”.

“¿No me quieres?”, bromeó, haciendo un puchero por si acaso. Ella sabía que lo hacía. Y por el tamaño de su virilidad, la deseaba tanto como ella a él. A Isla le dolía, necesitaba que él la hiciera sentir tan bien como la noche anterior. Ella se sentó a horcajadas sobre su regazo y él negó con la cabeza.

“No, Isla, nos atraparán, y tus padres literalmente me matarán antes de que tenga la oportunidad de convertirme en mi esposa”.

“Entonces date prisa”, bromeó. Su petición de que estuvieran juntos ahora, en la casa de su familia en Londres, era absurda. Pero también lo era la necesidad que rebotaba en ella. Lo necesitaba, sabía que si no lo tenía ahora, su día sería de frustración. Y tenía cosas que hacer hoy, preparar la boda y encargarse de vestidos para su ajuar. No podía estar irritable.

Duke agarró las caderas de Isla como un salvavidas. No podía follarla en la biblioteca de su padre cuando en cualquier momento podía entrar cualquiera. Era una locura, pero esa emoción se apoderó de sus sentidos y lo hizo temerario.

Era un pícaro y estaba empeñado en ir al inframundo por sus acciones. Antes de que pudiera cambiar de opinión, abrió sus caídas y la guio hacia él. Ella suspiró contra sus labios. Apretó la mandíbula, luchando por mantener la calma, por no voltearla en el sofá y meterse dentro de ella

como un muchacho en su primera incursión en el mundo de la gratificación.

Olía divino, a rosas y a algo más que era exclusivamente suyo. Su vestido lila hacía que el azul de sus ojos brillara con picardía. Ella sería el fin de él. Había venido aquí para hablarle de su madre, para darle la opción de casarse con él o no.

No había venido aquí a follarla, aunque una parte de él había odiado que la noche anterior hubiera terminado, y hubiera regresado solo a su casa. La quería con él, a su lado. Para poder amarla como ahora, pero cuando quisieran.

“Duke” gimió ella. El sonido de su deseo, la frustración y la necesidad que latían a través de su voz lo deshicieron. La colocó en el sofá y la penetró con tal fuerza que ella gritó.

Se tapó la boca con una mano y la otra sujetó el extremo del sofá mientras él la cogía implacablemente. La adrenalina corría por su sangre, junto con la necesidad. La sensación de sus primeras convulsiones sobre su pene arrastró su liberación junto con la de ella, y él se corrió con fuerza, bombeando su semilla dentro de ella sin pensarlo.

Con la respiración entrecortada, se apartó, se enderezó en los calzones y la sacó del sofá para acomodarle los vestidos alrededor de los tobillos justo cuando se abrió la puerta de la biblioteca, y la madre de Isla entró con una criada que llevaba refrescos.

“Pensé que los dos necesitarían una comida ligera” dijo la señora Woodville, sonriéndoles a los dos.

Duke no se atrevió a mirar su atuendo por temor a que algo anduviera mal. Sin embargo, miró a Isla, que estaba sentada en el sofá como si todo fuera como debía ser. No como si acabaran de tener sexo como un par de animales en celo. Debería estar avergonzado, estar de rodillas pidiendo perdón por ser tan canalla.

Pero lo único en lo que podía pensar era en cuándo volvería a tenerla. Era como una adicción de la que no podía desprenderse. Su matrimonio no sería de conveniencia. No para él, al menos. La mujer que lo miraba como si fuera el significado de la inocencia misma significaba todo para él. Él la amaba y no podía decirle que no.

Y ya no podía mentirle. Tenía que saber la verdad de él antes de que pasara otro día. Lo haría esa noche, cuando volvieran a estar solos, y le daría a elegir. Solo esperaba que ella lo eligiera a él.

CAPÍTULO VEINTE

Isla entró al baile de su hermana, ahora Duquesa de Derby, y se quitó la capa de los hombros, entregándosela a un sirviente. La casa de la Plaza Berkeley era una de las mejores de Londres, y subió las escaleras para ver a su hermana y al Duque saludando a una larga fila de invitados.

“Qué bien se ve Hailey, mamá”, le mencionó a su madre, que estaba a su lado. Julia también había venido esa noche, ya que se trataba de un baile familiar, y no mucha gente se negaría con el Duque y la Duquesa, y mucho menos en su propio evento.

Subieron las escaleras antes de saludar a sus anfitriones.

“Estoy muy feliz de que estés aquí. Gracias por venir esta noche”, dijo Hailey, besando primero a su mamá antes de abrazar a Isla y Julia a su vez.

“La casa huele divino y se ve maravillosa. No podemos esperar a ver el salón de baile y bailar toda la noche”, dijo Isla, acariciando las mejillas del Duque antes de pasar al salón.

La habitación ya estaba repleta. Lo que parecían ser cientos de personas que estaban de pie, hablando y bebiendo copas de vino y champán. “Ahí está Lord Leigh. Vamos a verlo para que puedas bailar por primera vez con tu prometido” dijo su madre, tirando de ella hacia Duke.

Isla aprovechó la oportunidad para beber mientras se acercaban cada vez más a donde se encontraba con varios caballeros, la mayoría de los cuales habían estado en casa de Lord Billington para la fiesta anfitriona. Varios de los hombres que Isla conocía estaban al tanto de los deseos de Duke cuando se trataba de su esposa.

“Isla, cariño” dijo Duke, cogiendo su mano enguantada y besándola antes de ponérsela en el brazo. “Me alegro de que estés aquí” dijo él, mirándola a los ojos, con una luz diabólica brillando en sus ojos azules.

“Estamos felices de haberlos encontrado, mi Señor”, respondió su mamá por todos ellos. “Qué concurrida parece estar la noche”.

Varios de los caballeros estuvieron de acuerdo antes de volver a su conversación.

“Pero alegre” dijo Lord Leigh, guiñando un ojo a Isla y Julia. Se inclinó hacia su oreja. “Te he echado de menos esta tarde. No puedo sacarte de mi mente”.

El calor se apoderó de ella al mencionar lo que habían hecho en la biblioteca de su casa. Imprudente, peligroso, tan estúpido que todavía no podía creer que hubieran participado en

semejante actividad, pero lo habían hecho. Suponía que podía calificarlo como rapidín, pero nunca había sentido tanta satisfacción. Nunca había querido hacer lo que ambos habían disfrutado tanto como ahora.

“Hay un invernadero en el lado opuesto de la casa. Está a cierta distancia de la fiesta, y dudo que muchos sepan que la casa tiene uno. Podríamos encontrarnos allí. Estar a solas un rato” susurró.

Duke echó un vistazo a la habitación, observando el paradero de su madre y su hermana. “¿Crees que serás capaz? Con tu madre y tu hermana aquí, ¿no notarán si te vas?”

“No si me escapo después de un baile. Pensarán que estoy con otro grupo de amigas para conversar”.

“Muy bien”, estuvo de acuerdo antes de sacarla a la pista de baile cuando el primer baile estaba a punto de comenzar. “Primero, sin embargo, debo tenerte en mis brazos”, bromeó, disfrutando de la sonrisa que iluminaba su hermoso rostro. Tragó saliva, el conocimiento de que iba a decirle la verdad esa noche, toda su verdad, lo dejó acribillado por la inquietud.

¿Estaría enojada? ¿Pediría que se cancelaran los contratos matrimoniales? Ella podía hacer todas las cosas, y él se lo permitiría, porque necesitaba que se casara con él tanto como él quería casarse con ella por las razones correctas. No porque alguien se lo dijera porque los atraparon, o porque necesitaba su dinero.

Sino porque la amaba, tanto como esperaba que ella lo amara a él.

Bailaron un compuesto por tres bailes, y cuando se trasladaron a un lado de la habitación donde un sirviente les entregó rápidamente un vaso de ponche, ambos respiraban con dificultad por el esfuerzo.

“Eso fue divertido”, dijo Isla, sorbiendo su bebida. “Eres un excelente bailarín, Lord Leigh. ¿Alguien te lo ha dicho alguna vez?”, le preguntó.

Sacudió la cabeza, seguro de que no lo habían hecho. “No, no que yo recuerde”. Los alejó de la pista de baile. “¿Qué otras cosas hago bien, señorita Woodville? ¿Se le ocurre algo?”, bromeó.

Levantó una ceja, sus ojos se oscurecieron con comprensión. “Hay otras cosas, por supuesto, en las que eres particularmente bueno. ¿Caminamos y discutimos más a fondo el asunto?”, le preguntó.

“Sí” aceptó, sin molestarse en pasar desapercibido esa noche. Salió con Isla de la habitación y se dirigió a la parte trasera de la casa. Isla indicó la dirección, y no se encontraron con nadie, ni siquiera con los sirvientes, antes de llegar al invernadero, la noche con una luna que iluminaba la habitación desde arriba.

“¿No huele divino?” dijo, caminando entre el espeso follaje de las plantas. Lo siguió. La habitación estaba tan densamente poblada de flores y helechos que no se necesitaría mucho para perderse uno en semejante espacio.

“No tan divino como tú, querida” admitió. Su aroma siempre sería su favorito.

Lanzó una mirada traviesa por encima del hombro antes de sentarse en un banco de piedra. “Querías hablar conmigo, y deduzco que es lo mismo que deseabas discutir hoy en mi casa antes de ah ... distraernos”.

Se sentó a su lado, apartando de su mente la idea de lo que habían hecho hoy. Necesitaba concentrarse, no codiciarla aún más de lo que ya lo hacía. “Es el mismo asunto”. La besó rápidamente, necesitando probarla una vez más para que no lo desterrara de su vida para siempre después de esa noche.

Ella le estrechó la mano y la apretó un poco. “Teniendo en cuenta lo que ya sé de ti y tus planes de conseguir una esposa, no creo que necesites parecer tan preocupado como lo haces”, dijo, con los ojos brillantes.

Nunca en su vida Duke se odió a sí mismo tanto como lo hizo en este momento. Tratar de encontrar una novia rica no era nada comparado con lo que aún le ocultaba. “Isla” comenzó, armándose de valor para ser fuerte. “Hace muchos años, cuando yo era solo un niño y no me daba cuenta de esas cosas, mi padre se despidió a mi madre. Todo fue muy secreto, por lo que puedo deducir, y nadie me habló de ello ni siquiera cuando llegué a la mayoría de edad. Mi padre falleció hace dos años, y en su lecho de muerte, me reveló algo que creo que deberías saber”.

“¿Yo?”, dijo, señalándose a sí misma. “¿Por qué necesito saber esas cosas? ¿No es un asunto privado entre tú y tu papá?”, le preguntó. Era tan inocente que no podía imaginar el horror que estaba a punto de infligirle.

“Mi padre envió a mi madre a España y la internó por deficiencias mentales, creo. Pensó que ella no estaba en su sano juicio y no la quería cerca de su hijo y heredero, donde podría estar en peligro”.

Los ojos de Isla se abrieron de par en par y palideció hasta adquirir un fantasmal tono gris. “¿La locura corre en tu familia? ¿Es eso lo que estás tratando de decir?”, preguntó, con la voz temblorosa ante las palabras.

“No lo creo. Creo que la despidió porque era cruel. No fue un matrimonio feliz, y él creía que ella le era infiel. Eso es lo que pude obtener de algunos miembros del personal que trabajaban para mi padre en ese momento. Pero no puedo probarlo, no hasta que alguien vaya a España y lo vea por sí mismo. Me gustaría traerla de vuelta a Inglaterra. A donde pertenece”.

“Vivir aquí contigo en Inglaterra. ¿Con nosotros, si nos casamos?”, dijo ella, mirándolo como si le hubieran brotado dos cabezas. “¿Por qué no me dijiste esto antes? Creo que saber que la locura corre en tu familia debería haber sido algo de lo que me deberíamos haber hablado antes de que se anunciaran nuestros esponsales”.

Duke se recostó, con la decepción alojada en sus entrañas. “Nos pillaron solos. No había más remedio que anunciar nuestros esponsales. En cuanto al bienestar mental de mi madre, sabes que no podía decirte tal cosa, no hasta que estuviéramos comprometidos o casados. Si se supiera en Londres que mi madre ha estado encerrada en Bedlam durante los últimos veinte años, ninguna

heredera que buscara un título habría echado un segundo vistazo en mi dirección. No puedo permitirme el lujo de liberarla sin los fondos de mi futura esposa, por mucho que me duela admitirlo”.

Isla se puso de pie, caminando a varios pasos de él. “¿Y qué pasará con nuestros hijos si tu madre es devuelta a ti y ella está sufriendo algún tipo de trastorno mental? Seremos rechazados, y nuestros hijos nunca serán vistos como una buena pareja, eso es lo que sucederá. ¿Cómo pudiste haberme usado de esa manera para conseguir lo que querías?”

“Tenía que hacerlo, Isla” dijo, acercándose a ella. “Porque si se lo hubiera dicho a cualquiera de las damas a las que cortejé, habría tenido la misma reacción que tú estás teniendo ahora. Pero me importas” dijo él, apretando la parte superior de sus brazos. “No quería que entraras en este matrimonio sin saber esto de mí. De mi herencia. Quiero que me elijas porque soy quien quieres, sin importar el ruido que nos unió. Así como quiero casarme contigo por lo que eres y por cómo me haces sentir”.

Ella negó con la cabeza, arrancándose de su agarre. “El estigma de tal enfermedad, sea cierta o no, se aferrará, y todos sufriremos por ello. Esto no solo te afecta a ti, sino también a mis hermanas. Pueden ser despreciados por la mera asociación”. Se puso las manos en las caderas, debatiendo claramente lo que había descubierto. Duke lo sabía, pero tenía que decírselo. Tampoco podía ocultárselo a ella. Si él le hubiera dicho esto después de su matrimonio, ella nunca habría vuelto a confiar en él.

“¿Alguna vez sufres dentro de tus propios pensamientos? ¿Crees que esto es cierto en el caso de tu madre? ¿Crees que tú también tendrás algún tipo de trastorno mental en el futuro?”

“No” le respondió él, odiando hacia dónde se dirigían sus deliberaciones. “Nunca he estado melancólico ni he tenido episodios de comportamiento maniaco, y no creo que mi madre tampoco”.

“¿Y qué te hace estar tan seguro?” preguntó, volviéndose hacia él. “No eras más que un niño”.

“Mi padre se disculpó por mi madre antes de dar su último aliento. ¿Por qué iba a hacer eso a menos que se sintiera culpable por el asunto? Tal vez incluso la culpa de haberla colocado allí cuando ella no lo merecía”.

“Las palabras de tu padre pueden haber significado algo completamente diferente, y esperas un resultado que nunca se hará realidad”. Hizo una pausa y se mordió el labio inferior. “¿Qué has hecho para buscar respuestas? Seguro que has enviado a alguien a España ahora que tus finanzas futuras han sido aseguradas por mí”.

Se encogió, odiando lo que había hecho y que ella tuviera razón. Que tenía más opciones ahora que estaba a punto de casarse con una rica heredera. “Estoy esperando noticias de un agente que contraté para viajar allí y encontrar las respuestas que busco. Lo envié antes de irme a la finca Billington”. Ella lo miró y él comprendió la pregunta en sus ojos. “Estaba seguro, ya ves, de que me casaría con una heredera y pronto. Tenía pocas opciones en el asunto, fue un acto

vergonzoso, pero por el que no puedo disculparme más de lo que ya lo he hecho”.

“Y si llegan noticias de España y no son de tu agrado, ¿qué harás entonces? ¿Qué vamos a hacer?”, le preguntó. “¿Voy a casarme contigo todavía con esta nube oscura que se cierne sobre nuestro futuro?”

“No es verdad, Isla. Estoy seguro de ello”. Respiró hondo y buscó las palabras correctas. “¿Es tan desagradable para ti tal enfermedad que no podrías casarte conmigo ni siquiera sabiendo esto de mi madre?”

“Bueno, incluso si lo fuera, no tengo más remedio que hacerlo, ya que decidiste seguirme a la habitación de retiro de damas, quitándome esa elección” le respondió ella con voz dura.

“No era el único que estaba ansioso por más besos”, le lanzó, odiando que estuvieran discutiendo sobre esto. Sin mencionar que odiaba estar equivocado en muchos sentidos. Era él quien la había seguido. Le había quitado sus opciones. Y ahora, de nuevo, también estaba forzando sobre la posible locura de su madre. Esperando que ella aceptara tal noticia. Se acercó a la fuente circular, mirando al cupido derramando agua de su boca. “¿Te casarás conmigo sabiendo esto de mi familia?”, le preguntó, rezando para que lo hiciera y no porque necesitara su dinero, sino porque ya no podía ver un futuro sin ella en él.

Ella era una influencia tranquilizadora para él, le hacía sentir cosas que nunca antes había sentido en su vida, y no podía verse a sí mismo con nadie más. Jamás.

“Sabes que no puedo romper un contrato cuando fue hecho a partir de un escándalo. No le haría algo así a mi familia dos veces. Tuve suerte de que no sufriéramos más que unos pocos comentarios sarcásticos de la *sociedad*. Podríamos haber sido apartados directamente”.

El alivio se apoderó de él, y se apoderó de sus facciones cuando se dio cuenta de que ella lo observaba. “Lo siento, Isla”.

Ella negó con la cabeza, la decepción ensombreció sus ojos azules. “Sí, me lo sigues diciendo, Lord Leigh. Tanto que se ha vuelto repetitivo”, dijo ella, dejándolo en el invernadero con una única compañía, su vergüenza.

CAPÍTULO VEINTIUNO

“¡Oh, querida, esta es una noticia terrible!”, casi chilló su madre mientras entraba en la sala de desayunos a la mañana siguiente, con *The Times* en la mano, que aleteaba como un pájaro suelto con las patas atrapadas.

“¿Qué pasa, mi amor?”, preguntó su padre, dejando su taza de café en la mesa antes de tomar su tenedor.

“La noticia en el periódico. Se trata de Lord Leigh. Está arruinado. Este documento dice que no tiene dinero, nada a su nombre”.

“Ya sé eso. ¿Qué más hay que saber?”, dijo su padre, lanzando una mirada superficial a Isla.

Frunció los labios, no dispuesta a divulgar nada sobre Lord Leigh a sus padres ni a nadie más. Su familia era su carga, y no permitiría que nadie más sufriera bajo ese peso. La palabra *Bedlam* resonaba en su mente, y no pudo evitar preocuparse por ello. Lo que significaría para ellos en los años venideros. La severidad con la que sufría su madre, si es que estaba enferma. ¿Y si esa enfermedad se manifestara en Lord Leigh en algún momento de su vida, sus hijos sufrirían el mismo destino? Oh, las preocupaciones eran infinitas.

“Se afirma en el artículo que su madre, que todo el mundo suponía que había huido del Vizconde Leigh cuando el joven heredero era solo un niño, nunca se escapó en absoluto. Una fuente anónima dijo anoche que escucharon al propio Lord Leigh declarar que su madre podría haber sido enviada a España debido a una enfermedad mental y posiblemente ha sido encarcelada en un hospital por locura”.

Los cubiertos de su padre retumbaron sobre la mesa e Isla tragó fuerte. Alguien debía de haber estado en el internado con ellos y lo había oído todo. Esto significa que sabían que su matrimonio tampoco era de afecto y amor, sino porque de hecho fueron sorprendidos juntos a solas en el baile de Collins.

Sería avergonzada e ignorada en la sociedad. Incluso si se casaba con Lord Leigh y se ahorra sus problemas financieros, les quedaría poco en Londres. Especialmente ahora que el oscuro secreto de su familia también había sido revelado al mundo.

Llamaron a la puerta del comedor y entró el mayordomo. “El Vizconde Leigh está aquí para verla, señorita Woodville”.

“Mándalo aquí” dijo su padre, apartando la comida y frotándose la boca con la servilleta.

Su madre le dirigió una mirada preocupada antes de que Lord Leigh entrara en la habitación, las ojeras le decían que no había dormido desde que regresó a casa del baile de la noche anterior. No después de leer el artículo.

“Buenos días” dijo su Señoría, inclinándose un poco. “Pido disculpas por la visita temprana, pero pensé que era mejor venir aquí hoy”. Hizo un gesto hacia el papel que su madre sostenía contra su pecho como un escudo. “Veo que ha leído el último escándalo que está justo en este momento despertando a todo Londres y revelando los problemas de mi familia”.

Su padre se aclaró la garganta. “Hemos leído lo de la Vizcondesa viuda, y lamentamos sus molestias, Lord Leigh, pero creo que esto es algo que debería haberme revelado antes de pedirme la mano a mi hija”.

Lord Leigh logró recomponerse antes de decir: “Hay muchas cosas que debería haber hecho de otra manera, señor Woodville. Pero, por desgracia, soy humano y no soy inmune a los errores”. Hizo una pausa y miró a los ojos de Isla. “Con esta información sobre mi familia ahora de conocimiento común, sé que no puede casarse conmigo. No sería justo que yo mantuviera nuestro entendimiento, teniendo en cuenta la enfermedad que posiblemente corre por mi sangre y por los hijos que íbamos a engendrar. No puedo permitir que una tragedia así le ocurra a usted también o a aquellos cercanos a usted que puedan participar en esta caída por asociación”.

“Comprometí a mi hija, Lord Leigh. Creo que es un poco tarde para tratar de persuadir a Isla para que rompa lazos con usted” dijo su padre, con una voz más dura de lo que Isla había escuchado antes.

“Creo que descubriré, señor, que con el escándalo de mi madre y de que anoche también se reveló con certeza que no tengo fondos, que nadie recordará cómo fue que nos comprometimos. Mi nombre no valdrá nada esta noche, y lo mejor para Isla y sus hermanas es que nos separemos ahora y no tengamos más contacto entre nosotros”.

La boca del estómago de Isla se retorció de pavor al pensar en lo que estaba pasando. De lo que decía Lord Leigh. Ella podía entenderlo, y mentiría si dijera que sus palabras no trajeron un poco de alivio de que no tendría que casarse con él. No eran una unión hecha de amor y afecto, que es lo que ella había querido.

Pero ahora, estar separada de él, saber que nunca volvería a estar con él, hablar con él, hacer que la besara hasta que ella olvidara su propio sentido y el tiempo tampoco era reconfortante.

Toda esta situación era un desastre.

“Lo haremos saber esta noche, mi Señor, que el entendimiento ha llegado a su fin”.

Duke la miró a los ojos y ella vio el dolor que se arremolinaba en su interior. Le dolía todo esto. Y ahora que la había perdido a ella y a su fortuna, le dolería aún más. “¿Va a asistir usted al baile de Lord Billington esta noche?” preguntó Isla.

Él asintió. “Será el último antes de regresar a mi finca de campo. Billington es uno de mis amigos más cercanos, y no lo decepcionaré, pero eso es todo”. Hizo una reverencia. “Gracias de

nuevo por verme. Buenos días a todos” dijo, y se fue.

Isla quería correr detrás de él, hablar con él, ver si realmente era tan malo como él pensaba. Seguramente no lo era. No sin pruebas de la enfermedad de su madre, ¿qué podía decir realmente?

Mucho, se enteraría más tarde...

Duke regresó a su casa de la ciudad y encontró a sus sirvientes ocupados empacando y cerrando la casa para su regreso a Hampshire. Entró en su biblioteca y se dejó caer en el sofá, con la mente llena de pensamientos. La mayoría de ellos abatidos y preocupados.

No había querido desprenderse de Isla, pero era lo mejor, al menos para ella. No podía casarse con ella y arrastrarla junto con él. Las familias que tenían afectados por la locura no eran el tipo de personas bien aceptadas que quería incluir en sus esferas sociales o en su herencia. Ella le agradecería un día cuando encontrara al hombre que la amara y ella a él también. Un hombre sin tantos secretos en su armario.

Se pasó una mano por la cara. El agente que había enviado a España regresaría, y entonces tendría que encontrar la manera de pagar el resto de su cuota. Sin Isla, eso ya era imposible. A menos que vendiera esta casa, algo que se resistía a hacer.

“Maldita sea”, lamentó, golpeando el sofá con los puños, no es que el estallido de emoción lo hiciera sentir mejor o cambiara su destino.

Estaba arruinado, y esa noche, en el baile de Billington, todos participarían de su caída, incluida la mujer que amaba.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

El baile de Billington estaba concurrido, todos los que eran alguien en la sociedad estaban presentes, e Isla no era tan tonta como para no saber porqué. Estaban allí para ahorcar a uno de los suyos, para verlo retorcerse y marchitarse bajo sus pies de zapatillas de seda cuando lo pisaran.

Isla no había querido asistir. No quería ser parte de lo que iba a suceder, y la sensación de inquietud y expectativa era densa en el aire.

Se dirigieron al baile, e Isla fue y se paró cerca de su hermana Hailey y del Duque que había llegado antes que ellas. Besó la mejilla de su hermana, haciendo una reverencia ante ambas. “Estoy muy agradecida de que estés aquí. Creo que esta noche necesitaré tu apoyo”.

“Por supuesto, hermana” dijo Hailey, lanzándole una mirada preocupada. “Mamá envió una nota esta tarde explicando lo que estaba pasando. ¿Es cierto que Lord Leigh te ha pedido que pongas fin a tu entendimiento? ¿Qué tiene una madre, que ha estado hospitalizada en España por locura desde que era un niño?”

Isla asintió, tomando un vaso de ponche de un sirviente que pasaba. “De hecho, es cierto, todo, por desgracia”. Bebió una buena porción. “Va a estar aquí esta noche, pero temo por cómo lo tratarán”.

“Mmm” murmuró su hermana. “¿Qué piensas de todo esto?”, le preguntó.

Isla abrió la boca para responder, pero la cerró cuando Lady Francesca, Lady Susan y Lady Martha se unieron a ellas. Cada una de ellas extendió la mano para tomar la mano de Isla, sus rostros eran de compasión.

“Oh, querida señorita Woodville. Lo sentimos por usted, verse atrapada en el escandaloso comportamiento de Lord Leigh es positivamente horrendo”, dijo Lady Francesca.

Lady Susan asintió con entusiasmo. “Pensar que cada una de nosotras fue cortejada por el hombre. Y mientras tanto, buscaba una novia rica para evitar quedar en la pobreza. Me disgusta que usted, señorita Woodville, haya sido su víctima al final”.

“No me cabe la menor duda” añadió Lady Martha “de que el hecho de que la siguiera a la habitación de retiro estaba planeado desde el principio. Que necesitaba a su rica novia para llenar sus arcas vacías y buscar a su madre, y que usted fuera tan inocente y desconocedora de las

reglas de la ciudad la convirtió en presa fácil para él”.

La sensación de malestar con la que Isla había estado viviendo todo el día regresó con fuerza, hasta pensó que podría enfermarla. Respiró hondo, esforzándose por calmarse. Sonaron murmullos y jadeos, e Isla miró hacia la puerta y vio a Lord Leigh entrar en la habitación con Lord Billington.

No parecía un hombre arruinado. Un hombre del que ahora todo el mundo conocía todos los secretos de su familia. Y, sin embargo, Isla podía ver en sus ojos que estaban embrujados, cerrados y en guardia.

“¿Cómo se atreve a aparecer aquí? El hombre no tiene vergüenza” dijo Lady Martha, con disgusto al torcer su boca, normalmente bonita.

“Su madre es una lunática por lo que he oído, y todos sabemos que la deficiencia corre en los linajes. Está tan contaminado como alguien puede estarlo. Nadie se casará con él ahora, incluso si viene con un título”. Lady Francesca alzó la nariz, satisfecha con su cortante comentario.

“Ser una Vizcondesa no es lo suficientemente bueno para nosotras, señoras” dijo Lady Susan. “Creo que deberíamos estar de acuerdo en que nada por debajo de un Conde nos servirá”.

Las otras damas asintieron con la cabeza, sus miradas divertidas pero vengativas se dirigieron a Lord Leigh.

Estaba de pie con varios caballeros, pero su mirada estaba puesta en Isla. Podía ver el dolor, la vergüenza que lo invadía, odiaba que estuviera solo, y que no tuviera a nadie.

La ira reemplazó su silencio, y se negó a permitir un momento más de su tiempo escuchando sus afiladas púas. “Si no recuerdo mal, Lady Susan, usted se alegró mucho de la posibilidad de obtener el título de Vizcondesa en la fiesta de Lord Billington en la casa de campo. De hecho, si la memoria no me falla, festejó bastante a su Señoría con la esperanza de que la eligiera de entre ustedes tres”.

Cada una de las damas jadeó, y la hermana de Isla, Hailey, la agarró del brazo, riendo torpemente. “Creo que mi hermana quiere decir...” comenzó, pero Isla no tenía ni idea que iba a decir ella.

“Ni siquiera sabemos con certeza si la madre de Lord Leigh tiene problemas mentales, y no hay certeza médica de que esa enfermedad se transmita a los niños”, agregó. No estaba segura de ese hecho, pero no estaba dispuesta a permitir que las tres buitres que tenía delante calumniaran a Lord Leigh por situaciones que no eran su culpa.

“Además, los males de los padres no es algo que ninguno de nosotros pueda alterar. El padre de Lord Leigh, por lo que sé, despilfarró el dinero y dejó a su hijo sin casi nada para mantener en funcionamiento las casas y el personal que las habitaba. Creo que Lord Leigh debe ser elogiado por su diligencia en tratar de mantenerse a flote. Podría, como tantos jóvenes en el pasado, haberse emborrachado hasta el estupor, o haberse casado con mujeres como ustedes, y haber vivido vidas miserables, sin amor y sin pasión durante el resto de sus días”.

Su cuñado, el Duque, levantó su copa en un brindis. “Eso es algo por lo que brindaré, Isla”

dijo él, guiñándole un ojo.

Hailey sonrió e Isla les sonrió a ambos, feliz de contar con su apoyo.

“¿Cómo se atreve a hablarnos de esa manera, señorita Woodville? ¿Sabe quiénes somos y qué podemos hacerle en la sociedad?”

El Duque se aclaró la garganta y dio un paso adelante. “Les sugiero que no hagan nada a la hermana de mi esposa, a menos que cada una de ustedes desee morir como doncellas viejas y pupilas de sus hermanos, que heredarán la mayor parte del dinero de su familia. Si amenazan a Isla, amenazan al Duque de Derby. ¿Me explico?”

Cada una de las damas se quedó boquiabierta, sus bocas se abrían y cerraban como un pez fuera del agua. “Quisimos decir, Su Excelencia, que el Vizconde Leigh está arruinado. Mírelo, triste y solo, sin un centavo y sin opciones. Está hundido y se hundirá aún más. Ninguna amistad del Duque lo salvará” dijo Lady Francesca, con malicia en su tono. “Incluso con el título de Vizcondesa para ofrecer, pocas, si es que hay alguna, lo querrán si su madre está loca y, por lo tanto, tal vez incluso él mismo con el tiempo”.

“Y nadie desea casarse con un caballo” dijo Isla, queriendo herir a Lady Francesca con sus crueles palabras hacia un hombre al que amaba. Y ella lo amaba y lo quería todavía, incluso con todos los problemas que enfrentaba.

Él la había abandonado, la había dejado ir para forjar un futuro que recordara al que ella le había dicho que soñaba cuando se conocieron. Un matrimonio de amor y afecto, pasión y amistad. La había dejado ir, había usado su propia caída y desgracia para permitirle liberarse. Podría haberla hecho entender. Podría haberse casado con ella sin importar los rumores que circularan en Londres.

Pero no lo había hecho.

Ella lo miró, empujando a las tres damas que se apartaron de su camino. Hailey la llamó, pero ella ignoró a todos, su único propósito era Duke. Con cada paso que daba hacia él, su cuerpo cobraba vida, lleno de propósito y determinación. Él la había dejado ir, pero eso no significaba que ella quisiera ser liberada.

No por él. Ella lo amaba, todo lo que él y todo lo que iba a enfrentar. No quería que lo hiciera solo. Quería estar a su lado, tomándolo de la mano y enfrentándose a todas las cosas aterradoras, tristes y desagradables que la vida podría arrojarles juntos.

Ella lo deseaba, y nada le impediría conseguir lo que quería. Así como las heroínas de sus libros eran fuertes y valientes, ella también lo sería. Y al hacerlo, obtenían todo lo que su corazón deseaba.

Duke no podía apartar los ojos de Isla cuando ella se acercó a él, una diosa amazónica cuyos pasos decididos y ojos que brillaban con la misma emoción se acercaban cada vez más.

Su corazón se detuvo al verla, tan hermosa y maravillosa, fuerte y valiente. Surgió en su interior la esperanza de que su venida hacia él significara que lo que sentía por la mujer que había capturado su corazón y su alma, todo lo que lo hacía ser quien era, que sentía lo mismo también.

Ella se puso delante de él, y él ignoró el hecho de que la fiesta se había detenido, que la gente estaba mirando, esperando que se desarrollara la interacción entre ellos.

Esperaba una derrota pública, él lo sabía, y maldita sea, se la merecía, pero no podía evitar rezar para que nunca llegara. Que ella estaba ante él, hermosa como siempre porque lo amaba. Que ella no estaba de acuerdo con que él terminara con su entendimiento.

Su atención se posó en sus labios, y nunca había querido besar a una mujer tanto como quería besar a Isla en ese momento.

“Lord Leigh” empezó a decir, con una pequeña sonrisa en los labios. “Sobre nuestra conversación de esta mañana”.

“Sí” le contestó él, rezando para que tuviera razón, para que lo que sentía fuera verdad. “¿Desea seguir discutiendo el asunto?”

Ella asintió, entregando su vaso de ponche a un sirviente no muy lejos de ellos antes de tomarle las manos. “Cuando mencionó hoy que me estaba liberando de nuestro entendimiento, no me dio la oportunidad de responder”.

Lo cual era cierto, no lo había hecho, pero había creído que su silencio era suficiente respuesta. Que su oferta de poner fin a sus esponsales era bien recibida. “¿Y quiere responder ahora?”, le preguntó.

“Deseo hacerlo, solo para decirle que no estoy de acuerdo. No quiero liberarme de nuestro entendimiento. No quiero casarme con nadie más que con usted, ¿sabe? Desde el momento en que tropecé a sus pies, yo también sentí que nuestras vidas se entrelazarían de alguna manera. Al menos yo esperaba que así fuera, y no quiero estar ahora con nadie más que con usted. Lo amo, ¿sabe?”

Sonaron jadeos a su alrededor, y él los ignoró a todos. Solo quería oír la voz de Isla.

“Lo amo completamente, incluso con todo los enredos”. Ella sonrió y él soltó una risita, sus manos apretando las de ella, manteniéndola encerrada ante él.

“¿Me ama? ¿A pesar de que mi madre puede ser una lunática? ¿A pesar de que cacé fortunas delante de sus narices?”, preguntó, el sonido de sus pecados lo hizo estremecerse por dentro.

“Sea lo que sea lo que nos depare el futuro con la Vizcondesa viuda, nos ocuparemos de ello juntos, como marido y mujer, y no permitiremos que ninguno de los dos haga un escándalo por algo que no tiene nada que ver con nosotros”.

Sus palabras hicieron que su corazón latiera con fuerza en su pecho. ¿Cómo había sido tan afortunado de haberla conocido? Era magnífica.

“En cuanto a su búsqueda de fortunas, creo que ya lo he castigado lo suficiente con respecto a eso. Entiendo que los hombres necesitan algo para vivir tanto como las mujeres anhelan títulos.

Fui ingenua al pensar que la gente tenía más sentido común que venderse a eso. Pero nuestro futuro será diferente, porque lo amo y con gusto compartiré mi vida y mi riqueza con usted siempre y cuando se case conmigo y me ame para siempre”.

Duke ya había oído suficiente. Su garganta se sentía gruesa y le costaba tragar. La estrechó en sus brazos y la besó. Olvidó dónde estaban y simplemente se perdió en la sensación de Isla en sus brazos.

Se sentía como en casa, suave y cálida, el perfume de rosas que a menudo usaba se filtraba en sus sentidos como una droga. La desesperación en su beso fue demasiada y, sin embargo, no suficiente. Quería más. Mucho más. Toda una vida de esto. De ellos.

“Me casaré contigo” dijo él, echándose hacia atrás, apartando un mechón de pelo de su mejilla para colocarlo detrás de la oreja. “Y prometo no volver a ocultarte nada. Tú eres la otra mitad de mi alma, y nunca deseo separarme de ti”.

Le rodeó el cuello con los brazos. “¿Crees que podríamos adelantar la boda? Dos semanas parece toda una vida de espera”, sugirió.

“Conseguiré una licencia especial, y seremos marido y mujer dentro de un día”.

“Eso suena perfecto”, dijo.

Bajó la cabeza, necesitando besarla de nuevo. “Estoy totalmente de acuerdo”, dijo, antes de hacer exactamente eso.

EPÍLOGO

Madrid, España

Isla se quedó mirando el nombre de la finca que el agente le había dado a Duke sobre el paradero de la Vizcondesa en España. Miró a Duke, que tenía la misma apariencia confusa y estafada que sabía que lucía. ¿Manicomio? ¿Era la institución una especie de burla? ¿Burla para los que sufrían?

Caminaron por el camino de grava, espiando a varias personas que hacían ejercicio en los jardines. Isla entrecerró los ojos, incapaz de quitarse la sensación de pavor que se había instalado en su estómago. ¿Qué era este lugar? La apertura del patio, la puerta sin vigilancia. No era la forma en que pensaba que funcionaría una institución para mantener a los que estaban bajo su cuidado a salvo del mundo exterior, que tal vez no entendieran.

Un señor mayor con el pelo canoso salió a los escalones de la entrada, destapándose los ojos para ver quién era el que estaba de visita. Isla le sonrió al desconocido, con la esperanza de que les ayudara a obtener respuestas antes de que los echaran corriendo del lugar.

“Lord Leigh, le reconocería en cualquier lugar” dijo el anciano como si lo hubiera estado esperando. “Se parece a la Vizcondesa viuda”.

Duke se estremeció ante la declaración, e Isla lo tomó del brazo. Esta no sería una reunión fácil si la tuvieran. “He venido a ver a la Vizcondesa viuda si está dispuesta a recibir visitas y si está permitido aquí. No estábamos seguros de las reglas de Bedlam”.

El hombre mayor le lanzó una mirada confusa antes de hacerles un gesto para que entraran en la casa. “Venga por aquí. Su Señoría está en la terraza trasera”. Caminaron por la casa de inspiración española. Los pisos de mármol y los tapices en la pared hacían que la casa se sintiera más fresca que el día afuera. Un respiro bienvenido en el calor interminable que era España.

Salieron a la terraza, e Isla vio a una mujer vestida con un vestido blanco y un pañuelo alrededor del cabello. Ella jadeó. No había duda de que Duke y su madre compartían la misma sangre, incluso desde esta posición.

La mujer mayor miró para ver quién había llegado, y su sonrisa se desvaneció en una de sorpresa. Se puso de pie, con la silla raspando la terraza de piedra mientras lo hacía. Isla soltó a

Duke y vio con un nudo en la garganta cómo madre e hijo se reunían después de muchos años.

“¿Duke?” preguntó la mujer, con asombro en su voz.

Isla se mordió el labio, tratando de contener las lágrimas que parecían querer correr profusamente de repente.

“¿Madre?” preguntó Duke a cambio, incrédulo en su tono. “¿No estás loca?”, le espetó.

La Vizcondesa alzó la ceja, con los ojos muy abiertos, antes de echarse a reír y caminar hacia su hijo. “No, ¿por qué demonios pensarías tal cosa?” Tomó las manos de su hijo, inspeccionándolo como si fuera un bebé recién nacido puesto en sus brazos. “No puedo creer que estés aquí. ¿Cómo me encontraste?”

“Un agente”, dijo Duke. Tiró de Isla hacia delante, y su madre centró su atención en ella. “Esta es mi esposa, Isla. Nos casamos durante la última temporada en la ciudad”.

La madre de Duke le sonrió a Isla, y de ella emanaba calidez. Isla no estaba segura de lo que esperaba al conocer a la Vizcondesa viuda, pero cordura y calidez ciertamente no.

“Es un placer conocerte, Isla, y volver a verte, hijo mío. Han pasado demasiados años”. Su Señoría los invitó a sentarse, y se unieron a ella en la terraza. “Supongo que tienes muchas preguntas, y yo también, ya que no pensé volver a verte nunca más”.

Duke frunció el ceño ante las palabras de su madre, e Isla supo que tenían poco sentido para él. Le habían hecho creer que la habían encerrado, que la habían desterrado de Inglaterra. ¿Era cierto algo de eso?

“¿Por qué estuviste en España todos estos años y no al lado de mi padre en Inglaterra? En su lecho de muerte, me dijo que estabas aquí, pero en Bedlam. Supuse que se refería a...”

“¿Que yo no estaba en mi sano juicio? Su madre se rio, pero el sonido no era nada alegre. “Nunca debió haberse casado conmigo. Me quería por mi fortuna, y eso fue todo. Al casarse conmigo, consiguió fondos antes de la muerte de su padre, y eso era todo lo que le importaba. Ciertamente, ni yo ni tú cuando fuimos bendecidos con tu llegada”. Su Señoría suspiró, contemplando sus jardines españoles, el tintineo del agua enmascarando el silencio. “Nunca quiso una esposa y pronto se aburrió de mí. Me convertí en una molestia en su vida, así que hizo lo que hacen tantos hombres de su clase cuando ya no desean seguir casados con una mujer que no aman”.

“Dicen que no está en su sano juicio y las encierran en una institución. Por suerte para mí, mi prisión fue España, y mi leal sirviente Manis se negó a cumplir los deseos de tu padre de encerrarme por el resto de mi vida. Tengo una pequeña asignación de mi abuela paterna que me permite alquilar esta villa, y la llamamos Bedlam. Fuimos imprudentes, como ves, por ir en contra de los deseos de tu padre, y pensamos que el nombre era apropiado. Ahora que te habló de mi casa aquí en España, me pregunto si lo supo desde el principio”.

Isla no pudo evitar pensar que tal vez lo hiciera. Miró a Duke y pudo ver que toda esta información era nueva para él. Ella extendió la mano y tomó su rostro entre sus manos. “Duke, lo que te dijo tu padre no es cierto. Tu mamá no estaba en Bedlam. Simplemente se burló de que su

padre quisiera que la institucionalizaran nombrando así su hogar. Nada más”.

Le tomó las manos y las besó rápidamente. “Pensé que eras una lunática. Todo Londres cree que es así”.

Su Señoría soltó una risita, negando con la cabeza. “Ahora que tu padre se ha ido, volveré a Londres y asumiré mis deberes como Vizcondesa viuda, y demostraré a todos que están equivocados sobre mí y los rumores que difundió mi marido. No permitiré que el nombre de mi hijo se vea ensombrecido por tales falsedades o el futuro de nuestra familia a través de su matrimonio”. Suspiró, negando con la cabeza. “Debería haber regresado antes. No debería haberte dejado en absoluto, pero no tenía otra opción. No muchas mujeres la tienen cuando se enfrentan a lo que yo tuve que vivir”.

Su madre miró el estómago de Isla y apartó la mano del precioso regalo que llevaba dentro. “¿Cuan avanzada estás, querida?”

Isla se quedó boquiabierta, esperanzada, pero sin la certeza de que estuviera embarazada.

“¿Estás embarazada?” le preguntó Duke, con la conmoción reflejándose en su rostro mientras se levantaba.

Isla se encogió de hombros y se unió a él. “No lo sé con certeza, pero llego tarde a mis cursos. No quería decir nada sin estar segura”. Se volvió hacia la Vizcondesa viuda. “¿Cómo lo sospechó?” preguntó, sintiendo que los brazos de Duke se deslizaban alrededor de su cintura.

“Estás prácticamente resplandeciente, querida, y una mujer sabe estas cosas. Somos especiales de esa manera”.

Duke soltó una risita. “No lo puedo creer. ¿Vamos a tener un hijo?” Respiró hondo. “Oh, mi querida Isla. No puedo creer lo afortunado que soy”.

“Puedo” dijo su madre, llamando a un sirviente. “Champán para todos nosotros. Me gustaría celebrar con mi hijo y mi nueva hija el próximo nacimiento de mi nieto”.

Duke miró a su madre, con una pregunta en los ojos. “¿Por qué nunca volviste a Inglaterra? Me hubiera venido bien su apoyo y orientación. Mi padre nunca estuvo muy presente. No fue cruel, solo indiferente”.

“Si hubiera regresado, él habría cumplido su deseo, y yo habría sido encerrada en algún lugar de Inglaterra donde él tuviera más poder. No quería dejarte, pero también sabía que estabas mejor en Inglaterra. Tú eras el heredero y, a pesar de todas las faltas de tu padre, no haría nada que pusiera tu vida en peligro”.

“Aparte de dejar al vizcondado sin un centavo a su nombre”, agregó.

Su madre lo miró, disgustada. “Sabía que tu padre haría eso. Estaba escrito en su libro de la vida, mucho antes de casarme con él, que no podía economizar”.

Isla apretó la mano de Duke.

“Pero ¡ay!, hijo mío, mírate ahora. Tienes una esposa hermosa y amorosa. Casarte con Isla y amarla tanto como sospecho que lo haces, te hace más rico que nadie en el mundo, ¿no es así?”

“Bueno, no voy a estar en desacuerdo, Señoría” dijo Isla, sonriendo.

Duke la miró a los ojos. Era una tormenta de emociones, amor, orgullo, hambre. Todas las cosas maravillosas que le encantaba hacerle sentir. “Nunca he oído palabras más verdaderas” asintió él, bajando la cabeza y besándola suavemente. “Tengo suerte de que me haya elegido, porque sería realmente pobre sin ella”.

Isla se mordió el labio, queriendo burlarse de él. “Bueno, habrías sido pobre de corazón y de bolsillo, pero afortunadamente mi corazón estaba persuadido de lo contrario”.

“¿Te he dicho lo contento que estoy de que seas tan independiente y tenaz?”, le preguntó. “Y de pensamiento independiente”.

“Hubo un tiempo en el que pensabas que esas características eran un déficit”, le recordó, y algunos de sus primeros desacuerdos vinieron a la mente.

“Ya no. Ni siquiera entonces”, admitió.

Isla se inclinó y le devolvió el beso. “Yo también te amo, Duke” susurró ella para que solo él la oyera, justo cuando un sirviente sacaba el champán para que todos bebieran. Brindaron por su futura familia con amor y felicidad. Y, finalmente, se había convertido en la heroína de su propia historia de amor que incluía escándalos, traiciones, secretos y una apasionada historia de amor. No podría haber pedido un mejor final para su historia que el que obtuvo. Solo podía esperar que su próxima aventura fuera igual de emocionante, y por la mirada malvada en los ojos de Duke, sabía que muy pronto lo sería.

QUERIDA LECTORA

¡Gracias por tomarse el tiempo de leer The Duke's Pursuit! ¡Espero que hayas disfrutado el segundo libro de mi serie Uncontrollable Woodvilles!

Estoy muy agradecida por el apoyo de mis lectores. Si puedes, agradecería una revisión honesta de La Persecución del Duque. Como dicen, alimenta a un autor, ¡deja un comentario!

Alternativamente, puede mantenerse en contacto conmigo visitando mi sitio web www.tamaragill.com o siguiéndome en línea.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

Traducciones al español

LAS INCONTROLABLES WOODVILLES

Mi tiempo con un Duque

La Persecución del Duque

Hablar del Duque

LIGA DE CABALLEROS INCASABLES

Tiénteme, su Gracia

Infierno en el Corazón

Atreverse a ser Escandalosa

Ser Atrevida Contigo

Béseme, Duque

El Marqués es Mio

CASARSE CON UN PÍCARO

Solo un conde lo logrará

Solo un duque lo logrará

Solo un vizconde lo logrará

Solo un marques lo logrará

Solo una dama lo logrará

LORDS DE LONDRES

Atormentando a un Duque

Enloqueciendo a un Marqués

Tentar a un Conde

Fastidiar a un Vizconde

Desafiar a una Duquesa

Casarse con una Marquesa

BESA AL MARGINADO

Un Beso de Verano

Un beso bajo el muérdago

Un beso en primavera

Enamorarse de un beso

El beso salvaje de un duque

Besar a una Rosa de las Tierras Altas

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en un antiguo pueblo minero en el sur de Australia, donde se fundó su amor por la historia. Tanto es así que hizo que su amado esposo viajara al Reino Unido para su luna de miel, donde lo arrastró desde un monumento histórico a un castillo y a otro.

Madre de tres, sus dos pequeños caballeros en ciernes, una futura dama (ella espera) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que tiene un momento de paz le encanta escribir novelas románticas en una variedad de géneros, incluyendo período de la regencia, medieval y viajes en el tiempo.

